



LIBRERIA
NACIONAL y ESTRANJERA
de EDUARDO GAUTIER
Calle Sn Francisco 23
CADIZ.
Accessions
116200
Shelf No.
D.150.33
vol. 2
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Recd. Apr. 26th 1871.





GRANADA

GRANADA

POEMA ORIENTAL

PRECEDIDO DE LA

LEYENDA DE AL-HAMAR

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

TOMO SEGUNDO

PARIS
IMPRENTA DE PILLET FILS AINÉ
CALLE DE GRANDS-AUGUSTINS, 5.
1852

INVOCACION

Dixit autem Dominus: si habueritis fidem, sicut granum sinapis, dicetis huic arbori moro: Eradicare, et transplantare in mare: et obediet vobis.

EVANG. SEC. LUC. CAP. XVII.

Fé, de toda virtud inspiradora,
Manantial del valor y el heroismo,
Del tiempo y de la muerte vencedora,
Espanto de los genios del abismo,
El sér en quien tu fuego se atesora
Lleva el poder de Dios consigo mismo:
Los prodigios, las glorias, las hazañas,
Herencia son de los que tú acompañas.

Nada en el mundo tu poder resiste;
A la luz de tu antorcha luminosa
El Edén á los mártires abriste:
De oriente á la region caliginosa
Las legiones de Cristo condugiste,
Y, á través de la mar tempestüosa
Alumbrando su espíritu profundo,
Descubriste á Colon un nuevo mundo.

Nada hay grande sin tí, nada completo;
Desde Nembrod á Napoleon, tu esencia
Del genio ha sido el talisman secreto:
Nadie logró sin tí grande ecsistencia,
Ni fué grande sin tí ningun objeto:
Polvo fué cuanto fué sin tu asistencia:
De la fuerza de Dios tu fuerza viene
Y en tus hombros el orbe se sostiene.

Tu soplo es impetuoso torbellino
Que, al alma ardiente á quien su impulso lleva,
Hasta la eternidad abre camino
Y sobre el polvo terrenal la eleva.
Del fuego santo manantial divino
Que en el fuego de Dios sus fuentes ceba,
Tú das irresistible atrevimiento
A sér á quien inflamas con tu aliento.

Para ese son efímeras empresas
Las mas peligrosísimas hazañas :
Disípanse á su voz como pavesas
Las torres, las ciudades, las montañas :
Las marcas de su pié conserva impresas
La tierra para siempre, y sus entrañas
Cobran fecundidad bajo su paso,
Y un reino brotan donde habia un raso.

Alma del universo, cuanto ecsiste
Con tu poder se créa y robustece :
Cuanto á tu influjo creador resiste
Como leve vapor desaparece :
A la nacion do tu favor no asiste
Sorbe otra á quien tu mano favorece :
Y así es como del tiempo en los misterios
Pasan unos sobre otros los imperios.

¡ Desdichada nacion la que te olvida !
Su esencia mina la carcoma lenta,
Y no siente que se hunde carcomida
La débil base que su pié sustenta;
Otra nacion que aguarda su caida
La empuja al fin y en su lugar se asienta:
Y así Castilla por su fé amparada
Pasó como un turbion sobre Granada.

Dame ¡oh potente fé! tu ausilio santo:
Tú por quien pudo rescatar á España
La ilustre reina cuya gloria canto,
Dame su fé para ensalzar su hazaña:
Y, el himnó rudo que en su honor levanto
Al entonar, mi espíritu acompaña,
Porque me escuche en la celeste esfera
La augusta sombra de ISABEL PRIMERA.

LIBRO CUARTO

AZAEL

I

Zahara cayó: sus tristes moradores
Víctimas van de tan fatal jornada
Esclavos de los Moros vencedores,
De ganado rüin como manada.
Muley envió delante corredores
De su victoria nuncios á Granada,
Y, con victoria tal alegre y fiera,
Al vencedor Hasan Granada espera.

Preparan las familias principales,
A los guerreros y sangrientos fines
Del anciano monarca mas parciales,
Zambras, saräos, himnos y festines,
Unas en sus salones orientales,
Otras en sus balsámicos jardines:
Prodigando sin duelo sus tesoros
Para ensalzar el triunfo de los Moros.

Los cadís á su vez tienen dispuestas
De fuegos, de pandorgas y de cañas,
De sortija, de toros y de apuestas,
De bohordos, de gallos y cucañas,
Para la plebe revoltosa fiestas
Cual nunca alegres, como nunca estrañas:
Porque deje tal triunfo en su memoria
Largo recuerdo de placer y gloria.

Engalanan los altos miradores
Lujosas colgaduras y doseles,
Flotantes plumas, enredadas flores,
Lazos de palmas, arcos de laureles,
Damascos de vivísimos colores,
Tapices festonados de caireles,
Y ocupan ajimeces y ventanas
Nobles, jeques, walies y sultanas.

Viejos, mancebos, niños y mujeres
Abandonan curiosos sus hogares :
Dejan los artesanos sus talleres,
Olvidan los sederos sus telares,
Cierran su mostrador los mercaderes,
Los armeros sus fráguas : los lugares
Vecinos se despueblan, y do quiera
Bulle la muchedumbre novelera.

Corren plazas y calles tañedores
De sonajas, adufes y panderos,
Rawíes de romances narradores (1)
Al compás de la guzla, cuadrilleros
De diversas comparsas conductores
Y parejas de enanos, y gaiteros
De Marruecos y Fez, cuyos cantares
Recuerdan del desierto los adoares.

Circulan por do quier profusamente
Roscones de Jaen, tortas de Alhama,
El alhajú de Ronda, largamente
Saturado de especias, á quien llama
El mostillo su hermano, y el caliente
Buñuelo hinchado que la sed inflama:
Y, pese al libro del Corán divino,
Templa la sed el malagueño vino.

En la jornada de tan fáusto dia
De fiesta real y universal holganza,
La ley á la licencia da franquía
Y destierra el placer á la templanza:
Y la plebe, sin coto en su alegría,
Canta ruidosa, descompuesta danza:
Pues nada hay que desdore ó avergüence
Al celebrar sus triunfos á quien vence.

Es ley universal. ¡ Ay del vencido !
Cantad, pues ¡ oh triunfantes Africanos !
¡ Ignominia y baldon para el rendido !
¡ Mengua y esclavitud á los Cristianos !
Mas no olvideis que encomendada ha sido
De la venganza á las sangrientas manos
La ley de los vencidos inhumana.
¡ Ay de vosotros si lo sois mañana !

¡ Gloria á Muley ! La multitud que llena
Las torres y alminares ve á lo lejos,
A través de la atmósfera serena,
De las moriscas armas los reflejos.
Un grito inmenso de placer resuena
Con nueva tal : mujeres, niños, viejos,
Se agolpan á las puertas de la Vega
A recibir al rey que en triunfo llega.

Ya avanzando en hileras ondulantes
Se ven los ordenados escuadrones :
Parecen con el sol cintas brillantes
Las filas de los árabes peones :
Sobre el blanco monton de sus turbantes
Tremolan sus enseñas y pendones,
Y desgarran la atmósfera sonoros
Los atabales y clarines moros.

He allí á Muley Abul-Hasan. Su frente
Sombrean los flotantes lambrequines
De su penacho real : cuelga esplendente
Su escudo del arzon : y, hasta las crines
Embarrado, el caballo bufa ardiente
Y piafa, conociendo los confines
De los cotos rëales y la dehesa
Donde, potro, pació la yerba espesa.

« ¡ Alahú akbar ! ¡ Loor al rey valiente (2) ! »
Gritó la multitud al divisarle,
Y aglomerose atropelladamente
Bajo su estribo mismo á victorearle :
Mas la mano de Dios omnipotente
Que hasta este dia se dignó ampararle
Le retiró su ausilio, y en su seno
Del infortunio derramó el veneno.

Tornose contra él cuanto en pró era :
Cambiose en vencimiento su victoria,
Su popularidad en pasagera
Fama de un dia, y en baldon su gloria.
La muchedumbre, en su verdad entera
Al leer de Zahara la sangrienta historia,
Retrocedió, por Dios iluminada,
El porvenir leyendo de Granada.

Con repugnante ostentacion impia,
Un gigantesco negro de Baeza,
Del pelo asida, junto al rey traia
Del buen Arias la lívida cabeza.
Un escuadron entero le seguia,
En cuyas lanzas con brutal fiereza
Se ostentaba sangriento igual trofeo,
Medroso al alma y á la vista feo.

En medio de los árabes soldados
Y los Gomeles negros, lastimeros
Suspiros arrancaban despechados
Los cautivos cristianos, por sus fieros
Vencedores heridos y arrastrados
En confuso tropel como carneros :
Y á marchar ó morir les obligaban,
Y dichosos al fin los que espiraban.

Las fuerzas de los viejos no bastando
A soportar ultrajes tan crüeles,
Al Dios de las venganzas invocando
Caian á los piés de los corceles :
Sin compasion sobre ellos, espoleando
Sus caballos, pasaban los Gomeles,
Apresurando su postrer instante
La aguda lanza, y yatagan cortante.

Traian muchas madres en los brazos
Los hijos muertos, y ocultar querian
Su fin bajo los sórdidos retazos
De los rotosharapos que vestian,
Pues sus tiernos cadáveres pedazos
Los guardias negros de Muley hacian,
Y con horror de los maternos ojos
Quedaban insepultos sus despojos.

La mora multitud, aunque villana
Civilizada (3), á compasion movida,
Del rey maldijo la impiedad tirana,
En ódio la alegría convertida.
Circundó á la feroz guardia africana
Con agresivo impulso, y, encendida
La furia popular, por un instante
El paso barreó del rey triunfante.

Arrebatando las mujeres moras
Sus hijos á los míseros cautivos,
« Dàdnosles, los dijeron : sus señoras
Os les tendran esclavos, pero vivos. »
Comenzaron cien manos vengadoras
De las bridas á asirse y los estribos,
Y á brillar comenzaron los puñales
Debajo de los jáiques y almaizales.

A cundir comenzó la infausta nueva
Entre las turbas y á crecer la ira :
Do quier la multitud, que se renueva
Y que sus fuerzas acrecienta, gira
Del rey en torno, quien sus olas prueba
Con su caballo á hender y torbo mira
Venir la tempestad y acrecentarse
El popular furor, pronto á inflamarse.

Sus feroces Gomeles, que le vieron
Afirmarse en la silla, adivinaron
Su resuelta intencion : se rehicieron,
Y á sostenerle fieles se aprestaron.
« ¡ Adelante ! » gritó : tras él vinieron
A alinearse y las lanzas enristraron.
Se abrió la plebe : y, rota ya la valla,
Dijo Hasan : « Dispersad esa canalla. »

La multitud, compuesta de artesanos
Inermes, de mujeres sin defensa,
De cobardes ociosos y de ancianos,
Tan débil é impotente como densa,
Se abrió ante los ginetes africanos,
Retrocediendo en oleada inmensa
Como el círculo que abre el haz del rio
Ante la quilla corba del navío.

Turba que ceja un pié, fuerza vencida.
La hueste de Muley siguió adelante
Y en la ciudad entró : mas, convertida
La alegría en terror, fué con semblante
Sombrió y en silencio recibida
Por el vulgo, ó medroso ó inconstante :
Y Hasan, seguido de sus negros fieles,
Subió al trote la cuesta de Gomeles.

Deshízose del pueblo : mas siguiole
Hasta el recinto real su descontento,
Y á par con él su indignacion mostrole
De modo asaz visible el firmamento.
Repentino nublado encapotole,
Se negreció su azul, rebramó el viento,
Con la fortuna de Muley en guerra
Declarándose á un tiempo cielo y tierra.

En la Alhambra rëal los cortesanos
Le victorearon al llegar : empero
¡ Ay del rey á quien guardan los villanos
Odio ó temor ! Apenas el postrero
De los temidos guardias africanos
Traspuso el bib-Leujar, el pueblo entero
Rompió en inmenso sedicioso grito
Que en el espacio azul vibró infinito.

Aparecieron por do quier audaces
Cabezas de motin : gestos feroces
Que revelaban ánimos capaces
De realizar los planes mas atroces.
Santones venerados y sagaces
Dervichs alzaron por do quier sus voces :
Y el populacho en grupos dividido
Dió á sus discursos por do quier oido.

Y he aquí que, en el centro de la plaza,
Se alzó sobre las turbas de repente
Viejo santon de venerable traza,
Famoso asaz entre la mora gente.
Era el severo Aly-Mazer, de raza
Noble, de vida austera y penitente,
Quien por causas recónditas y estrañas
Retirado vivia en las montañas.

Hombre á quien solamente se veia
En los grandes peligros y ocasiones,
Y de quien siempre el pueblo recibia
Oportunos consejos y lecciones.
Siniestra aparicion que precedia
Siempre á las populares convulsiones
Que, en su postrera edad desventurada,
Extremecerse hicieron á Granada.

Hombre do quier temido y respetado
Por su severidad y por su ciencia,
De la virtud muslímica dechado,
Sincero amparador de la indigencia,
Leal consolador del desdichado,
Prosternose la plebe en su presencia:
Y callaron ante él respetüosos
Los demas oradores sediciosos.

Tomando entonces por mimbar la fuente (4)
Que el centro de la plaza decoraba,
Paséo sus miradas tristemente
Sobre la multitud que le cercaba;
Y con lúgubre voz, cuyo doliente
Tono en el hondo corazon vibraba,
Profética, inspirada, lastimera,
El discurso rompió de esta manera:

« ¡ Ay del pueblo muslim! ¡ ay de Granada!
« Para escarnio y baldon de las edades
« Será no mas su historia consignada.
« ¡Régia ciudad, sultana de ciudades,
« Estás por tus cimientos horadada!
« ¡ Va sobre tí á llover calamidades
« El cielo sin piedad á quien provocas,
« Y contra tí se volveran las rocas!

« Musulmanes, Hasan está hechizado
« Por el nefando amor de una cristiana:
« Aixa, de fé cual de virtud dechado,
« Es esclava en su harén y no sultana;
« El príncipe legítimo encerrado
« Llora en los hierros de prision lejana.
« ¿Y en provecho de quién tal tiranía?
« De una estrangera, renegada impía. »

« Ya lo veis: impolítico atropella
« Cuantos derechos y principios fijos
« Hasta hoy se respetaron, y deguella
« Los rendidos y esclavos. Tan prolijos
« Crímenes ¿á qué fin? Solo por ella:
« Por coronar á sus bastardos hijos,
« Que, lobeznos de raza castellana,
« Como ella al fin renegarán mañana.

« ¿Comprendeis? ¡oh muslimes! — Esa impía,
« Que ni crée en Jesucristo ni en Mahoma,
« De nuestra desdichada monarquía
« Es con sus hijos la mortal carcoma.
« Ella al cristiano os venderá algun dia
« Si en sus proyectos incremento toma:
« Porque en el ódio universal que encierra
« Incendiará, á poder, toda la tierra.

« Pero ¿créeis tal vez que los cristianos
« La sangre olvidarán vertida en Zahara?
« Como Hasan, en sus triunfos inhumanos,
« Vendrán con sed de vuestra sangre avara.
« La que hoy vertieron sus inicuas manos
« Del pueblo moro goteará en la cara:
« Y en todas ocasiones y parajes
« Nos considerarán como á salvajes.

« ¿Ois ese huracán? Horrorizada
« De tan inútil y brutal fiereza,
« Truena contra nosotros indignada
« La madre universal naturaleza.
« ¡Ay del pueblo muslim! ¡ay de Granada!
« El rayo amaga su imperial cabeza,
« La ponzoña mortal hierve en su seno,
« Y Aláh se torna en pró del Nazareno! »

Dijo así Aly Mazer. Como evocados
Al són de sus fatídicos acentos,
La tierra conmovieron desatados
En furioso huracán los elementos.
Torrentes de las nubes desgajados
Inundaron las calles, y los vientos
Arrebataron arcos y doseles,
Lazos, flores, damascos y caireles.

Huyó la poblacion supersticiosa,
Siempre en agueros á creer dispuesta,
Y encerrose en sus casas pavorosa
La ira de Dios creyendo manifiesta.
Desierta la ciudad y silenciosa
Quedó en redor, se interrumpió la fiesta:
Y en vez de los aplausos y canciones
Do quier se oyeron ayes y oraciones.

Duró la tempestad la tarde entera,
Y entre el rugido cóncavo del trueno
Y el estridor de la tormenta fiera,
De los oscuros barrios en el seno
Una voz incesante y lastimera
Esclamaba aterrando al agareno:
« Aláh torna á su grey la faz airada.
¡ Ay del pueblo muslim! ¡ ay de Granada! »

Campo desierto de olvidadas ruinas,
Medroso despoblado cementerio
Parecian las calles granadinas
De tal desolacion bajo del imperio:
Y cual si se efectuara en las divinas
Regiones algun lóbrego misterio
Fatal para los Moros, agobiada
De pánico terror quedó Granada.

II

Era en verdad así : que en tal momento,
De la fortuna y la ecsistencia mora
En la esfera inmortal del firmamento
Ibase á señalar la última hora :
Y el arcángel que rige el movimiento
De la aguja fatal, niveladora
De los tiempos, el fin del reino moro
Iba á marcar en su cuadrante de oro.

No en vano entre los cielos y Granada
Un velo de nublados se estendia :
Con la luz á sus ámbitos negada
Otra region feliz resplandecia.
Su cresta secular Sierra-Nevada
Con una aureola de fulgor ceñia,
Y el misterio que Dios obra en la Sierra
Permitido sondar no es á la tierra.

En el seno glacial de aquellas cumbres
Cuya paz no turbó la voz mundana,
Lloraba celestiales pesadumbres
Sér de divina estirpe soberana.
Lanzado de las célicas techumbres
Siglos hacía á la region humana,
Para su habitacion labró en la nieve
De su helado cristal palacio leve.

Lejos de su alma patria luminosa
Fué condenado, espiacion de un yerro,
Su forma pura, celestial y hermosa
A sepultar en terrenal encierro,
Dando cima á tarea misteriosa
Por Dios impuesta en su mortal destierro;
Mas ya á su fin la espiacion tocaba
Y su tarea al concluir estaba.

Treinta afanosas décadas habia
En preparar el ángel empleado
Su difícil labor, y ya veia
Su éxito misterioso asegurado:
Y, para darla fin, en este dia
Iba por Jehováh purificado
A recobrar su blanca sobreveste,
Su sér divino y su poder celeste.

Tal es en suma el celestial portento
Que va el Señor à obrar sobre la Sierra,
Y cuya vista vela en tal momento
El nublado á los ojos de la tierra.
La tempestad que entolda el firmamento
Es un crespon que sus espacios cierra :
Y tras aquellas fulgurantes nubes
Cantan un himno santo los Querubes.

Sobre sus alas con rumor sonoro
Las cohortes angélicas descienden,
Y al dulce són de su celeste coro
Troncos y rocas de placer se hienden.
Los serafines en mecheros de oro
De la divina fé la luz encienden,
Sobre el alcázar místico de hielo
Rasgado el seno cóncavo del cielo.

Del zenit en el punto culminante,
En medio de una luz deslumbradora,
Del sumo Dios apareció el semblante
Y tronó la palabra creadora.
Al eco inmenso de su voz gigante
La celestial cohorte voladora,
Con las alas cubriéndose los ojos,
Para escuchar se prosternó de hinojos.

« ¡ Azäel ! » — dijo Dios, al sér divino
Desterrado en la tierra interpelando,
Y al umbral de su alcázar cristalino
El ángel bello pareció temblando;
Y el eco gigantesco y montesino
De las cóncavas peñas, despertando
Al acento de Dios, volvió medroso
El nombre del espíritu glorioso.

« ¡ Azäel ! repitió el Omnipotente;
« Torna á tu antiguo sér y poderio,
« Cobra tu vestidura refulgente
« Y obra sobre la tierra en nombre mio.
« Toda á tu voluntad está obediente :
« Sus destinos gobierne tu albedrio :
« Completa mis designios soberanos :
« Yo bendigo la obra de tus manos. »

Dijo el Señor. El ángel desterrado,
Recobrando su gracia primitiva,
Levantose á su voz transfigurado,
Revestido de gloria y de luz viva.
Orna su cuerpo ceñidor alado,
Ciñe su sién inmarcesible oliva,
Y de la fé la luminosa tea
En su diestra purísima flamea.

Un séquito de espíritus potente,
Que deja sometidos á sus santas
Ordenes el altísimo, obediente
Y á su voz pronto se ordenó á sus plantas;
Ante el Señor el ángel reverente
Se prosternó tres veces, y otras tantas
El eco del hosanna y los salterios
Conmovió con su són los emisferios.

Tornó Dios á sumirse en su santuario :
Tornaron los arcángeles el vuelo
A tender, el vacío solitario
Trasponiendo y los límites del cielo:
Y de la eternidad en el horario
Brillando el fatal número, hácia el suelo
Moro, dijo, la mano nacarada
Estendiendo Azäel: « ¡ Ay de Granada! »

¡ Ay! repitió en el cóncavo y profundo
Seno del monte aterrador el eco;
¡ Ay! repitió siniestro el vagabundo
Viento que rueda en el vacío hueco;
¡ Ay! repitió el nublado, en tremebundo
Trueno rompiendo desgarrado y seco;
¡ Ay! repitió la voz desesperada
Que gemia fatídica en Granada.

A este medroso universal lamento,
De la voz del Señor eco en la tierra,
Desgarró con estrépito violento
Sus entrañas marmóreas la sierra,
Y abriose el misterioso monumento
Que su cimiento colosal encierra :
Fábrica de materia indestructible,
A los humanos ojos invisible.

Es el alcázar de Azäel : divino
Palacio transparente y encantado,
De nácar y de hielo cristalino
Entre nieves eternas fabricado.
En él oculta el ángel peregrino
Un sér, aunque mortal, predestinado
A que con él su porvenir divida
En la terrena y la celeste vida.

En este alcázar níveo, modelo
De la oriental alhambra granadina,
Bajo la eterna bóveda de hielo
Que corona la cumbre al sol vecina,
Envuelta yace en encantado velo
La régia sombra de Alhamar divina,
A quien letargo místico y profundo
Encadena á este límite del mundo.

No tienen á este sér bajo su imperio
La vida ni la muerte: su ecsistencia
Fantástica protege hondo misterio
Que sondea no mas la omnipotencia.
Su sér no pertenece á este emisferio,
Y, ni celeste ni mortal, su esencia
Tiene el poder del ángel defendida
Del poder de la muerte y de la vida.

Misterio incomprensible para el hombre,
A toda humana esplicacion resiste
Y á la ciencia mortal fuerza es que asombre;
Obra sábia de Dios, por Dios ecsiste:
No tiene historia, esplicacion, ni nombre,
Ni mi pluma en buscárselos insiste:
La inspiracion divina del poeta
No está á mortal esplicacion sujeta.

Yace bajo el poder de tal encanto
De Alhamar la fantástica ecsistencia,
De aquel alcázar luminoso y santo
Debajo de la nítida apariencia.
Todavia le cubre el régio manto,
Humean todavía en su presencia
Pebetes de ámbar, y su real persona
Circunda el esplendor de la corona.

En medio de un salon prolijamente
Decorado con cúficas labores,
A estilo de los reyes del Oriente,
Sobre un tapiz de espléndidos colores
Y en trono de marfil, rádia su frente
Bajo un dosel de plumas y de flores:
Y, símbolo del mando soberano,
El cetro abarca aún su augusta mano.

Su vista empero inmóvil que no mira,
Su insensibilidad que no percibe
Lo que en su rededor resuena ó gira,
Le delatan por sombra que no vive.
Un áura triste en su redor suspira:
Una aureola eléctrica describe
Círculos mil sobre su real cabeza,
Y aún ostenta su faz torba belleza.

Azäel, de sus ángeles cercado,
Llegando ante el monarca Nazarita,
Sobre su pecho de calor privado
La antorcha puso de la fé bendita:
Al reflejo viviente derramado
Por esta llama que sobre él se agita,
Deshecho el hielo que su esencia pasma,
Movimiento á cobrar volvió el fantasma.

Giraron en las órbitas sus ojos,
Llenó el aire su pecho, su garganta
Paso á un suspiro dió, y, otra vez rojos
Sus labios, sonrió é hirguió la planta;
Mas juzgando tal vez del sueño antojos
De aquellos seres la presencia santa
Y del encanto aún preso en los lazos,
Tendió entre él y los ángeles sus brazos.

Entonces Azäel « torna á la vida »
Dijo : « del cielo la sentencia sabes :
« Tu ecsistencia mortal interrumpida
« En década inmortal fuerza es que acabes.
« Alma sin cuerpo, espectro sin guarida,
« Ve de tu Alhambra á recoger las llabes.
« ¡ En el hombre de Dios, he aquí tu hora !
« Preven la tumba de la raza mora. »

Al mandato del ángel obediente,
El sér de los fantasmas adquiriendo,
Incoloro, impalpable, trasparente,
Su esencia de la tierra desprendiendo
Elevose Alhamar en el ambiente :
Y, cual vapor que en él se va meciendo,
A través de la atmósfera nublada
Se dirigió siniestro hácia Granada.

III

Era la hora en que espirando el dia,
Con la sombra al luchar breves momentos,
Entre la luz crepuscular envia
Al corazon mortal presentimientos
Funestos: esa hora misteriosa
Que al hombre pensador melancolía
Infunde, al criminal remordimientos,
Y al poeta solemne, religiosa
Inspiracion y santa poesia;
Era la hora, en fin, de las historias
Tristes y de las lúgubres memorias.

Tendido en los bordados almohadones
Del rico camarin de Lindaraja,
Cediendo á las sombrias impresiones
De la luz del crepúsculo, que en vano
Por repeler su corazon trabaja,
A solas con sus negras reflecsiones
Yacia de Granada el soberano.

La sombra, mas espesa á cada instante,
Su manto de tinieblas desplegando
Por la arabesca estancia, condensando
Iba su oscuridad, y vacilante
La postrimera claridad del dia
Al pintado cristal de las ventanas
Trémula se asomaba, y confundia
Cada momento mas las africanas
Labores de oro que el cristal tenia.
Los plegados tapices de las puertas,
Los jarrones magníficos de flores.
Todos los muebles que la estancia ornaban,
Con estraña ilusion, formas inciertas
Movimiento y fantásticos colores
A tomar en la sombra comenzaban;
Y empezaba á girar en el vacío
Recinto opaco de la estancia oscura
Ese turbion fascinador y umbrío
De objetos sin color, forma, ni nombre,
Que la supersticion ó la pavura
Hacen en las tinieblas ver al hombre.

El rumor de los árboles vecinos
Y de las fuentes del jardin, los trinos
De las aves en ellos anidadas,
Y los lejanos sones campesinos
Que en revoltoso vuelo descarriadas

Allí traian las nocturnas brisas,
De la cóncava bóveda los huecos,
Los arcos, las acústicas cornisas
Poblaban con las voces ecsaladas
Por misteriosos y fugaces ecos.
Por su impresion fatídica evocados,
En su febril meditacion sentia
Muley, que en sombra y soledad yacia,
Tumultuoso tropel de ya olvidados
Recuerdos asaltar su fantasía,
Donde por siempre los creyó enterrados.
¡Vaporosos recuerdos aflictivos,
Irritados espectros vengativos,
Que en luengos años por la vez primera
Veia con pesar que aun eran vivos,
Acíbar para ser de su postrera
Edad y de su suerte venidera!
    Recordaba las penas ignoradas
Que turbaron los últimos momentos
De su padre Ismael, ocasionadas
Por las locas empresas empeñadas
Por su fogosa juventud: los cuentos
Y pronósticos tristes propagados
Al nacer Abdilá (5), de cuya madre
Los numerosos deudos, apartados
De su corte, tal vez en la montaña
En bien del hijo y para mal del padre
Acopio hacian de razon y saña.

Recordaba á Abdilà que, cuando niño
Hermoso como un ángel, le tendia
Sus tiernos brazos, con filial cariño
Su dulce abrazo paternal pidiendo,
Y que él con esquivez le repelia
En su fatal horóscopo creyendo;
Y el niño, su esquivez no comprendiendo,
Cobrándole temor de dia en dia,
Concluyó por llenar su sino horrendo
Y hoy su rencor nefasto le volvia.
¿Y quién sabe si, mas que de su sino,
Efecto fué del paternal encono
El ódio de Boabdil al Granadino
Rey? ¿Y quién sabe si el fatal destino
Que pesa sobre el príncipe, es acaso
No mas que el ódio de Muley que al trono,
Fanático ó feroz, le cierra el paso?

Aun no se le ha borrado de la mente
A Muley el amor sincero, ardiente,
De Aixa (6), su legítima sultana,
Altanera como él, como él prudente,
Venerada como él entre la gente
Por su pura, rëal sangre africana:
Y aun se le acuerda el popular disgusto
Con que vió el Moro su desden injusto
Por ella y su pasion por la cristiana.

¿Y quién sabe si el astro que preside
A los destinos de su raza y vierte
En ella su fatídica influencia,
Triste fanal de asolacion y muerte,
De destruccion y deshonor sentencia,
Que con ódios sacrílegos divide
De padres y de hijos la ecsistencia,
No es mas que la influencia derramada
Por su feroz política? ¿Quién sabe
Si este arcano de sangre y de rencores,
No tiene otro secreto ni otra llave
Que del rey los políticos errores,
Que han dado luz ¡en hora bien menguada!
A la estrella fatal de sus amores?
  Por la primera vez lo advierte acaso
Y se espanta Muley, con ánsia viendo
Imposible hácia atrás volver el paso,
Por la primera vez rugir oyendo
La tempestad del porvenir horrendo.
Acordósele el torbo y silencioso
Aspecto de la plebe, cuando entraba
Aquella misma tarde victorioso
Por las puertas de Elvira, ante la esclava
Muchedumbre de Zahara: y penetrando
Su vista el horizonte nebuloso,
Comprendió que á su vez el Africano
Rehusaba, como él supersticioso,
Besar servil su ensangrentada mano.

Comprendió que las lívidas cabezas
De Saavedra y sus nobles Zahareños,
No fueron para el pueblo de proezas
Testimonios sin par, sinó visiones
Que empañaron del triunfo las grandezas;
Fueron, en fin, proféticos ensueños
Que trocaron para él los corazones.

Y al fin el Moro comprendió, con pasmo
Mortal y con hondísima congoja,
Que aquella multitud, cuyo entusiasmo
Se estinguió ante su faz de sangre roja,
Y tornó sus miradas compasiva
A la cristiana multitud cautiva,
No vió sobre el laurel de la victoria
El reflejo del astro de la gloria,
Sinó el reflejo torbo y fugitivo
De la hoja del alfange vengativo.

Comprendió que, en su ausencia, entre la plebe
Gérmen de rebelion vertido habia
La callada traicion con soplo aleve:
Y, si hasta entonces escondido y leve,
Cuanto mas encubierto mas seguro,
Vió que el volcan de la discordia hervia
De su régia ciudad dentro del muro.

Por la primera vez de su ecsistencia
Tembló mirando al tenebroso abismo
De la pasada edad : de su conciencia
El primer grito oyó, y, al fatalismo
Sometido de la árabe creencia,
Cuando á solas se vió consigo mismo,
Vió su régio poder en la agonía
Y que el rostro la suerte le volvia.

Rota la tregua con el rey cristiano,
La plebe á la revuelta provocada,
Comprendió, aunque muy tarde, el Africano
Que estaba su política burlada,
Falseado su poder de soberano;
Y, su crueldad despótica ecsaltada,
Trocándose de bárbaro en villano,
Del generoso rey soltó la espada
Y se armó del puñal del rey tirano.

« Mueran, dijo : seria empresa vana
« Cejar un paso ya : ciña en redondo
« De mi trono los piés lago sin fondo
« De sangre mista mora y castellana.
« Mueran cuantos me busquen enemigo
« Y que avance el pendon de los cristianos :
« Los Arabes ante él se haran hermanos

« Y á la muerte ó al triunfo iran conmigo.
« Si no quiere Granada ser vasalla
« Respetuosa, intentando á cotos fijos
« Reducir mi querer : si bien no se halla
« Con mi amor á Zoraya y á sus hijos
« Y quiere de mi ley saltar la valla,
« Bajo la cimitarra vengadora,
« Nueva estirpe rëal, nueva señora
« Recibirá temblando la canalla. »

Dijo, y abandonando los cogines
Enderezó sus pasos á la puerta,
Que daba del salon á los jardines
Del patio de Leones; pero yerta
Sintió al umbral la planta y herizado
El cabello el rey moro cuando, abierta
Al tenerla, miró del otro lado
Avanzar por la estrecha galeria
Horrenda aparicion que hácia él venia.

Pálida, lacrimosa, descompuesta,
La vaporosa imágen de un rey moro
Era en su forma la vision funesta (7).
Su sién ceñia la corona de oro
Y en sus hombros traia el régio manto :
Arrastrábale empero sin decoro

Y con sus orlas enjugaba el llanto.
Vaga aureola de azulada lumbre
Radiaban los contornos transparentes
Del fantasma rëal, y ayes dolientes
De mortal profundísima agonía
Mostraban la angustiosa pesadumbre
Del fatídico sér que así gemia.

Enclavados los piés al pavimento
Y sostenido en el pilar apenas,
Parado el corazon, roto el aliento,
Sintió Muley paralizar sus venas
El hielo del terror. Quiso un momento
Huir de la vision que así le espanta,
Mas sus miembros halló sin movimiento;
Quiso gritar, mas muda su garganta
No acertó á producir ni aun un lamento.

Poco á poco hácia él adelantando
Por la oscura y angosta galeria,
Tristísimos suspiros ecshalando,
La aparicion en tanto se venia.
Paralizado en el umbral estrecho
El Moro y avanzando hácia adelante
La aparicion, se hallaron un instante
El fantasma y Hasan pecho con pecho.

Soplo glacial, emanacion helada
Del pecho de aquel sér, penetró agudo
En el pecho de Hasan como una espada:
Y á su impresion, que soportar no pudo,
De pavura y dolor lanzó un gemido.
Entonces, acercándose á su oido,
Dijo aquella vision desconsolada
Con tristísimo acento dolorido:
« ¡ Escrito estaba ! La postrera hora
« Llegó para la gente desdichada
« De mi gentil ciudad habitadora.
« ¡ Ay de la gloria de la gente mora!
« ¡ Ay de los de Nazar ! ¡ ay de Granada ! »

Dijo la aparicion y, suspirando,
El corredor tomó que al huerto guia,
Y el rey hasta el balcon fuese arrastrando,
Tendiendo una mirada de agonía
Sobre el jardin. — Por él atravesando
Vió que la lenta aparicion seguia :
Mas á través del murallon macizo
Sumida entre las piedras se deshizo.

El alma de Muley, amedrentada,
Abandonó un instante sus sentidos,
Derribando su cuerpo en la bordada

Alfombra del balcon : mas sus oidos
Zumbaban con la voz de la augustiada
Vision, que repetia entre gemidos:
« ¡ Ay de los de Nazar! ¡ ay de Granada! »

Sus densas sombras espesado habia
Lenta la noche y silenciosa en tanto,
Y cobijada la ciudad yacia
Bajo los pliegues de su negro manto.

IV

Astro de bendicion para el Hispano
Una ardiente mujer nació en su suelo,
Y avivada la fé del castellano
Brotó cuando á su faz la trajo el cielo.
El fulgor de su genio al Africano
En el alma infundió siniestro duelo,
Y de su luz el misterioso influjo
La estrella mora á oscuridad redujo.

Por siete siglos alumbrado habia
La estrella del Islam la gloria mora,
Y en el zenit aún resplandecia,
De la region ibérica señora.
Desesperada ya, lucir la via
La raza de Jesús adoradora,
Condenada creyéndose en el cielo
A partir con el Arabe su suelo.

Clara, constante, perceptible y bella,
Mostró el Señor al ánimo cristiano
Su refulgente y protectora estrella
Bajo la forma real de un sér humano;
Lábaro santo de victoria en ella
Recibió al recibirla el castellano,
Y, al ver la aureola que en su frente brilla,
Su estrella en Isabel miró Castilla.

Dios en la eternidad marcó su hora
De púrpura y de luz con caracteres,
Y esta estrella radió deslumbradora
Orgullo para ser de las mujeres.
De paz y de bonanza precursora,
Ajustó los opuestos pareceres
Y dió fin al rencor y enemistades
Que turbaban sus campos y ciudades.

Isabel, en cuya alma generosa
Puso Dios cuanto bien lo humano encierra,
Pura, modesta, noble y piadosa,
Fué la reina mas grande de la tierra (8).
Dulce y tierna á la par que vigorosa,
Diligente en la paz, sábia en la guerra,
Dió al bueno premio, al infeliz consuelo,
Y de damas y reinas fué modelo.

Dió su aliento rëal valor á España,
Gloria á su sexo y á su edad decoro :
Para empresa de honor, propia ó estraña,
No rehusó jamás fatiga ni oro.
Cada memoria suya es una hazaña :
Del cristiano fué prez, terror del Moro :
Dios, en fin, á su aliento soberano
Abrió no mas el mundo americano.

Dios á su corazon dió una fé ardiente
Con una voluntad dominadora,
Para que en uno y otro continente
Derramara su luz consoladora ;
Y la adoró la Americana gente,
Y se humilló á sus piés la gente mora,
Y de ambos mares en la opuesta orilla
Clavó los estandartes de Castilla.

Tuvo en su alma varonil asiento
La virtud inflecsible y verdadera :
Nueva edad comenzó su nacimiento :
Fué su genio la antorcha de otra era :
Su victorioso nombre llenó el viento :
Su gloria vivirá imperecedera :
Con orgullo español mi voz la canta,
Mi fé venera su memoria santa.

Tal fué Isabel. Su grande pensamiento
Concibiendo su espléndido destino,
A su secreto y colosal intento
Con gran prudencia preparó el camino:
É invocando el favor del firmamento,
Con fé esperando en el favor divino,
Su excrutadora y perspicaz mirada
Tenia sin cesar fija en Granada.

Es ya la media noche: rasa y fria
La atmósfera ostentar al firmamento
Deja su manto azul, de pedrería
Salpicado, al fulgor amarillento
De la menguante luna; ya no pía
Ni susurra en el bosque ave ni viento;
Todo, desde el palacio hasta la choza,
Sueño reparador en calma goza.

Todo tranquilo yace en el recinto
De Medina del campo, donde mora
Del católico rey Fernando quinto
La esposa ilustre, del pais señora.
Do quier el fuego y el rumor estinto
Por la cristiana villa, que la adora,
Unico de su alcázar centinela
El castellano honor su sueño vela.

No por barreadas puertas defendida,
Ni cercada de guardia numerosa,
Duerme Isabel inquieta por su vida
En torreon con barbacana y fosa;
En cámara modesta, guarnecida
De tapiz sencillísimo, reposa
A la luz de una mústia lamparilla
La virtuosa reina de Castilla.

Su aposento y su lecho no decora
De genovés brocado, ni de encaje
Flamenco, ni de seda crugidora
De Francia, cairelado cortinaje;
Lino salubre y lana guardadora
Del natural calor, de su mueblaje,
Su lecho y su vestido son la tela :
Nada allí el lujo mundanal revela.

Isabel, aunque hermosa y soberana
Y con glorioso porvenir nacida,
Reconoció desde su edad temprana
La vanidad de la terrena vida:
Y su sincera educacion cristiana
De la era turbulenta trascurrida
En el aciago y anterior reinado
La esperiencia ha despues fortificado.

Y por eso no hay lujo en su aposento,
Y es comun y modesto su vestido,
Y es frugal y sencillo su alimento,
Y su despendio personal medido:
Y, el fáusto de su alcázar opulento
Del órden de su casa dividido,
Es, digna al par de imitacion y fama,
Reina opulenta y laboriosa dama.

Da á su suprema dignidad decoro
Con régia pompa y ostentoso porte,
Al estrangero al recibir y al Moro
En ceremonias y actos de su corte:
Vácia sin pena su rëal tesoro
En todo caso que al honor importe:
Mas desnuda en su cuarto su persona
Del pomposo esplendor de la corona.

Por eso su alma, que altivez no abriga,
Tiene franca y leal correspondencia
En la adhesion de sociedad amiga:
Los afanes que agovian su ecsistencia
De reina amistad íntima mitiga:
Y tiene en los que admite á su presencia
Amigos fieles, defensores bravos,
No aduladores sórdidos y esclavos.

Del amor de sus súbditos por eso
Segura, y mas segura que entre lanzas,
De sus régios deberes lleva el peso
Libre de rebeliones y asechanzas;
Y del pueblo el honor guardando ileso,
Y en su honor con inmensas esperanzas,
Abrigando una fé que no vacila,
En su lecho Isabel duerme tranquila.

De un crucifijo santo la escultura
Pende sobre la augusta cabecera
De su lecho rëal, donde segura
Reclina la cerviz : su cabellera
Recoje casta toca, y la blancura
De su cuello y sus brazos con severa
Honestidad envuelve en blanca bata,
Que su pudor ni aun para el rey desata.

Su postura modesta y recogida,
La serena espresion de su semblante,
Muestran que orando se quedó dormida
Y que al remordimiento vigilante
Su corazon leal no da guarida :
De sus virtudes el vapor fragante
En torno de su lecho se respira,
Y su casta beldad respeto inspira.

¡Su aposento rëal cuan diferente,
Cuan distinto su púdico reposo
Del sueño de las reinas del Oriente,
Inquieto en camarin voluptüoso!
De torpe desnudez el aliciente
Atrae allí no mas al torpe esposo,
Y sobre el cieno del placer reposa
Solo el cariño de la infiel esposa.

Allá en torno del áurea alcazaba
Rujen la rebelion y el descontento,
Y asalariada muchedumbre esclava
Contiene al pueblo de respeto esento;
Aquí, del miedo sin la odiosa traba,
Las puertas sin cerrar de su aposento,
Duerme del pueblo la señora hermosa,
Reina querida, respetada esposa.

Allá las salas del alcázar moro
Pueblan las inquietudes y traiciones,
La voz de la discordia, el són del lloro,
El terror y las lúgubres visiones;
Aquí, de bien y de placer tesoro,
Solo abrigan los régios artesones
El casto amor, la plácida esperanza,
Sueños de paz y dias de bonanza.

Allí en la sombra, de la muerte huyendo,
Corre el hijo del padre fugitivo :
Allí medita parricidio horrendo
Supersticioso el rey y vengativo :
Allí un espectro sin cesar gimiendo,
De tumba falto y al reposo esquivo,
Turba el sosiego de la real morada
Y augura el fin de la oriental Granada.

¡ Cuán distinto el alcázar de Medina
En la nocturna sombra se levanta!
Vela sobre él la proteccion divina
Y orea su recinto un áura santa.
Aquí la paz benéfica domina,
La esperanza feliz el alma encanta,
Y de la religion bajo el imperio
Se efectúa en la noche un gran misterio.

Un ángel bello, del Señor enviado,
De la reina Isabel llegando al lecho,
Su aliento de los cielos emanado
Introduce en el fondo de su pecho :
Y con su álito puro y perfumado,
Cual del Edén con los aromas hecho,
Aleja los espíritus malignos
Y los delirios de su sueño indignos.

Es Azäel: en su rosada mano
De la alma fé la antorcha centellea:
Su vivífico soplo soberano
La faz risueña de Isabel orea:
Un canto, en cuyo són nada hay humano,
Su oido no, su corazon recrea:
Luz celestial su espíritu ilumina,
Y su alma ve la aparicion divina.

De pacíficos ángeles un coro
El casto lecho de Isabel circunda:
Un suavísimo albor de grana y oro,
Como una aurora boreal, inunda
El aire: rumor plácido y sonoro
De harpas lejanas la quietud profunda
De la noche armoniza, y la fragancia
De la mirra trasciende por la estancia.

Un misterioso encanto indefinible
Por el palacio y la ciudad se estiende,
Cuyo mágico efecto incomprensible
De su cámara régia se desprende,
Y en sueño delicioso y apacible
Sume la poblacion, que no comprende
La celestial incógnita influencia
Que envuelve en tal deleite su ecsistencia.

Cuanto aliento vital goza en Medina,
Fecunda en gérmen y en raiz vejeta,
Esta influencia mágica y divina
A su poder recóndito sujeta :
Y bajo este poder que la domina,
En calma universal, en paz completa,
La tierra de Isabel goza ignorante
Las dichas del Edén por un instante.

De Jehovàh el espíritu en tal hora
Al alma de Isabel se comunica,
Y del Señor la fuerza triunfadora
En su valiente corazon radica.
En su pecho magnánimo atesora
Santo fuego Azäel, y centuplica
El humano vigor que en él encierra
Dios, que la trajo á dominar la tierra.

El Angel á quién ÉL ha encomendado
La grande empresa que á Isabel destina,
Se la acerca, su término llegado,
Y sobre el pecho de Isabel se inclina :
Y del Señor con el poder armado,
Va de la antorcha de la fé divina
A encerrar de su pecho en lo profundo
Chispa capaz de iluminar el mundo.

Abrió Azäel sobre el augusto lecho
Sus dos nevadas alas, abarcando
De muro á muro el camarin estrecho
Y á Isabel bajo de ellas cobijando:
Y de su antorcha, que acercó á su pecho,
Una chispa con su índice arrancando
Que, al brotar, un relámpago produjo,
En el real corazon se la introdujo.

A su contracto abrasador sintiose
Su corazon mortal regenerado,
Y su cuerpo de barro iluminose,
Al fuego de la fé purificado.
El sér humano de Isabel cambiose
En mas sublime sér divinizado,
Y comenzó á gozar con nueva esencia
Mejor que la mortal nueva ecsistencia.

Al soplo de Azäel, que fecundiza
En su mortal naturaleza humana
Los gérmenes celestes, la ceniza
Voló de toda inclinacion liviana;
Y de materia vil y quebradiza
Esenta ya su esencia soberana,
Dijo á Isabel el Angel, con la palma
Sobre su corazon que late en calma:

« ¡En el nombre de Dios, de su fé santa
« Prenda en tu corazon esa centella!
« En su nombre inmortal la cruz levanta,
« Y convoca á tu grey entorno de ella.
« Espanto del Islam, bajo tu planta
« La frente infame de Mahoma huella :
« Astro de los cristianos, aparece :
« Dios en tu luz sagrada resplandece. »

Al poder de este acento sobrehumano,
Levántose Isabel transfigurada
Y al ígneo corazon llevó la mano,
Al fuego celestial no acostumbrada;
Mas de misterio tal en el arcano
Por Dios al punto penetró inspirada,
Cuando al tender en su redor los ojos
Vió á sus piés á los ángeles de hinojos.

Entonces en su mente, prevenida
Por celestial intuicion, brotaron
Los pensamientos mil que en su guarida
Hasta entonces ocultos fermentaron;
A su vista, por Dios esclarecida,
Del porvenir las nieblas se rasgaron,
Y, al sentirse por ÉL predestinada
Para rendirla, dijo : « ¡ay de Granada! »

Y al salir á las áuras esteriores
Las armónicas notas de su acento,
Se transformaron en fragantes flores,
Y en mariposas áureas sin cuento,
Y en pájaros de luz de mil colores
Los átomos vivientes de su aliento :
Los genios de Azäel los recogieron
Al brotar, y en el aire se perdieron.

« Partid, » dijo Isabel, sus transparentes
Formas perderse en el azul mirando :
« Partid, y al corazon de los creyentes
« Id con los ecos de mi fé llamando :
« Mis encendidos átomos vivientes
« Por mis ciudades id desparramando :
« Id en nombre de Dios, id por Castilla
« De mi fé derramando la semilla.

« ¡Espíritu de Dios! ya en mí te siento :
« Ya señalarse en el cuadrante de oro
« De la honda eternidad veo el momento
« Propicio al Español, fatal al Moro.
« Heme pronta á tu santo llamamiento :
« Obedezco tu voz, tu ley adoro.
« ¿Quién me resistirá de tu fé armada?
« Yo plantaré la Cruz sobre Granada. »

Dijo Isabel. Los átomos divinos
De su aliento, por Dios purificado,
Mensageros de su alma, peregrinos
Por la region del aire purpurado
Ya con los arreboles matutinos,
Al término que Dios les ha marcado
Partieron. — Dios, haciéndoles fecundos,
Transforma leves átomos en mundos.

V

Antes que el sol su esplendorosa hoguera,
De la luz de los astros alimento,
Mostrara en el oriente, su carrera
Misteriosa acabando en un momento,
De Castilla hasta la última frontera
De su señora se esparció el aliento :
Y do quier que sus átomos posaron,
Chispas de fé, las almas alumbraron.

Al influjo de este álito divino
Regenerose la Cristiana tierra
Con nuevo sér y cambio repentino ;
Los nobles turbulentos, que con guerra
Doméstica ensangrientan su destino,
Sintiendo el nuevo sér que su alma encierra,
Sintieron sus alientos belicosos
Bajo instintos brotar mas generosos.

El pueblo, por sus próceres armado
En pró de asoladoras banderías,
Contempló su valor desperdiciado
En contiendas inútiles ó impías;
Y, por la nueva fé iluminado,
Pensó en borrar de tan nefastos dias
Con páginas espléndidas de gloria
Del libro de los tiempos la memoria.

El soplo de los ángeles fecundo
Inoculando la feráz semilla
De la fé de Isabel en lo profundo
Del alma de los hijos de Castilla,
La progenie evocó que, un nuevo mundo
Del mar buscando en la encontrada orilla,
Iba en sus carabelas viento en popa
Las llaves de otro mundo á traer á Europa.

Un vapor luminoso, perceptible
No mas á los espíritus del viento,
A la mirada de Satan terrible,
Y á las del Hacedor del firmamento,
Alfombra en punto tal la haz apacible
Del católico reino, en tal momento
Recibiendo sus pueblos, que en paz duermen,
De la celeste inspiracion el gérmen.

De los gefes católicos, en sueños,
El generoso corazon se agita
A impulso de presagios alhagueños
Que el soplo en ellos de Azäel escita.
Temerarios y heróicos empeños
Ya delirando cada cual medita,
Y, á la voz de los cielos obediente,
Pronto al combate cada cual se siente.

Uno entre todos, héroe futuro
De la conquista en que la Cruz se empeña,
Con el asalto de agareno muro,
Por Azaël arrebatado, sueña,
Y el fondo ve del porvenir oscuro
Que con la fé alumbrándole le enseña.
Es Ponce de Leon, el caballero
Mejor, en fé y en armas el primero (9).

El, de la ira de Dios rayo inflamado,
De su divina cólera instrumento,
El primero en su mente inoculado
Percibe de Isabel el pensamiento;
Como ella por el ángel instigado,
Penetrar en su sér siente su aliento,
Y que en él á su soplo se levanta
De la Cristiana fé la llama santa.

Del corazon le advierten los latidos
Del invisible genio la presencia,
Y el placer con que gozan sus sentidos
El soberano bien de la ecsistencia;
Y oye en su corazon, no en sus oidos,
Una voz que relata á su conciencia
De una era de fé, de honor y gloria
La venidera y encantada historia.

El ángel Azäel, ante sus ojos
Del negro porvenir el libro abriendo,
Con sangre escrito en caracteres rojos
Del Arabe le muestra el sino horrendo.
Mensagero se ve de los enojos
De Jehováh en Granada combatiendo,
Desplegado un momento ante su vista
El cuadro colosal de la conquista.

El, de su panorama misterioso
Reconoce los sitios y figuras,
Y ve do quiera su pendon glorioso
Tremolando el primero en las alturas;
Siempre descubre su corcel fogoso
Recorriendo triunfante las llanuras
Que abandonan ante él los Africanos
Y que tras él ocupan los Cristianos.

La fiebre de su espíritu guerrero
A este ensueño de gloria se enardece,
Y al envidiado honor de ir el primero
En su noble ambicion se desvanece;
Y soñando que blande el ancho acero
Que tira el primer golpe le parece,
Y el rudo brazo al descargar esclama:
« En honor de mi Dios y de mi fama. »

Poniendo entonces Azäel su mano
Sobre su ardiente y generoso pecho,
Díjole, del honor y la fé arcano
Su noble corazon dejando hecho:
« El primero serás: Dios soberano
« Acuerda á tu valor ese derecho.
« Levanta el grito y el pendon de guerra:
« Tala, rayo de fé, la mora tierra. »

Dijo Azäel: y abriendo en el ambiente
Sus alas de vapor, por un momento
Dejando tras de sí fosforescente
Rastro, perdiose en el azul del viento.
Despertó el Castellano de repente
La puerta oyendo abrir de su aposento,
Y presentose en ella á don Rodrigo
De un cristiano adalid el rostro amigo.

Es el valiente escalador Ortega,
De la guerra avezado al ejercicio,
Donde su vida cada dia juega
De *escucha* haciendo el peligroso oficio (10).
Del territorio de los Moros llega,
Y su presencia siempre algun servicio
Promete al de Leon, quien en campaña
Siempre de él se aconseja y acompaña.

Reconoció de Dios al mensagero
En él el piadoso don Rodrigo,
Y el gage espera que le trae primero
De las promesas de Azäel consigo.
Incorporose, pues, el caballero
Diciendo alegre : « ¿Qué me traes, amigo
— Traigo una prenda que os dará gran fama :
Traigo una villa mora. — ¿Cuál? — Alhama. »

« ¡Alhama! Es la mas rica del rey moro.
— Sí, señor : de su reino está en el centro.
— Dicen que en ella guarda su tesoro?
— Sí, señor : y yo de ella os pondré dentro.
— ¿Sabes lo que prometes? — Nada ignoro,
Señor ; mas cuando ofrezco es que me encuentro
En posicion de dar. Venid conmigo,
Y sois dueño de Alhama, Don Rodrigo. »

« Ortega, en una empresa tan osada
Es preciso que Dios guie tu huella.
— « La voluntad de Dios está marcada
Y nos la brinda á nuestra buena estrella.
Yo no me he contentado en mi emboscada
Con rodar por la noche en torno de ella;
Señor, yo he estado dentro de la villa :
Dios por mi mano se la da á Castilla. »

« Yo veo la de Dios tras de tu mano.
Basta : aguarda mis órdenes afuera. »
Salió Ortega : el ilustre Castellano
Del lecho se arrojó, y, con fé sincera
Puesto de hinojos, con fervor cristiano
Dijo : « Mi fé, Dios mio, en vos espera :
Si en Alhama, señor, me dais entrada,
Yo llevaré la cruz hasta Granada. »

LIBRO QUINTO.

INTRODUCCION.

لا تحزن فالذى قضى الله يكون

(Sentencia árabe (1).)

¡Escrito estaba asi! Dios en su mano
Tiene los corazones de los reyes,
Y sus profundos cálculos políticos
La voluntad de Dios acota siempre.
Esa nacion, que poderosa nace
De las ruinas de aquella que perece,
Al mandato de Dios brota y se encumbra
Y en alas solo de su aliento viene.
Los pueblos y las razas se renuevan,
Devorando el que nace al que fenece,
Como en la inundacion bajo las aguas
Se renueva el pais que se sumerge.

La gloria y el poder de las naciones
Nace, se eleva y cae, cual se suceden
Las semillas y frutos de la tierra,
Hijas de la estacion que les da gérmen.
El invierno corona las montañas
Con blancas tocas de apretada nieve,
Y el aire de sus copos infecundos
La lluvia estrae para regar las mieses.
Cuna y sepulcro al par de cuanto en ella
Vejeta y se consume, nace y muere,
Fúnebre ¡á Dios! ó alegre bienvenida
Da la tierra á quien parte y á quien viene;
Y lo mismo que el manto se desciñe
De vida y flores en que abril la envuelve,
Se despoja insensible de sus pueblos,
Y sus razas olvida indiferente.
Así han nacido y perecido todos
Bajo esta ley universal, y quieren
Esplicar los políticos en vano
Los misterios del tiempo y de la muerte.
Mane, Tézel, Farés, escribió el dedo
De Dios de su palacio en las paredes,
Y se hundió Baltasar y Babilonia:
Y así se hunden los pueblos y los reyes.
En vano achaca el sábio á su política
El viento que á su ruina les impele:
Al pueblo que á su fin misero toca
Su propio peso hácia su fin le vence:

Y el rey que nace de su raza el último,
Por mucho que afanoso se desvele
Por la prez y la gloria de sus pueblos,
Al fin sus pueblos y su gloria pierde.
Ninive así, Jerusalen y Roma
Fueron : y así las razas del oriente
Que encantaron los valles de Granada
Fueron : sombra de sauce, inquieta y breve,
Aroma de jazmin que dura un dia,
Humo de mirra que borró el ambiente,
Nube formada del vapor del alba
Que à los rayos del sol se desvanece.
Tal fué Granada : y al dejar sus muros,
Filosófa ó fanática su gente
« ¡ Escrito estaba así, dijo partiendo,
¡ Alahú-akbar! ¡ Dios grande, tú lo quieres! »
Y yo, que al relatar su última historia,
En empolvados libros y papeles
Roidos por el tiempo, voy sus hechos
Al olvido robando, siento á veces
Preñárseme los párpados de lágrimas,
Viendo la abnegacion de aquellos seres
Que al Africa partieron resignados,
Mas que á su patria á su crëencia fieles;
Y cuando leo los cristianos libros
Que les tratan de bárbaros y aleves,
Digo en mi corazon : « Escrito estaba :
¡Alahú-akbar! ¡ Dios grande, tú lo quieres! »

Mas volviendo á tomar mi torpe pluma,
Y tornando á elevar mi canto débil,
Torno al relato de su antigua historia
Y vuelvo de Granada à los vergeles.

NARRACION.

I

Mas allá de la selva de avellanos,
A cuya sombra misteriosa mana
Murmuradora fuente cuya historia
Cuento parece de orientales hadas :
Mas allá de los cármenes que alegran
De los cerros del sol la verde falda,
Y mas allá de las rojizas lomas
Que á Darro obligan á torcer sus aguas,
Hay un tajo que forman dos colinas
Donde la arcilla estéril, de las plantas
Secando las semillas, el arraigo
De yerbas, flores y árboles rechaza.
De este tajo en la cóncava hendidura,
Del Moro y del Cristiano abandonada
Y objeto de pavor para ambos pueblos,
Hay una vieja torre solitaria.

Fábrica, segun unos, de un mal Genio
Que, teniendo en las nubes su morada,
Robó audaz una Hurí del paraíso
Y al mundo la bajó sobre sus alas,
Encerrándola luego en esta torre
Que fabricó con piedras encantadas.
Obra de un parricida, segun otros,
De quien no quiso Satanás el alma,
Y la enterró con el nefando cuerpo
Debajo de la arcilla emponzoñada,
Vuelta despues en fuente pantanosa,
Túrbia, insalubre, fétida y amarga.
Mas cualquiera que fuere el misterioso
Orígen ignorado de su fábrica
Que en los siglos se pierde, es esta torre
Objeto del terror de la comarca.
Al amor de la lumbre los ancianos,
De las noches de invierno en las veladas,
A sus vecinos y parientes de ella
Mil leyendas quiméricas relatan.
Ni pastor llevó nunca su ganado
Por aquellos contornos, ni serrana
Por récia tempestad sobrecogida
Se abrigó de sus bóvedas rajadas:
Ni nunca las doncellas campesinas
Se casaron con hombre que pasara
En la luna anterior al matrimonio
Por bajo de esta torre condenada.

Ni cazador alguno su ballesta
Disparó sobre el ave ó la alimaña
Que se acogió á las grietas de sus muros,
O en su cresta posó desalmenada.
El padre al revoltoso rapazuelo
Con la torre fatídica amenaza,
Y el muchacho, medroso, se guarece
Bajo el regazo maternal y calla.
Dicen que en las tiniebias de la noche
En torno de ella apariciones vagas
Se perciben tal vez, y se iluminan
Los huecos de sus lóbregas ventanas;
Dicen que un Moro, ó alquimista ó santo,
De triste voz y venerable barba
La torre habita, y que curó con filtros
A una pobre muger endemoniada;
Y cuentan, aunque nadie le designa,
Que un mancebo del pueblo, que idolatra
A una infanta rëal, clavó una noche,
Caprichos por cumplir de la que ama,
En el viejo postigo de la torre
El velo de la hermosa con su daga:
Y la hermosa á otro dia halló clavados
El velo y el puñal en su ventana.
Un mercader del Zacatin, muy rico,
Muy limosnero y de costumbres santas,
Consultó escrupuloso con un sábio
Santon el fundamento de estas fábulas,

Y el sábio Aly-Mazer, que penitente
En los montes habita una cabaña
Que nadie vió, y á quien el vulgo dice
Que cuida allí de alimentar un águila,
Su plática al oir sobre la torre
Dijo con vista torba y voz airada :
« ¡ Ay del que pise de su umbral la piedra !
Allí afila la muerte su guadaña. »
Y esto el sábio santon diciendo á voces
Al mercader, atravesó la plaza,
Dejándole aterrado y circuido
De inmensa multitud estupefacta.
Dícese sin embargo, aunque se dice
Entre amigos no mas y en voz muy baja,
Que algunos han llegado hasta esta torre
De consejos ó filtros en demanda,
Y que el viejo dervich que habita en ella
Satisfizo sus dudas ó sus ánsias :
Y aun dicen que debajo de las piedras
De aquella torre vacilante se hallan
Camarines suntuosos, alumbrados
Con candelabros de coral y de ámbar,
Y una fuente que aduerme los sentidos
Al dulce són de sus bullentes aguas.
Dios sabe la verdad ; el vulgo siempre
Da formas temerosas y fantásticas
A lo que no comprende, y esta torre
Le es en sus sueños pesadilla ingrata.

Era la última tarde de febrero :
Ya el crepúsculo en sombra se cerraba,
De los vientos de marzo comenzando
A zumbar en los árboles las ráfagas.
Ya recogido el labrador su yunta
Cansado habia y el pastor sus cabras,
Y el humo de las chozas y alquerias
A su frugal banquete le llamaba.
Se hundian en sus cuevas los reptiles
Y acudian las aves á las ramas,
Llamando á la vecina primavera
Que mas de lo que anhelan se retarda.
La tierra, en fin, en brazos de la noche,
Yerta, en silencio y soledad quedaba
Y al lejos la ciudad se distinguia
Solo ya por la luz de sus ventanas.
Era una noche fria y tenebrosa :
Crecia el viento y, de la luna falta,
La bóveda del cielo parecia
Con fúnebres crespones enlutada.
Era una de esas noches en las cuales
La voz del miedo al corazon nos habla,
Y de infantil supersticion al soplo
Quimeras mil en nuestra mente se alzan.

Noche agradable para oir historias
Junto à la lumbre del hogar contadas,
O para hacer castillos en el aire
Bajo el triple doblez de espesa manta.
Mas no siempre á su antojo goza el hombre
Plácida ocupacion, cómoda estancia,
Y alguno hay siempre que afanoso vela
Mientras el mundo universal descansa.
He aquí porqué del arcilloso tajo
Donde la antigua torre está fundada,
A pesar de la noche pavorosa,
La soledad un hombre atravesaba.
No se alcanzaba á ver en las tinieblas
Ni aun el contorno de su forma humana,
Mas se oia su aliento fatigoso
Y el compás desigual de sus pisadas.
Sonoro el roseton de sus espuelas
Tal vez por caballero le acusaba,
Y por hombre de guerra el són metálico
Con que bajo el caftan crujen sus armas.
Llegó á la cima del repecho, donde
La puerta da del torreon : ahogada
Tós de cansancio le saltó del pecho,
Mas sofocó su ruido en la garganta.
Breve silencio luego, hondo, absoluto,
Indicó que dudoso vacilaba,
Y que tal vez en el momento crítico
Le abandonaba el corazon su audacia.

Con larga aspiracion tomar aliento
Oyósele despues, y de la daga
Con el pomo dos golpes dió en la puerta,
Secos, iguales, firmes: no temblaba.
El corazon que daba á aquella mano
Tan sereno vigor latía en calma,
Y el hombre que llamaba á aquella torre
Resuelto en ella á penetrar llegaba.
Si á su secreto huésped conocia,
Su relacion con él era harto franca;
Si la creia habitacion de espíritus,
Con temeraria fé les provocaba.
El doble són de su doblado golpe
Los ecos de la torre abandonada
Cóncavos repitieron, hasta ahogarles
En la desierta cavidad lejana,
Y un momento despues otra voz ronca
Tras de la puerta preguntó «¿Quién llama?
— Un hombre solo,» respondió el de fuera.

EL DE DENTRO.

¿Qué quiere?

EL DE FUERA.

Quiere hacer una demanda
Al espíritu sábio que aquí mora.

EL DE DENTRO.

¿Su ciencia sin saber de quién dimana?

EL DE FUERA.

Del cielo ó del infierno: importa poco:

Con que me sepa responder me basta.

EL DE DENTRO.

¿Resuelto traes el corazon?

EL DE FUERA.

A todo.

EL DE DENTRO.

¿Tienes bien la pregunta meditada?

FUERA.

Sí.

DENTRO.

¿Sabes que la ciencia nunca miente,
Y que desnuda la verdad espanta?

FUERA.

Favorable ó fatal, saberla quiero;
Pon precio á tu respuesta, pero dámela.

DENTRO.

La ciencia no se vende: y quien el cáliz
Osa apurar de la verdad amarga,
En el veneno que al saberla bebe
La compra por su mal bastante cara.
Entra. — Abriose la puerta: pasó el hombre,
Y fué todo silencio, sombra, nada.

En medio de un morisco gabinete
Que, á juzgar por su bóveda cerrada,
Pertenece sin duda á alguna obra
Desconocida, oculta y subterránea,
Al suave resplandor con que la alumbran
De pulido alabrastro cinco lámparas,
Hay una fuentecilla que se vierte
De mármol transparente en una taza.
El desborde del líquido impidiendo,
Un sumidero que su fondo horada
Le conserva en nivel constante siempre,
La que sume igualando á la que mana.
Su ancho tazon que sobresale apenas
Del pavimento, á la arabesca usanza,
Cercado está de blandos almohadones
Y tupidas alfombras toledanas;
Mas parece que solo se destinan
Por el rico señor de aquella estancia
A que gozen sus huéspedes la vista
Y el grato són de la corriente mansa:
Y la luz de las lámparas, que recta
En su cristal á reflejarse baja,
Para alumbrar tambien parece solo
La transparente linfa preparada.

Rádia empero esta luz por todas partes
En rededor de la ostentosa cámara
Sobre mil preciosísimos objetos,
Que la opulencia del señor delatan.
Ricos jarrones del Japon que ostentan
Indicas flores que en su seno arraigan,
Plumas costosas de chinesco orígen,
Y talismanes y amuletos y armas
Por su rara virtud ó precio enorme
De enriquecer capaces á un monarca,
Decoran el fantástico aposento
Que aroma un ancho perfúmero de ámbar.
Esquisitos damascos, cairelados
Con anchos flecos y tejidas randas,
Cubren los muros cuyo friso adornan
Minuciosas labores Africanas;
Y del techo estaláctico, de cedro
Y olorosas maderas cinceladas,
Los huecos casetones laberínticos
Miniaturas espléndidas esmaltan.
El murmullo continuo de la fuente,
La suave luz en ella reflejada,
Y el aroma oriental del perfumero
Que armoniza, ilumina y embalsama
El aire de este asilo misterioso,
Embebecen el ánimo y embargan
Los sentidos, y el alma á las delicias
De beáticos éxtasis preparan.

Al respirar su atmósfera vivífica
La cavidad del pecho se dilata
Con placer inefable : y, cual si en ella
Un bálsamo vital se inoculara,
Corre la sangre renovada, al cuerpo
Comunicando ligereza estraña,
Como si el soplo de benigno Genio
Su peso terrenal aligerara.
Este deleite, empero, inesplicable,
Este placer magnético que embriaga
El ánimo y el cuerpo en este sitio,
Tanta delicia infunde que aletarga.
Aura parece del Edén, divina
Fruicion de la gloria que, arrastrada
A la tierra de impuro sortilegio
Por la virtud, deleita pero daña.
Mansion es esta singular : acaso
En ella con sacrílega amalgama
El ambiente vital del paraíso
Y el aliento satánico se hermanan.
Mansion que está sujeta á algun encanto,
O por algun espíritu habitada,
O por un sábio mago está dispuesta
Para abusar de la razon humana.
Fantástica mansion, cuyo recinto
Se encierra oculto en la maciza fábrica
De los hondos cimientos que mantienen
La torre secular que al vulgo espanta.

Como vision que se aparece muda
A la voz del conjuro que la evoca,
Como la mancha que proyecta móvil
La nube que ante el sol cruza la atmósfera,
Así apartando la crujiente seda
Que el subterráneo camarin decora,
En su oriental recinto penetraron
En sombrio silencio dos personas.
Hombres las dos; el uno, revestido
De luengas, anchas y talares ropas,
Bajo el morisco capuchon plegado
La edad oculta y el semblante emboza.
Debajo el otro de caftan turquesco
Rica armadura y cimitarra corba
Deja admirar : mas el cerrado almete
Su faz resguarda de atencion curiosa.
Ser el primero en su ademan revela
De esta mansíon el dueño : indagadora
Inquietud, mas no miedo, del segundo
Muestra la continencia cautelosa.

Busca el primero entre los mil objetos
Que allí se vén, de aplicacion incógnita,
Algo que necesita, y el segundo
Sagaz espía sus acciones todas.
Un talisman y un libro, cuyos usos
Solo tal vez su posesor no ignora,
Tomó por fin el sábio y puso el libro
En un atril de laboreada concha.
Era el libro un volúmen con respeto
Guardado en un cajon de palo-rosa,
Y el talisman representaba un áspid (2),
El cuerpo de oro y de coral la cola.
De un candelero de oro salomónico
Encendió luego la bujía roja
El silencioso encapuchado, y dijo
Volviéndose al guerrero : « Ya está pronta
El ara de la ciencia y arde en ella
La luz de la verdad. Ese àspiz toma,
Pregúntale ; divide de ese libro
Las páginas con él y, sobre la hoja
Que abras, lee la respuesta á tu pregunta,
Y... espera todavía : si te importa
Tu secreto guardar, que por tu lengua
Hable tu alma : la palabra sobra. »
Obedeció en silencio el caballero :
Y dejando en un mueble sus manoplas,
Con la desnuda mano asiendo el áspid
Se aprestó á la tremenda ceremonia.

Hizo en secreto su demanda, y luego
Metiendo el talisman entre las hojas
Del libro, en el atril por ambos lados
Caer partidas al azar dejolas.
A través de las barras del almete
Tendió á lo escrito la mirada ansiosa :
Leyó, y el estertor que hinchó su pecho
Mostró de su alma la mortal congoja;
Mas hombre á dominar acostumbrado
Sin duda al corazon, una tras otra
Leyó todas las líneas de la página,
Su acíbar apurando gota á gota.
Acabo de lëer y cabizbajo
Permaneció un momento : escrutadora
Entretanto del sábio la mirada
Sobre él en vano pertinaz se posa;
Porque el tejido espeso de las barras
De la celada penetrar le estorba
Hasta su rostro que, indiscreto acaso,
Revelara su idea mas recóndita.
  Alzó al fin el armado la cabeza,
Con un suspiro desechando la honda
Fatídica impresion del sortilégio :
Rompiéndose el silencio en esta forma.

EL SABIO.

¿Has concluido?

EL CABALLERO.

Sí.

EL SABIO.

¿Qué trae el libro?

EL CABALLERO.

Una encantada y peregrina historia.

EL SABIO.

La tuya.

EL CABALLERO.

Puede ser : pero la escrita
Tiene cierto sabor á fabulosa.

EL SABIO.

En vano quieres con fingida calma
Ocultar á mis ojos tu zozobra;
Yo sé que la verdad de tus palabras
Está en tu corazon y no en tu boca.
Yo sé que espanta el porvenir : que acíbar
Guarda no mas de la verdad la copa,
Y que, por mas sereno que la apures
Te fermenta en el alma su ponzoña.

EL CABALLERO.

Un alma varonil con su destino
Lucha : una fé tenáz todo lo arrostra.

EL SABIO.

La fé de quien á oráculos acude
Solo es supersticion que la fé ahoga.
Voy la historia á lëer con que ese libro
Respondió á tu demanda, y si aun dudosa
Tu alma desea esplicacion mas clara,
Pidela y la tendrás, palpable y pronta.

Dijo : y fijando su mirada el sábio
Sobre el libro fatal, con pavorosa
Voz empezó á lëer : el caballero
Prestando á su pesar atencion honda.
« Un celestial espíritu encantado
« Tiene al rey Alhamar : su augusta sombra
« Sobre los leves rayos de la luna
« Baja á la Alhambra en las nocturnas horas.
« Mudo, invisible, su fantasma régio
« Se mostrará una vez y una vez sola
« Hablará : mas ¡ ay triste del que entonces
« Vea su faz y sus palabras oiga!
« El será engendrador del rey postrero
« Que en la Alhambra rëal ciña corona :
« Y ¡ ay de los de Nazar! ¡ ay de Granada!
« Con ese rey fenecerá su gloria. »
Leyó el sábio : y quitándose del libro
Dirigió así la voz conminadora
Al caballero, que encerrado le oye
Mudo é inmoble en su armadura cóncava :
« ¡ Ay de los de Nazar! ¡ ay de Granada!
« Su rey ha visto la tremenda sombra
« Y ¡ ay de tí, rey Hasan! ¡ ay de tu sangre
« De raza tan fatal engendradora! »

A estas palabras el sombrio armado
Dando un paso hácia el sábio, con voz ronca

Pero resuelta, dijo levantando
La celada que el rostro le encapota :
« Yo soy Muley Hasan : tú lo dijiste :
« Yo he visto esa fantasma aterradora,
« Cuya verdad de confirmarme acaba
« La virtud de tu ciencia misteriosa.
« Yo soy Hasan : pero desde este punto
« Para que tal cual soy me reconozcas,
« Oye á tu vez la prediccion que te hago
« En cambio de tu oráculo y tu historia.
« Yo soy el rey Hasan : pero primero
« Que mi raza consume tal deshonra,
« Todos mis hijos, todos, uno á uno
« Ahogará sin piedad mi mano propia.
« Ya lo sabes : á Dios ; y abre, pues créo
« Que el aire de este cuarto me sofoca. »
Dijo Muley Hasan, y la salida
Buscó bajo el tapiz, ébrio de cólera :
Mas tomándole el sábio por la mano
Le detuvó diciendo : Rey, tú ignoras
Lo que el cielo te guarda, y es preciso
Desvanecer tus esperanzas locas.
Tu hijo Abú-Abdil...

MULEY HASAN (*Interrumpiéndole*).

Preso en la Alhambra
Yace, y cadáver le hallará la aurora.

EL SABIO.

Te engañas : en Guadix contra su padre

Junta sus partidarios á estas horas.

MULEY HASAN.

Mientes!

EL SABIO.

¡Mísero rey! tú ignoras solo
La desventura inmensa que te agovia:
Mas yo te haré agotar hasta las heces
De la horrenda verdad la amarga copa.

MULEY HASAN.

Déjame: basta ya: sé lo bastante;
Y siento que mi mente se trastorna,
Y de alegría imbécil ó satánica
Mi inmenso mal el corazon me colma.
Déjame!

EL SABIO.

No Muley: esa alegria
Insensata la bebes en la atmósfera;
Desde que en este camarin entraste
En tí de un filtro la influencia obra (3):
Y esa febril ecsaltacion que sientes
Va á llevarte, en las alas vagarosas
De una ilusion quimérica, á unos sitios
Cuyos sucesos conocer te importa.
—Déjame, esclamó Hasan como luchando
Con alguna impresion vertiginosa.
—Obedece, mortal, esclamó el sábio
Con elevada voz dominadora.
Magnetizado Hasan desde este punto.

Obedeció á su voz como un autómata :
« Siéntate, » dijo, y se sentó : « contempla
El agua de esa fuente. » Y en sus ondas
Fijó la vista fascinada. — Entonces
Cerrando el caño por dó el agua brota
Y el sumidero que la taza horada,
Posarse el sábio encantador dejola.
Deshízose en el mármol el postrero
Círculo que formó su última gota,
Y quedó el haz del agua tersa, inmóvil,
Reflejando en su fondo de la bóveda
Las múltiples labores que, alumbradas
Por las lámparas, fingen con sus combas,
Angulos, rádios, casetones y arcos,
Grupos de casas, árboles, y rocas.
Sentose el sábio junto al rey, y asiendo
Su yerta mano y de su oido prócsima
La boca colocando, « duerme, díjole,
« Duerme Muley á tu pesar, reposa :
« Mas recibe los sueños que te envio
« Y dales un asilo en tu memoria,
« Para que cuando vuelvas de tu sueño
« Recuerdes sus visiones vaporosas.
« Sueña, feróz Muley, y mis palabras
« De ensueños vagos en quimeras torna :
« Sueña que ves debajo de esa fuente
« Lo que en tu sueño de mis labios oigas. »

Y aquí el encantador encapuchado
Comenzó á relatar con voz monótona
Una historia : confusa, como un sueño
En que un millar de imágenes se agolpa :
Vaga, como unos versos sin cadencia,
Que parece tal vez que nunca logran
En su armonía dar con un sonido
Que con otro sonido corresponda ;
Historia, en fin, cuyo relato hecho
En la inflecsion y guturales notas
Del árabe dialecto, semejaba
Al susurro del agua y de las hojas.

III

« Mira, escucha y comprende lo que pasa
En torno tuyo ¡oh rey! — ¿Ves esas sombras
Que como en alas de los vientos cruzan
Esos llanos y montes con que sueñas,
De esa oscura ciudad saliendo todas?
Los corredores son, que el rey cristiano
Envia á sus alcaides fronterizos.
Esa ciudad de donde parten, cuyo
Mudo recinto en las tinieblas yace
Al parecer pacífico y tranquilo,
Es Medina del Campo. Desde aquellas
Torres los reyes de Castilla miran
Hácia Granada, el pensamiento fijo
En su desolacion y la memoria
En el fatal horóscopo, que anuncia
A Abú-Abdil como el postrer monarca
Que reinará en la Alhambra; sus ginetes
Por eso envian en secreto, y solo
Caminando de noche, á sus mejores
Adalides. ¿Y sabes el mensage

Que les llevan, Muley? Que pues rompiste
Las treguas tú, cayendo sobre Zahara,
Den por abierto el campo de la guerra
Y metan por tus tierras sus pendones,
Talando sin piedad y destruyendo
Mieses viñedos, torres y ciudades.
Vuelve ahora la vista hácia este lado :
¿Ves ese cerro sobre el cual blanquean
Las almenanas torres y los muros
De una morisca villa? Son las torres
Y las murallas de Guadix. ¿Ves ese
Pendon que en ellas vagarosa agita
El áura de la noche? No es ya el tuyo;
Es el de Abú-Abdil. ¿Ves esos hombres
Que, envueltos en sus blancos alquiceles
Y jáiques Africanos, uno á uno
Entran en la segura fortaleza
Do le hospeda tu alcaide? Todos esos
Son los parciales de Abdilá, que acuden
A ofrecerle su brazo y sus tesoros
Contra su mismo padre : y son los mismos
Que tus inícuas leyes desterraron
De Granada; los hijos y los nietos (4)
De aquella ilustre raza degollada
Por el infame padre del que ahora
Es tu primer Wazir, tu consejero,
Del tirano tal vez que por tí reina:
De Abú'l-Kasin Ben-Egas, hijo digno

Del renegado vil á quien llamaron
Moros y Castellanos con desprecio
El *Tornadizo* : y todos alimentan
Sed de venganza contra él, y el ódio
Yerbe en su corazon contra la impura
Cristiana á quien adoras, y detestan
Toda la estirpe vil de renegados
Que te cerca, Muley, y al pueblo impulsan
Hácia la rebelion, que ya fermenta
Hasta en tu misma corte, y cuyo fuego
Puede atajar tal vez Dios solamente,
¡ Alahú-akbar ! así está escrito. Vuelve
La vista hácia ese valle : es el de Dona.
¿ Ves esa multitud de jente armada
Que por él atraviesa ? son Cristianos
Que á Alhama ván. A Alhama donde tienes
Tus mas ricos tesoros : donde acuden
Con tus anuales rentas tus alcaides :
Donde almacenas los inmensos víveres
A tus tropas fronteras necesarios.
A Alhama ván : la llave de Granada
Como los Granadinos la apellidan :
A Alhama ván. Repara como trepan
Por los peñascos en que está fundada,
Como astutos reptiles, los Cristianos
Escaladores : mira como llegan
De los muros al pié sin ser sentidos :
Mira como aprocsiman las escalas :

Mira como en silencio en las almenas
Aseguran las manos, como tienden
Los cautelosos ojos al recinto
Del muro y del adarve abandonados:
Mira como el primero salta dentro
Y sesenta trás él. Ese maldito
Es Ortega del Prado, ese famoso
Escalador cuyas sorpresas tienen
En vela eterna á los alcaides todos
De tus castillos fronterizos. Mira
Como asesina al centinela y corre
Á sorprender la guardia de las puertas:
Mira como un enjámbre de Cristianos
Por las murallas entra ¡Ay de tu Alhama!
¡Ay de los que no ven que estan cercados
De lobos Nazarenos! Mira, mira.
Aquel ginete, que á su frente viene
Á amboscarse traidor junto al postigo,
Es Ponce de Leon, marqués de Cádiz,
Maldecido de Aláh y azote nuestro.
Aquel otro de arnés empavonado,
Es el rico Asistente de Sevilla
Diego de Merlo: aquel que con el hacha
El barreado rastrillo hace pedazos
Con fuerzas de Titan, es Juan de Robles
Alcaide de Jerez, que mató un toro
Dándole en el testúz un puñetazo.
Y no creas que es gente allegadiza

Poco diestra en la lid y mal armada;
No, Muley, son guerreros avezados
A pelear : ilustres por sus hechos
Y por su sangre generosa : todo
Cuanto encierra mejor Andalucia
De Castellanos capitanes. Mira
¿Ves aquel jóven cuyo bozo apenas
Sobre su labio superior apunta?
Bien puedes con el alba que esclarece
Divisarle, ginete en un morcillo
Que piafa de impaciencia: ese es un hijo
De aquel conde de Cabra cuyo brazo
Teme no mas Aly-Athar de Loja;
Es su hijo don Martin, prez de la raza
De Fernandez de Córdova. Aquel otro
Que monta un potro negro y que tremola
Un pendoncillo cárdeno en la lanza,
Don Pedro Enriquez es, Adelantado
Mayor de Andalucia. Toda entera
La tienes ya sobre tu reino : toda
Tiene la voz de alarma y se dispone
Para vengar á Zahara ¡ Ay de tu Alhama
Que tienen ya por suya! ¡Oh! mira, mira.
Aquel que gana el caracol estrecho
Del torreon y baja á dar entrada
A los que aguardan del postigo fuera.
Es el comendador Martin Galindo,
Que ha jurado inmolar treinta Muslimes

A la implacable sombra de un hermano
Muerto á sus piés por el Zegrí de Vélez.
Mira como ayudado de Estremera
Su escudero y de Pedro de Valdivia
Alcaide de Archidona, desatranca
Los pesados barrotes de la puerta
Y sube las cadenas del rastrillo.
Ya logró levantarle : ya una hoja
Franqueó del postigo : apresurados
Mira como por él se lanzan todos
Sedientos de oro y sangre ¡ Aláh clemente,
Compadece á los Arabes ! Escucha.
¿No oyes el repentino clamoréo
Que ensordece la villa? ¡ Desdichada !
Su gente anoche se acostó tranquila
Y en brazos de la muerte se despierta.
Mira aquel que en la torre de homenaje
De la alta ciudadela ha enarbolado
La bandera cristiana : oye cual grita,
Agitando frenético los brazos,
¡ Alhama por Castilla !... ya la tienen.
Mas no : mira los tuyos como acuden
A la pelea : todavía es suya
La villa y el castillo solamente
De los Cristianos es. ¡ Aláh bendito !
Mira como coronan las murallas,
Una nube de flechas arrojando
Sobre los siervos de Jesús. ¡ Cual caen

Entre los muros de ambos fuertes! Cejan,
Se encierran otra vez en el castillo
La tierra con su sangre enrojeciendo.
¡ Ah, leäles Muslimes, degollados
Primero que rendidos! Viejos, niños,
Mujeres, cuantos ciñen el turbante
Africano, pelean por su patria.
Mira, van á intentar una salida :
Ya están acorralados los Cristianos
En el castillo, y a su vez ahora
Van á ser los sitiados. No hay tronera,
Ni lucerna, ni almena, ni resquicio
Por donde asome un ojo castellano,
Que cubierto de dardos no se vea
En el instante mismo. Ya los tuyos
Comienzan á salir : mas ¡ cielo santo !
En tumulto, sin órden y sin gefe,
Como muchachos de una escuela salen.
¡ Oh ! van á ser pasados á cuchillo
Si los Cristianos dán en ellos. ¡ Pronto
Desdichados! ¡ atrás ! ¡ atrás ! Es tarde.
Un lienzo de muralla derribando
Los Cristianos se lanzan de repente
Sobre su ciega multitud, y en ellos
Como en ganados en redil se ceban.
Huyen : la puerta los de dentro quieren
Cerrar : mas se aprocsiman unos y otros
En confuso tropel : todo es en vano :

Todos al par se precipitan dentro.
Oye como à la avara soldadesca
Autorizan los gefes al saqueo,
Para animar sus bárbaros instintos.
¡Ira de Dios! La muerte por las calles,
Por las plazas, las casas y mezquitas,
Corre hambrienta de víctimas humanas
Y se harta de cadáveres. En vano
Unos pocos valientes, prefiriendo
La muerte al cautiverio, se resisten
Como leones del desierto. En vano
En tu régio *mirab* encastillándose,
Ante el ara sagrada del Profeta
Forman una muralla con sus pechos.
Un impío Cristiano, una embreada
Tea aplicando á la dorada puerta,
Sopla la llama arrodillado en tanto
Que otros con sus escudos le protejen
De los árabes tiros. Ya la llama
Prendió en la puerta cincelada : el humo
En espirales pardas culebréa
Por cima de los cascos : ya las chispas
Saltan á impulso del seguro soplo
De la adarga de cuero con que aventan
El incendio naciente, y ya rechina
La primorosa ensambladura hendiéndose.
Mira como abrasada se desploma
La mezquita y sepulta á los Muslimes :

Mira como el incendio se propaga
Por tus bazares y almacenes ; mira
Las lagunas de sangre, en cuyo fondo
La voz de todo un pueblo degollado
Al justiciero Aláh contra tí clama;
Mira como el incendio, porque veas
Mejor, estiende en derredor su llama
Enciendiendo á tu honor mortuorias teas :
Mira la cruz sobre el peñon de Alhama!...
Desventurado rey, ¡ maldito seas!... »

Dijo y calló la voz del nigromante;
De la frase final lúgubre el eco
En pavoroso són zumbó un instante
Bajo el morisco artesonado hueco.
Un momento despues la luz brillante
Se estinguió de las lámparas : un paso
Lento, mas firme gravitó en la alfombra :
Sintiose en los tapices un escaso
Rumor... y todo fué silencio y sombra.

IV

Despuntaba la luz de la mañana :
El sol, detrás aún del horizonte,
Tendia ya su resplandor de grana
Como un inmenso schal de monte en monte.
Alfombraba la escarcha las laderas
De los valles de Darro, y argentinas
Del árbol desprendianse ligeras
Las perlas del rocío, á las primeras
Ráfagas de las áuras matutinas.
Diáfana en fin la atmósfera, sereno
El cielo y quieto el aire, se anunciaba
Un dia claro y de alegría lleno
Que al perezoso mundo despertaba.
En la loma del cerro abandonado,
Donde se eleva el torreon oscuro
Que al vulgo atemoriza, un hombre armado
Yacia al pié del solitario muro,
De espaldas en sus piedras apoyado.
Verde caftan de damasquina tela,
Cuyo valor y forma la elevada

Clase y poder del portador revela,
Cubria su armadura cincelada,
El calado antifaz de su celada
No permitiendo ver si duerme ó vela.
Allá en el valle y á la torre vuelto
De espalda, un negro y colosal Nubiano
Dormia echado, en su alquicel envuelto,
A precaucion habiéndose revuelto
Las bridas de dos yeguas á la mano.
La hermosa raza del desierto en ellas
Se dejaba admirar, y en sus mantillas
De seda tunecí, y en las hevillas
De plata de su arnés, bien claras huellas
Se veian del lujo de su dueño,
Cuya venida retardaba acaso
Dulce el placer, ó descuidado el sueño.
El sol, apareciendo de repente
Tras de las cumbres de la helada sierra,
Derramó su esplendor sobre la tierra,
Y un rayo de su luz hirió el luciente
Casco de la armadura en que se encierra
El hombre que en la torre al pié del muro
Yace, su oculta faz dando al Oriente.
Su calor ó su luz, si es que dormia,
Le desvelaron : si aguardaba su hora,
Le avisaron puntuales que era dia.
Entonces el armado, la pereza
O el sueño desechando, en torno suyo

Revolvió lentamente la cabeza :
Dió tension á su cuerpo entumecido,
Y con señales claras de sorpresa
Reconoció el lugar : mas de la torre
Viéndose á los umbrales, como herido
De repentina idea, ó tal vez presa
De una locura, alzose, y una gruesa
Piedra cogiendo entre sus brazos, corre,
Y con cuanto vigor halló en su pecho
Lanzándola en impulso bien medido
Contra el postigo de madera estrecho,
Le descuajó del quicio carcomido.
Cayó dentro la hoja levantando
Una nube de polvo, revocada
Por su hueco en espesa bocanada :
Al temeroso ruido, despertando
El negro que esperaba en la alhameda,
Volviose con pavor : mas no vió nada
En medio de la densa polvareda.
Inmóvil el Nubiano contemplaba
Desvanecerse el polvo que impelido
Por el áura corria, y esperaba
Sin duda hallar detrás de su cortina
Aquel maldito torreon hundido
Y abrasada ó desierta la colina,
Cuando á manera de marmóreo busto
Que, abandonando su sepulcro, asoma
Del panteon á la puerta, vió con susto

Bajar hácia él por la empinada loma
Una radiante y colosal figura,
Tras sí dejando el torreon vetusto
Del cual la vió salir con gran pavura.
  Ya para huir despavorido acaso
Las manos á la crin y el pié al estribo
Iba á llevar, cuando atajó su paso
La voz de su señor (cuya armadura
Brillaba al sol con resplandor tan vivo
Que deslumbraba), y dándole el nativo
Nombre gritole. « ¡ Zíl, pronto, á caballo ! »
Y montando de un salto, á toda brida
Lanzó su yegua. Zíl, como él activo,
Sacó en escape volador tendida
La suya de él en pós, y esclavo y dueño
Se hundieron de su rápida corrida
Entre el polvo, cual sombras de un ensueño.

V

Media hora despues caia muerta
De fatiga á los piés de su ginete
La yegua del fiel Zíl, ante la puerta
De la Alhambra : tras él Muley llegando,
A contener la suya no bastando
Desenfrenada y en carrera abierta,
Con ella por el pórtico se mete.
Sujetaron á un tiempo veinte manos
Al fogoso animal : á tierra echose
El fatigado Amir, y en medio hallose
De su guardia de negros africanos.
Como una torba y rencorosa hiena
Que olfatea con ánsia en el desierto,
Buscando el tronco del viajero muerto
Que enterró el salteador bajo la arena;
Tal el fiero Muley el zurdo paso
Enderezó á la torre de Comares,
Con el designio de manchar acaso
Con un nefando crimen sus hogares.
En su rostro, de cólera amarillo,
La decision horrenda se leia

En su sangriento corazon forjada,
Y el infernal placer de su alma impía
En sus trémulos labios y en el brillo
Siniestro de su lúgubre mirada.
Los negros su furor adivinando
En su ademán y rostro descompuesto,
Paso le abrieron con temor callando :
Él en vez de palabras empleando
Un imperioso irresistible gesto,
Abrir mandó la cámara africana
Que sirve de prision á la sultana.
En sepulcral silencio, mas terrible
Que la voz mas furiosa, entró en la estancia
De Comares Muley : con impasible,
Desdeñosa y sultánica arrogancia,
Serena faz y fulgurantes ojos,
A Aixa halló que acercarse le veia
En pié y desafiando sus enojos,
Silenciosa como él, como él sombría.
Como audaz cazador que, asegurado
De la muerta leona, hallar espera
Sus cachorros sin riesgo, y confiado
Avanza hasta la oculta madriguera :
Mas en su boca lóbrega, imprudente
Los cachorros dormidos reclamando
Escarba, y con terror ve de repente,
Su ondulante espiral desarrollando,
Salir con un silvido una serpiente :

Tal se encontró Muley bajo la altiva
É imperiosa mirada de la Mora,
A quien débil juzgó como cautiva,
É insolente encontró como señora.
 Miráronse un momento frente á frente
Aixa y Muley Hasan : mas no hay quién pueda
La mirada arrostrar resplandeciente
De esta mujer, cuyo ánimo valiente
Tanta virtud como valor hóspeda.
Con los brazos cruzados sobre el pecho
Preguntó al rey impávida : « ¿ Qué quieres?
— Tu hijo, » esclamó Muley. « ¡ Qué imbécil eres ! »
Repuso con desprecio la sultana,
Dominando á Muley á su despecho.
« ¿Cuando has supuesto que albergado viva
« En el pecho viril de una Africana
« El villano temor de una cautiva,
« Ni el corazon servil de una Cristiana?
« Tú te olvidas que Dios reina me ha hecho.
« ¿ Mi hijo á pedirme vienes? ¡ insensato !
« Libre partió : mas si seguir su huella
« Deséas, de ocultártela no trato.
« Corre á tu villa de Guadix y en ella
« De Dios y de tus pueblos con la ayuda
« Alzado rey le encontrarás sin duda.
— ¡ En Guadix ! dijo el rey, ¡ no lo he soñado ! »
Y, de pavor mortal sobrecogido,
Ante la mora en pié quedó aterrado,

Mudo é inmóvil, cual del rayo herido.
Ella le contempló por un instante
Sin comprender lo que por él pasaba:
Mas suponiendo que algo meditaba
Contra el fugado príncipe, arrogante
Dijole, dél poniéndose delante:
« La bestia mas feróz jamas se encona
« Con sus hijos cual tú. ¿Qué esperar debo
« Del tigre que á sus hijos no perdona?
« Ya á todo yo por Abdilá me atrevo:
« Tigre, te encontrarás con la leona.
« De hoy pues no lograrás, feróz tirano,
« Ni tocar al menor de sus cabellos
« Sin que, cual tu feróz, mi régia mano
« Meta un puñal entre tu mano y ellos. »
Dijo, y una insolente carcajada
Soltó, la espalda con desden volviendo:
No la volvió Muley ni una mirada
Ni la escucho tal vez, solo atendiendo
A la duda fatal en que vacila:
Y la sultana, hallándola entreabierta,
Con noble majestad pasó la puerta
Y á su cámara real fuese tranquila.
Vióla Muley el pátio de la alberca
Cruzar, volviendo en sí: mas no dió un paso
Contra ella, ni el gesto mas escaso
Hizo, aunque la guardia el pátio cerca.
En silencio, los brazos sobre el pecho

Cruzados é inclinada la cabeza,
A solas con su mal ó su despecho,
Presa permaneció por largo trecho
De ruin superstición ú honda tristeza.
  Mas notando el Monarca de repente
Que sus guardias le estaban contemplando,
Miró á su dignidad, hirguió la frente
Y cobrando su indómita fiereza,
Al pátio se lanzó donde llegando
Tendió la vista en derredor, ansioso
De encontrar una víctima á su saña.
En pié, junto á un pilar del peristilo,
Vió un hombre cuya cara le era estraña,
Pálido, ensangrentado, silencioso,
Y de torbo ademan, pero tranquilo.
  Sonrió al divisarle, satisfecho
De hallar en quien la cólera del pecho
Descargar, y con calma aterradora
Fuese Muley á él. De pié derecho,
Contemplándole audaz con ojo fijo,
El hombre le aguardó, y hasta él llegando
El iracundo rey asi le dijo :
«¿Quién eres? — Nadie ya, » repuso el hombre.
De la ira Muley sintió la llama
Subirle al rostro y de furor temblando
« ¿Tu raza, dijo, tu pais, tu nombre? »
Y con acento de tristeza lleno
Al rey el hombre contestó sereno :

« No tiene nombre ya, pais no tiene,
« Ni familia ni tribu le reclama
« Por suyo aquel que, su pais dejando
« Esclavo, huyendo de su patria viene
« A contar el baldon con que se infama.
« Mi pueblo yace, Amir, muerto ó cautivo,
« Y el solo ves en mí que escapó vivo
« De la tremenda asolacion de Alhama. »
Palideció el monarca de pavura
A esta nueva fatal : su mensagero
Sonrió con sardónica amargura
Así siguiendo : « Amir, mi alma está pura
« De traicion : combatí junto al primero :
« Mas cuando todo se perdió, mi escaso
« Aliento aproveché con la esperanza
« De poder, á tus piés llegando acaso,
« Pedirte no favor sinó venganza;
« Pero no para mí : yo no la quiero :
« Sin honra y sin hogar morir prefiero.
« Alhama se perdió por tu abandono
« Y clamó contra ti su pueblo entero:
« Mas yo soy un creyente verdadero
« Y, en tí mirando á Aláh sobre tu trono,
« En nombre de mi raza te perdono. »
Dijo el lëal; y con sublime calma
En su pecho la daga sepultando,
Espiró, buen Muslim, encomendando
Su venganza á su rey, á Dios su alma.

La guardia de los negros torba y muda,
Ante el cuerpo del último Alhameño
Lloró tal vez su bárbaro heroismo :
Solo insensible y enarcado el ceño
Permaneció Muley con faz sañuda,
Víctima de un segundo parasismo
De su pavor recóndito sin duda.
Reinó un punto el silencio mas solemne :
Luego hablando Muley consigo mismo
Dijo : « Sí, la verdad está perenne :
« La aparicion... Alhama... todo es cierto!
« Y ÉL libre ya! — ¡Confúndale el abismo!
« Mas valiera al nacer haberle muerto! »

Y aquí el rey humillando la cabeza
Prosiguió con hondísima tristeza :
« ¿Conque el cielo y la tierra se han unido
« En contra mia por tan varios modos? »
Mas hirguiéndola al punto con fiereza,
Dijo. « Mas no dirán que me he rendido :
« Mientras vive Muley aun no han vencido
« Todos, pues, contra mí, yo contra todos. »

Y volviendo la espalda, á pasos lentos
Volvió Muley de su oriental palacio
A entrar en los dorados aposentos
Donde Zíl le siguió tras breve espacio.

VI

« ¡ Ay de mi Alhama ! » en su palacio dijo
Muley, que aun suya en su dolor la llama :
Y el eco triste, de sus techos hijo,
Suspiró : « *¡ Alhama!* »

Desde las torres del gentil palacio
Bajó en las brisas, y de rama en rama
Corrió los huertos y gimió el espacio :
¡ Ay de mi Alhama !

Llegó hasta el vulgo la terrible nueva.
¿Quién para el vuelo de la errante fama ?
Su voz diciendo en la ciudad se eleva :
« *¡ Ay de mi Alhama!* »

La turba ociosa de pavor transida
La aciaga nueva por do quier derrama :
Do quier repiten por donde es oida:
« *¡Ay de mi Alhama!* »

El ruin villano y el audaz guerrero,
El noble altivo y la orgullosa dama
Dicen, llorando con el pueblo entero:
« *¡Ay de mi Alhama!* »

Y el pueblo entero del palacio augusto
Corre á las puertas, y furioso clama
Con voz que impone á sus vivientes susto:
« *¡Ay de mi Alhama!* »

La guardia negra que á Muley defiende
« ¡Atrás! » las picas enristrando esclama :
Se irrita el pueblo, y el clamor se estiende
« *¡Ay de mi Alhama¡* »

Las régias salas el motin conturba
Que en torno de ellas cual tormenta brama,
Y al grito tiemblan de la airada turba:
« *¡Ay de mi Alhama!* »

Muley no duerme : cinco mil guerreros
En quienes arde del honor la llama,
De sus legiones manda delanteros
Ir sobre *Alhama.*

Y al caer la noche, gineteando al frente
De hueste inmensa que la lid reclama,
Partió gritando con su armada gente :
« *¡ Venganza á Alhama!* »

« *¡ Venganza á Alhama!* » Repitió la plebe
Que al rey valiente y vengador aclama :
« ¡ Aláh, le dijo, la victoria lleve
Contigo *á Alhama!* »

Mas ¿quién penetra en el destino oscuro
De su ancho velo por la espesa trama?
Voz misteriosa suspiró en el muro :
« *¡ Ay de mi Alhama!* »

Eco siniestro, que la fé desmiente
De los Muslimes y á su rey infama,
Toda la noche repitió doliente :
« *¡ Ay de mi Alhama!* »

¡Tal vez las almas de los muertos, cuyos
Miembros sin tumba el agua desparrama
De los nublados, piden à los suyos
Tierra en *Alhama!*

LIBRO SESTO

LAS TORRES DE LA ALHAMBRA.

Mas allá de la torre de Comares,
De la Alhambra rëal siguiendo el muro,
Recuerdo de los blancos alminares
De Damasco y esbelto cual seguro,
Dominando alhamedas seculares
De frescas sombras y de ambiente puro,
Se alza un torreoncillo de arabesco
Estilo, aéreo, blanco y pintoresco.

Su cabeza gentil no se levanta
Coronada de sólidas almenas,
Ni su robusta construccion espanta
Con aspilleras de espingardas llenas.
Defiéndenle no mas soledad santa
Y quietud misteriosa y, bien agenas
De apariencia marcial, siempre cerradas
Sus celosías con primor caladas.

Tal vez despide al despuntar el dia
En espirales mil humo de aromas
Cual pebete oriental su celosía :
Tal vez los ecos de las verdes lomas
Despierta por la noche la armonía
De los cantos que ecsala, y las palomas
Y aves, á quienes place su murmullo,
La aduermen con sus trinos y su arrullo.

Es esta torrecilla solitaria
Un sagrado alminar, y su clausura
Destinada no mas á la plegaria
De la mañana, goza el áura pura
Del valle y la estension y vista varia
De la vega feráz desde su altura.
Es el mirab del rey dó solo él ora
Y tal vez la muger que le enamora.

Hoy con escarnio de la Fé le habita,
Transformando en harén de sus amores
El alminar de la oracion bendita
Y en camarin de sueños tentadores,
Zoraya, la insolente favorita :
Destinando sus áureos miradores
De su ocioso mirar para recreo,
Para atalaya de su vil deseo.

Alcánzase desde ellos la sombria
Torre que guarda á la rival sultana,
Y ella afanosa sin cesar espia
Desde allí la prision de la Africana.
Por eso ocupa el mirador que impía
Con su presencia criminal profana :
Mas Dios á su rival tendió la mano
Y ya, libre Boabdil, la espia en vano.

Sobre campo y ciudad el delicioso
Mirab descuella como herguida palma ;
Y es en verdad lugar maravilloso
Para elevar al Criador el alma,
Ya del alba temprana en el reposo,
Ya de la noche en la apacible calma :
Y el Moro y el Judío y el Cristiano
Ven desde allí del Criador la mano.

¡ Quién no te cree, Señor, quién no te adora
Cuando, á la luz del sol en que amaneces,
Ve esta rica ciudad de raza mora
Salir de entre los lóbregos dobleces
De la nocturna sombra, y á la aurora
Abriendo sus moriscos ajimeces
Ostentar á tus piés lozana y pura,
Perfumada y radiante su hermosura !

Yo te adoro, Señor, cuando la admiro
Dormida en el tapiz de su ancha vega;
Yo te adoro, Señor, cuando respiro
Su áura salubre que entre flores juega;
Yo te adoro, Señor, desde el retiro
De esta torre oriental que el Dáuro riega;
Y aquí tu omnipotencia revelada,
Yo te adoro, Señor, sobre Granada.

¡Bendita sea la potente mano
Que llenó sus colinas de verdura,
De agua los valles, de arboleda el llano,
De amantes ruiseñores la espesura,
De campesino aroma el aire sano,
De nieve su alta sierra, de frescura
Sus noches pardas, de placer sus dias
Y todo su recinto de armonías!

Yo te conozco, ¡oh Dios! en los rumores
Que á este árabe balcon me trae el viento
Perfumado entre pámpanos y flores,
Y armonizado con el grato acento
De las aves de abril. Tantos primores
Producto son de tu divino aliento;
Porque á tu aliento creador se aliña
Con sus mejores galas la campiña.

Tú soplas, ¡oh Señor! desde la altura
Y saltan los collados de alegría,
Y se cubre de flores la llanura,
Y se llenan los bosques de armonía,
Y se aduermen las aguas en la hondura,
Y sin nublados resplandece el dia :
Que en tus ojos la vida reverbera
Y es tu aliento, Señor, la primavera.

Y no hay region recóndita en el mundo
En donde mas tu magestad se ostente,
Donde sea tu aliento mas fecundo,
Ni la tierra en tu prez mas diligente.
Señor, tú estás aquí; tú en lo profundo
Brillas aquí del corazon creyente;
Tú estas aquí; tu trono y tu morada,
Trás este cielo azul, sobre Granada.

Dame, ¡oh Señor! de querubin aliento,
Porque pueda esta vida transitoria
Emplear en cantar con digno acento
En medio de este edén tu inmensa gloria :
Y al lanzar desde aquí mi voz al viento
Dando á Granada su oriental historia,
Purifique, Señor, mi arpa cristiana
El impúdico harén de una Sultana.

NARRACION.

I

Iba á dejar en brazos de las sombras
A la tierra el crepúsculo : la vega,
El monte y la ciudad entre sus turbios
Vapores comenzaban á sumirse,
Y el ocaso alumbrado todavía
Con desgarradas ráfagas de fuego,
Ultima luz que el sol reverberaba,
Teñia los collados con purpúreos
Resplandores de incendio. A la cabeza
De su hueste Muley habia apenas
Traspasado las puertas de Granada
Con direccion á Alhama, y en las torres
En las murallas y altas azoteas,
Para verle salir, la muchedumbre
Se aglomeraba silenciosa y triste,
Sus alas ¡ay! sobre la gente mora

El genio del dolor tendido habia;
Fatal presentimiento de amargura
Sus corazones lúgubre llenaba,
Y miraban tal vez indiferentes
De sus hermanos el socorro. Apenas
Algunos grupos de la plebe sórdida
Que al camino salieron victoreaban
Pagados á Muley: ardid inútil
De política torpe que aumentaba
El desprecio del pueblo entristecido.
El rumor de los gritos desacordes
Confuso con las ráfagas llegaba
Hasta el alto mirab, en donde inquieta
Le escuchaba Zoraya tras las árabes
Labores de su espesa celosía.
Fijos los ojos, la mirada torba,
Presa de aquel fatal presentimiento
Que acaso con su atmósfera pesaba
Sobre la mora gente, la lectura
De su alméh favorita oia, empero
Sin escucharla. A veces el oido
Hácia el rumor de la ciudad tendia,
Y la alméh se paraba, y en silencio
Quedaba el aposento hasta que vuelta
La favorita en sí decia « sigue » :
Mas deshechados iban diez volúmenes
De distraer su espiritu incapaces.
Los peregrinos viajes y aventuras,

Los inspirados y divinos libros
Del Corán, las leyendas orientales
De los poetas de Damasco y Córdoba,
Desarrugar su ceño no podian
Ni atraer su atencion; guerras, encantos,
Sueños, amores, himnos de alabanza
Á su propia hermosura dirigidos,
Pasaban por su oido resbalando
Como agua por encima de las rocas:
Y sin embargo sus lecturas eran
En los célebres libros escogidas
De los mas sábios escritores, siendo
Leidas con las gratas inflecsiones
De una voz melodiosa, amaestrada
En el arte divino de la música,
Y en la recitacion que alas de fuego
Presta á la encantadora poesía.
Á la luz de una lámpara de plata
Colocada en un trípode de concha,
La alméh tomando el sétimo volúmen
Comenzaba á leer los puros versos
De Abú-Taleb-Abdel-Gebar, de Júcar (1),
Que cantó las victorias y virtudes
De los almoravides: « Pasa, dijo
La impaciente Zoraya interrumpiéndola,
Otra leyenda busca; » y fué pasando
La alméh las ojas de su libro, en ellas
Sin posar su mirada la Zoraya

Diciendo distraida : « ¿Quién prosigue?
Abí-Aly-Anás. — Pasa. ¿Quién otro?
— El faquí Zacaria. — ¿De qué trata?
— Da consuelos al rey en la amargura
De sus pesares. — ¿Cuáles eran? — Creo
Que él solo se salvó de una batalla.
— Lee : tal vez consolar logre los mios.
— Mas no me escuchas, ¡oh sultana! — Esclava,
Lee y obedece. » Prosiguió leyendo
La reprendida alméh y á su profunda
E inquieta distraccion volvió Zoraya.
La deliciosa voz de la lectora
Resonaba en el cóncavo recinto
Del camarin, como el rumor contínuo
De un arroyo que corre bajo el césped
Quebrando entre los guijos sus cristales :
Los armoniosos versos del poeta
Arabe, recitados en su lengua
Riquísima, en los tonos é inflecsiones
Dulces sin par de andaluz dialecto,
Resonaban en él inútilmente,
Y en su vacio espacio se perdian
Como el canto de un pájaro estraviado
En el llano infecundo del desierto.
Zoraya no escuchaba tiempo hacia
De la alméh la lectura : á los cristales
Del calado ajimez pegado el rostro,
Penetrar del crepúsculo anhelaba

La oscuridad creciente : pero en vano.
La ciudad se sumia en las tinieblas
Y el rumor que llegaba hasta su oido
Era tan sordo, tan confuso y vago,
Que era imposible comprender su orígen.
La humana voz asemejaba á veces
Ronco, amenazador, cual si en tumulto
Se agitara la plebe descontenta;
Otras el triste é íntimo lamento
En que prorumpe á un tiempo la familia
Que en derredor del padre moribundo
Su último aliento aguarda, y al lanzarle
En llanto universal rompe afligida.
Otras gemido largo y misterioso,
Como si algun espíritu que, errante
Huyendo por la atmósfera, espantado
En sus vacios senos le lanzara :
Mas siempre, siempre al comprender la mora
Del rumor el orígen verdadero,
Le encontraba con rábia producido
Por alguna bandada de palomas,
O por el són del aire en la arboleda,
O por la voz de algun pastor tardio
Que guiaba en los cerros su rebaño :
Y volvia á tenderse despechada
En los cogines blandos y volvia,
A mandar continuar una lectura
Que no escuchaba, mas que el tiempo largo

De su impaciencia entretenia. « Sigue, »
Decia á la lectora : mas un libro
Y otro libro hojeado uno por uno
Inútilmente habia, y con tristeza
En silencio la alméh la contemplaba.
« Sigue, » dijo con ímpetu la altiva
Favorita, y la alméh postrada en tierra
Dijo : « Imposible continuar, sultana.
— ¿Porqué? — Porque tus libros uno á uno
Has ido desechando, y en sus hojas
No hay ya mas que leer. — Busca otros nuevos.
— No poseemos mas. — Pues toma un harpa
Y cántame... distráeme... entretenme...
Sinó ¿de qué me sirves? ¿Qué te valen
Los talentos que encómian los imbéciles
Que te enviaron á mí? » La desdichada
Alméh, sus gracias y talento viendo
Denostados así, dobló la frente
Sobre su pecho y abrasado llanto
Comenzó á derramar. Zoraya un punto
Permaneció en silencio contemplándola :
Empero en la impaciencia que la agita,
En la rábia tal vez que la devora
El vengativo corazon, ajena
A toda compasion, díjola : « Vete :
Para nada me sirves. Dí al primero
Que halles en esa cámara que venga
A divertirme : un guardia, algun esclavo

Cuya cabeza al menos me responda
De su talento, si le falta. Vete. »
Salió la alméh : volvió á la celosía
Zoraya. Era ya noche : por do quiera
Estendida la sombra encapotaba
La tierra. Alguna luz pálida y trémula
Brillaba en los postigos entreabiertos
De las casas fronteras á la Alhambra,
Del ajeriz en el tranquilo barrio.
Mas allá, por las calles angulosas
Del albaycin, se oia sordamente
La voz de sus inquietos moradores
Elevarse en murmullo misterioso,
Como si sus vecinos, sus moradas
Dejando, por las calles reunidos
Con tumultuosa plática turbasen
La solitaria calma de la noche.
Zoraya en vano sondëar quisiera
Lo que en el albaycin pasa á estas horas.
Es el barrio que habitan los parciales
De Aixa y de su hijo, y en la torre
De Comares están de él fronteriza.
¿Quién sabe si el rumor que en su absoluta
Oscuridad del albaycin se alza
Será efecto ó señal de inteligencia
Entre el barrio y la torre? ¡Oh! tarda mucho
El Wazir en volver. ¿Si por desdicha
La partida del rey infunde aliento

A los conspiradores, y en las calles,
Tomadas ya, al Wazir han sorprendido?
Todo lo teme ya la favorita:
Pero todo lo ignora abandonada
En el mirab donde impaciente espera:
Y he aqui que, al volverse, de la entrada
Bajo el dintel y del tapiz delante
Ve un esclavo que aguarda silencioso.

ZORAYA.

¿Qué quieres?

EL ESCLAVO.

¡Oh sultana! á tí me envia
La alméh que acaba de partir llorando
Despedida por tí.

ZORAYA.

¿De dónde vienes?

ESCLAVO.

De la ciudad.

ZORAYA.

¿De la ciudad? ¿qué pasa
Allí?

ESCLAVO.

Ya nada: de los muros lejos
Va ya Muley: el pueblo se retira
Despues de haberle visto.

ZORAYA.

¿A despedirle
Mucha gente acudió?

ESCLAVO.

Salió, sultana,
Toda cuanta hay en la ciudad.

ZORAYA.

¿Y viste
A los del albaycin ?

ESCLAVO.

Todos estaban
De la puerta monaita en las alturas
Como bandada de águilas.

ZORAYA.

¿Inquietos
Se mostraban sus grupos?

ESCLAVO.

Al contrario :
Al rey desde los altos despedian
Diciéndole : ¡buen viage! y saludábanle
Con las manos de lejos.

ZORAYA.

¿Y en qué sitio
Viste al Wazir?

ESCLAVO.

Tras de las huestes queda
Hablando con el rey.

ZORAYA.

¿Tú estabas prócsimo
A ellos?

ESCLAVO.

Sí : mas en torno defendidos
Por centinelas platicaban ambos
En calma.

ZORAYA.

Ea pues, mientras espero
La vuelta del Wazir, ve como puedes
Distraer mi impaciencia : me fastidio.
¿Que harás para alegrar á tu señora?

ESCLAVO.

Manda y veré si obedecerte puedo.

ZORAYA.

¡Si puedes!

ESCLAVO.

Sí, sultana, soy cristiano :
Me cautivaron en Jerez los Moros
Y conservo mi fé. Si contra ella
Me mandaras obrar, perdona, pero
No te obedeceria. Dios es antes
Para mí que la vida. — La Zoraya
Le oia de hito en hito contemplándole,
Y recordando que en sus venas corre
Sangre cristiana, chispeante y roja
Con ardiente rubor la faz sentia :
Su niñez con vergüenza recordaba
Tímida ante el esclavo la señora :
Pronto, empero, repuesta y su sonrisa
Habitual en sus labios ver dejando

Mas terrible mil veces que su ceño,
Díjole : « Eres cristiano... enhorabuena.
Veamos lo que saben los cristianos
Para abreviar el tiempo á sus señores
Cuando pesa sobre ellos el fastidio,
O esperan, y esperar les importuna.
Díme ¿en qué te ocupabas en tu patria?
— Era page de un noble caballero
De Calatrava — ¿Cuál era tu oficio
Con él? — Le preparaba sus arneses,
Salia detrás de él á la campaña,
Me batia á su lado. Si venciamos
Dabamos gracias al señor á un tiempo;
Si nos vencian y salia herido,
Le curaba, velándole constante
Junto á su lecho : y en salud completa
O en grave enfermedad, todas las noches
Devotas oraciones le leia,
O leyendas sagradas de la Biblia
Le recitaba. Así crei, sultana,
Mi ecsistencia pasar en su servicio
Mientras durara su ecsistencia, y luego
Admitido en la órden, como noble
Pelear y morir en la defensa
De mi fé; Dios, empero, de otro modo
Lo dispuso, sultana. Un dia aciago,
Caminando la vuelta de Antequera,
Dió en nosotros una árabe algarada.

Viajábamos diez y ocho caballeros
Con otros tantos pages, y los Moros
Eran un escuadron; nos aprestamos
A combatir: cayeron uno á uno
Los mas valientes, mi señor entre ellos.
Yo, con intento de salvar su cuerpo
O perecer sobre él, lidié con ira
Y Dios me castigó: caí cautivo,
Y pasto de los cuervos fué el cadáver
Del último Solís, hijo de Martos;
Su familia y la gloria de su casa
Acabaron en él. Tal es mi historia,
Sultana. Tuyo soy, manda á tu esclavo.»
La favorita de Muley sus ojos
Encendidos de cólera fijaba
Sobre los ojos del cautivo, en vano
De sus palabras la intencion oculta
Profundizar queriendo. Ella, cristiana
Y de la raza de Solís nacida,
Era el último sér que se animaba
Con sangre de Solís. Aquel esclavo
Servidor de su casa en otro tiempo,
La vió niña tal vez en el castillo
De la encomienda de su padre; ahora
En Granada cautivo; ¿conocia
De su señor á la hija renegada?
¿Su presencia en la Alhambra era un agüero
Favorable ó funesto? ¿Era un amigo

Que velaba por ella? ¿era un espía
Que traidor la acechaba? Los recuerdos
De su infancia dichosa y sus dormidos
Remordimientos, á la par alzándose
Como horribles espectros á su vista,
La helaron de terror. La sombra airada
De su ultrajado padre parecia
Que trás aquel cristiano á levantarse
Iba, y en el pavor supersticioso
De su alma criminal y en la nerviosa
Ecsaltacion del miedo, sus miradas
Fijó en la puerta de la estancia. Ante ella,
Pálido como el mármol que sostiene
Su cincelada bóveda, sombrio
Cual fantasma del féretro evocado,
El viejo Aly-Mazer la contemplaba
En lúgubre silencio. Sus pupilas
Radiaban con fulgor siniestro y trémulo,
Y los hilos brillantes de sus rayos,
Como los de la baba poderosa
De la culebra, al estrellarse ardientes
En las pupilas de Zoraya á ellas
Se adherian tenaces, é invisible
Estendiendo una red en torno suyo,
En sus mágicos nudos la envolvia,
Y el vigor de su sér paralizaba,
Aunque en su helado cuerpo arder sentia
La inquieta sangre como hirviente lava.

Subyugada, incapaz de movimiento,
Víctima de poder incomprensible,
Vió Zoraya cruzando el aposento
Llegar á Aly-Mazer con paso lento,
Su mágica influencia indefinible
Dominando su sér, y en su semblante
Su fulgente mirar teniendo fijo,
Con desdeñosa voz así la dijo :
« ¿Te fastidias, sultana? ¿Te impacientas?
¿De tu infeliz alméh con las historias
Vacias de interés no te contentas?
¿Porqué no lees las íntimas memorias
Que en el fondo de tu ánima aposentas?
¿Porqué en vez de leyendas ilusorias
No lees sobre tu faz tu historia horrenda?
¿Crees que no hay interés en su leyenda?
    Iguales son los fallos soberanos
Para todos : delira y entretente
Tu porvenir meciendo en sueños vanos :
Mas escrito tu horóscopo en tu frente (2),
Llevas : sobre las rayas de tus manos
Tus ojos pon y le verás patente.
Naciste y morirás entre cristianos :
Y, mas fatal que el de Abdilá, tu sino
La oscuridad te anuncia solamente;
Su estrella real apagará tu estrella :
Su destino anonada tu destino;
Estrangera á Granada, no hay en ella

Para tu raza impura
Ni trono, ni mansion, ni sepultura.
  Esclava sin pudor, tu cuello doma
Al yugo de tu dueño; renegada
Sin fé y sin patria, el fugitivo aroma
De tu poder pasó : sobre Granada
De otro poder real el alba asoma;
Tú no posees sobre su tierra nada :
La estrella de Bu-abdil contraria tuya
Es fuerza que al brillar tu luz destruya. »
  Dijo el severo Aly y con el cristiano
Partió, y á la sultana fascinada
Un escrito al partir dejó en la mano.

II

Su vida y su vigor recobró al punto
Libre de Aly-Mazer de la presencia,
Y al misterioso escrito echó Zoraya
Una mirada de pavura llena.
Criada desde niña entre los Arabes,
De la superstición de su creencia
Es víctima su espíritu, y con miedo
De él contempló las misteriosas letras.
El escrito es su horóscopo : los datos
De la consultacion que le encabeza,
De su pais, su raza y nacimiento
Son los nombres esactos y las fechas.
Un confuso dibujo cabalístico
Marca la conjuncion de los planetas
Que, desde el punto en que nació, su vida
Dominan con su mágica influencia;

Y bajo el doble nombre entrelazado
Que entre Cristianos y Arabes conserva,
Esplicando sus cálculos y signos
Se leia en arábigo esta letra:

« Cinco años será Cristiana
Veinte y cinco será Mora,
Diez esclava y diez sultana:
Mas su estrella protectora
Va á apagar antes de un hora
Otra estrella soberana. —
Ni Española ni Africana
Ni de raza enjendradora,
Morirá en tierra cristiana
Ni cautiva ni señora;
Odiada como tirana,
Oculta como traidora. »

Fijos aún los espantados ojos
En el fatal pronóstico y apenas
Con tiempo de ocultarle, en la otra cámara
Oyó los pasos del Wazir Ben-Egas.
Dominó su emocion, dió á su semblante
Su espresion ordinaria, y de la puerta
Al dintel el Wazir apareciendo,
Diálogo se entabló de esta manera:

ZORAYA

¡Por Aláh, que impaciente te aguardaba!

EL WAZIR.

Detúvome Muley mas que quisiera
Mi impaciencia tambien.

ZORAYA.

¿Partió?

EL WAZIR.

Va lejos,
Sultana.

ZORAYA.

¿Y la ciudad?

EL WAZIR.

Tranquila queda.

ZORAYA.

Del callado albaycin la misteriosa
Oscuridad algun secreto encierra.

WAZIR.

El que todos los barrios: por alhama
Lloran con profundísima tristeza,
Y la ciudad por la perdida villa
Yace de luto universal cubierta.

ZORAYA.

¿Y la sultana? ¿Y Abdilá? ¿Qué órdenes
Con respecto á los dos Muley te deja?

EL WAZIR.

¡El infierno sin duda les protege!

ZORAYA.

Acaba de una vez : habla.

EL WAZIR.

Funestas

Nuevas de ellos te traigo. El rey no quiso
Que por su propia boca las supieras.
Abdilá descolgado por su madre
Por un balcon huyó.

ZORAYA.

¡Maldita sea

Mi confianza en tí ! siempre he temido
Que te burlara su infernal destreza.
Pero esplícame en fin...

EL WAZIR.

Es imposible :

Todo se ignora aún.

ZORAYA.

Pero ¿y la fuerza

De tu ley? ¿No eres tú juez de la Alhambra?

EL WAZIR.

Muley prohibe que se emplee en ella
Mi autoridad, y manda que en su alcázar
No obedecida pero libre sea.

ZORAYA.

¿Aixa libre en la Alhambra?

EL WAZIR.

Sí.

ZORAYA.

¿Acotada
Tu autoridad?

EL WAZIR.

Prohibe que la ejerza
Contra ella.

ZORAYA.

Wazir, te estás mofando.

EL WAZIR.

No lo permita Aláh. Del rey la letra
Conoces : lee sus órdenes escritas
Por él : esta es su ley mientras su ausencia.
« Sin potestad, mas libre, viva Aixa
Mi esposa, Abú-l'Kasin : la mas pequeña
Ofensa ó vejacion que sufrir la hagas,
La consideraré contra mí hecha.
La razon yo la sé : de la sultana
Me respondes, Wazir, con la cabeza. »

ZORAYA.

¡Oh! la mia se pierde en tal misterio.

EL WAZIR.

Pero tal vez la mia le penetra.
He interrogado á Zil, á los esclavos
Que le sirvieron, á su guardia negra,
Y á la torre maldita sé que ha ido :
Que en Comares furioso entró á su vuelta,
Que estuvo allí con la sultana á solas,
Que ella salió despues altiva y fiera,

Y que Muley sombrio y aterrado
Libre la dejó ir, cielos y tierra
Diciendo que contra él se conjuraban,
De una impresion supersticiosa presa.
Pues bien, Zoraya, en esa torre creo
Que encontraré la esplicacion entera
De su supersticion y de sus órdenes
Incomprensibles de hoy.

ZORAYA.

Bien dices: vuela,
Wazir Abú-l'Kasin, vuela á esa torre,
Demuele sus murallas, y sus piedras
Rejistra una por una, y aprisiona
Sin piedad, interroga y atormenta
Al sér aciago que en la torre encuentres,
Hasta que des con la verdad.

EL WAZIR.

Modera
Tu cólera, sultana: todavía
Algo que hacer en la ciudad me resta.
En sus bárrios acaso entre las sombras
Ya criminal conspiracion fermenta,
Y es mi primer obligacion á salvo
Ponerte á tí de su furor. Te esperan
Al postigo del agua tus esclavos
Y una guardia leal que te defienda.
Vas á habitar los Alijares: este
Mas que régio palacio es fortaleza,

Y en ausencia del rey todo lo temo
De la sultana audaz.

ZORAYA.

Me desesperas,
Abú-l'Kaŝin con tu prudencia imbécil.
Cuando torne Muley que la halle muerta,
Y nos dará las gracias.

EL WAZIR.

Tú deliras,
Zoraya : eso seria en ancha hoguera
Tornar el fuego que debajo duerme
De la ceniza aún : mientras alienta
El príncipe Abdilá siempre los suyos
Tienen un capitan y una bandera :
Y en tanto que la madre está segura
Rehén tenemos para el hijo en ella.
Vamos, y fia en mí; partamos antes
Que la luna en los cielos aparezca,
Porque importa que nadie se aperciba
De que el palacio de la Alhambra dejas

La Zoraya cediendo á las razones
Del prudente Wazir, aunque la pesa,
Dejó el mirab y, en el espeso velo
Embozada la faz, siguió sus huellas.
De la torre del agua en el postigo
Una escolta leal halló dispuesta,

Y al fuerte de los régios Alijares
La condujo el Wazir en las tinieblas.

Mas en el punto de partir, del muro
Donde la torre apoya á las almenas,
Una muger que se asomó espiaba
La ruta por do van. Era la reina.

III

Sobre el muro que el recinto
De la Alhambra real circunda,
Si en fortaleza segunda
Primera en esplendidez,
Hay una torre morisca
Frontera al Generalife,
Que sobre angosto arrecife,
Abre un dorado ajimez.

Este arrecife tortuoso,
Que estiende sus líneas combas
Entre yedras y gayombas,
Madreselvas y jazmin,
Solitario, áspero, umbrio,
Parece el lecho de un rio
Que dividió en otro tiempo
El alcázar del jardin.

Fresco, umbroso en el verano,
Abrigado en el invierno,
Gozando el verdor eterno
De la yedra y el laurel,
Es este oculto arrecife
Lleno de sombra y misterio,
Huella oriental del imperio
De la raza de Ismael.

A un lado Generalife
De sus floridos vergeles
Le entolda con los laureles,
Le impregna de aromas mil;
Al otro la Alhambra espléndida
Le fia por sus ventanas
De cautivas y sultanas
Toda su historia gentil.

De una parte le armonizan,
Por el lado de las flores,
Los canoros ruiseñores
Que anidan en el vergel :
De otra, por el del alcázar,
Opuesto al de los jardines,
Las zambras y los festines
Que se celebran en él.

Por un lado le engalana
La rica naturaleza,
Por otro le dan grandeza
Las cien torres de Alhamar;
Por allí muestra patente
Dios su creadora mano,
Por aquí del soberano
Se hace el poder acatar.

Tal vez en noche de estío,
Al són de un harpa morisca,
Desde el muro una odalisca
Entona amante cancion,
Y algun colorin celoso,
Desde la verde floresta
Con trino amante contesta
Del harpa amorosa al són.

En la ciudad empezando
Y abriendo paso á la sierra
¿Quién sabe cuantos encierra
Secretos de honra y amor
Este encantado camino,
Bajo flores encubierto
Y sobre peñas abierto
De un palacio en derredor?

¡Cuanta hermosa enamorada
Intentó el árduo descenso
Del vacio espacio estenso
Que hay desde él á su balcon!
¡Y cuanto noble Africano
Cayó en su arenosa loma,
Muerto por oculta mano
Y por oculta razon!

No hay un pié de este camino
Que una tradicion no hechice,
Que un nombre no poetice,
O dé un recuerdo valor.
La torre allí *de los picos*
Se eleva, cuyos cimientos
Defienden encantamientos
De un sábio conjurador.

Allá la *de la cautiva*,
Donde entre són de cadenas
Viene á lamentar sus penas
El alma de una muger:
Allá la *puerta de hierro*,
Por dó su vida salvaron
Los reyes á quien lanzaron
Sus vasallos del poder.

Y allí, en fin, el pié cercado
De adelfa y silvestres plantas,
La torre de *las Infantas* (3)
Se alza con régia altivez,
Abriendo en su grueso muro,
Frontero á Generalife,
Encima del arrecife
Un misterioso ajimez.

Una graciosa ventana
De arabescos y labores
Orlada, cuyos colores
Minió maestro pincel :
Una ventana morisca
Que, en dibujos de oro envuelto,
Parte un pilarcillo esbelto
De mármol de Macaël.

Un mirador delicioso,
Cuyo arco filigranado
Está en redor festonado
Con leyendas del Corán :
Cuyos dos graciosos huecos
Ornados de medallones,
Hojas, nichos y agallones,
Contento á los ojos dan.

Mas ¿quién mora en esa torre
Donde jamás se percibe
Ni el rostro de quien la vive,
Ni ruido de humana voz?
Jamás de aquella ventana
Se abre al sol la celosía,
Ni de un cantar la armonía
Da nunca al áura veloz.

Muestra, empero, que se habita
Allá en las nocturnas horas
La luz de las tembladoras
Lámparas de su interior,
Que á pesar de su cerrada
Celosía y su vidriera
De colores, lanza fuera
Su trémulo resplandor.

Y á veces apunta el alba
Ya, y tras esta celosía
Se percibe todavía
De la lámpara el fulgor,
Y una sombra que va y viene
Por dentro del aposento,
Dá ó quita á cada momento
Luz ó sombra al mirador.

Su movimiento incesante,
Sus paradas repentinas
Recogiendo las cortinas
Para ver ó para oir,
Demuestran que el desvelado
De aquel ajimez espera
Algo que dél por afuera
Debe sin duda venir.

Mas pasa una noche y otra,
Y la luz del sol se traga
Su luz, y con ella apaga
El que allí esperando está
Su esperanza, hasta otra noche
Que vuelve á arder la bujía,
Y él vuelve á la celosía
Y tras ella viene y va.

Es alta noche: en el sueño
Yace el mundo sumergido:
El aire se ha recogido
Bajo del césped feraz:
Tiéndense inmobles las ramas
De los troncos, no se mueve
Ni la ráfaga mas leve,
Ni el murmullo mas fugaz.

¡Silencio! — He aquí que, en medio
Del universal reposo,
El mirador misterioso
Se abre por primera vez.
La celosía dorada
Se levanta: la cortina
Se descorre y se ilumina
Por adentro el ajimez.

Y al pilar que en dos divide
El arco de su ventana
Llega una figura humana
Lentamente: una muger,
Sultana, esclava, cautiva,
Jóven, ó hermosa... ¿qué ojos
A altura tan escesiva
La podrán reconocer?

Apartó de ante su rostro
Su blanco y flotante velo:
Una mirada del cielo
Por la cavidad tendió,
Y, vuelta hácia el occidente
Do ya tocando la luna
Está, en la lengua moruna
Y con voz triste esclamó:

« ¡Un dia mas! — La menguante
« Luna hácia la mar declina,
« Y su lumbrera argentina
« Toca al horizonte ya.
« ¡Casto fanal de la noche,
« De los creyentes lumbrera,
« Que tu brillante carrera
« Guie protector Aláh!

« Vé en paz ¡oh de las tinieblas,
« Sultana dominadora,
« Pendon de la gente mora,
« Lámpara de la oracion!
« ¡Y plegue á Aláh que mañana
« Cuando vuelvas por oriente,
« Vuelva con tu luz naciente
« La luz de mi corazon!

« Vé en paz: y si sobre Loja
« Al verter tu lumbre pura,
« Hallas vivos por ventura
« A mi buen padre Aly-Athár
« Con el principe mi esposo,
« Que es la luz del alma mia,
« Diles ¡ay! que noche y dia
« Les aguardo sin cesar. »

Dijo y la frente apoyando
En el pilar arabesco,
Dentro el marco pintoresco
Del morisco mirador
Quedó, como una escultura
Para su cuadro labrada
La Mora desconsolada,
A solas con su dolor.

Resalta, á la luz de espalda,
Su contorno destacado
Sobre el fondo iluminado
Del aposento oriental :
Y parece desde lejos
Al genio de la pureza,
Que va á partir con tristeza
De una cámara nupcial.

Mas aquel busto tan noble
De suave y rubio cabello,
Aquel nacarino cuello
Pálido como el marfil,
Aquel brazo modelado
Por una Atica escultura,
Aquella fragil cintura,
Y aquel todo tan gentil.

Asomado á tales horas
A una torre destinada
Solo á las princesas moras,
Al ojo menos sutil
Delatan á la que ocupa
Su misteriosa ventana,
Por la infelice Sultana
Esposa de Abú-Abdil.

Es ella, sí: allí apacenta
El dolor que la acongoja
Moraima, la flor de Loja,
La azucena de Aly-Athár:
La gacela de ojos garzos,
Cuyas niñas de azul cielo
Eran fuentes de consuelo
Para el viejo militar.

Hoy son ya fuentes de lágrimas:
Sus abrasadas pupilas
No reflejan hoy tranquilas
La pura luz del placer;
Hoy la dulce paz del niño
Su sonrisa no revela,
Porque en sus lábios la hiela
El dolor de la muger.

Moraima, sí, la mas triste,
La mas pura de las Moras,
Pasa allí sus largas horas
En silencio y soledad.
Moraima, que de su esposo
Encadenada á la huella,
Con él de su mala estrella
Parte la fatalidad.

Triste es su historia. Su padre,
La mejor lanza africana,
La otorgó como sultana
Al sucesor de su rey;
Temiendo al viejo soldado
En rebelion harto crítica,
Con su torcida política
Pensó en tal boda Muley.

El bravo Aly-Athár, mas hombre
De peléa que de estado,
Se dió en ello por honrado
Y á Granada la llevó.
La boda hizo el rey al punto,
Pero á sí mismo se dijo :
« ¡Imbécil! le doy el hijo,
Pero la corona nó. »

Dos niños eran entrambos,
Rúbios, alegres, gentiles :
Apenas sus quince abriles
Cumplido habrian los dos ;
Hermosos como inocentes,
Les unieron y se amaron :
Mas en su amor no contaron
Con la voluntad de Dios.

Sosegados ya los pueblos,
No fué Aly-Athár peligroso :
Y en su aislamiento amoroso
Afeminado Abdilá,
Los hijos de la Zoraya,
Merced al fatal destino
De Abdilá, libre el camino
Tendrian del trono ya.

Tal pensó el rey ; los dos niños
Sin cálculo y sin encono,
De sus derechos á un trono
Ni aun se acordaron tal vez :
Pero otro sér mas activo
A quien amor no adormia,
En lugar de ellos abria
Sus ojos con avidez.

Aixa, la altiva sultana,
Celosa de su derecho,
Fué una mañana á su lecho
Como un ensueño fatal.
Abrieron sobresaltados
Los dos príncipes los ojos,
Y ella respirando enojos
Dijo con voz sepulcral :

« Aquel á quien Dios destina
« A ceñir una corona,
« Sus derechos no abandona
« Sinó por órden de Dios.
« Hijo de reyes, despierta:
« Rompe tus amantes lazos,
« Y tiende el alma y los brazos
« De tu real corona en pós.

« Y á tí, flor silvestre y pálida
« De los peñascos de Loja,
« ¿Por ventura te se antoja
« Que no hay mas ley que el placer?
« ¿Crees que tus ojos de cielo,
« Tu alma y tu téz de nieve,
« El dote son que traer debe
« A un príncipe una muger?

« Pues te engañas : la que espera
« Dominar como sultana,
« Necesita una alma entera
« Con mas altivez que amor.
« Despertad pues ; los lobeznos
« De la torpe renegada
« Giran con planta callada
« De vuestro trono en redor. »

Abú-Abdilá, de su madre
Hecho á la esacta obediencia,
Tras ella sin resistencia
Del aposento salió :
Moraima, sobrecogida
Por la plática severa
De aquella reina altanera,
Quedose sola y lloró.

« ¿Qué me importan á mí, dijo,
« Su poder y su corona?
« Lo que mi amor ambiciona
« Es no mas su corazon ;
« Y si este me le arrebatan
« Por el gobierno y la guerra
« ¿Qué me dejan en la tierra
« A mí, sin régia ambicion ? »

¡Pobre niña! el jóven príncipe
Empezó desde aquel dia
A dejar su compañía
Y su cámara á dejar :
Venia por él su madre
Apenas el sol rayaba,
Y hasta que el sol se ocultaba
No le veia tornar.

Entonces, aunque volvia
Alegre y enamorado,
Volvia tan fatigado,
Tan hambriento y sin vigor,
Que en la mesa devoraba,
Y se dormia en el lecho,
Cual si no hubiera en su pecho
Ni corazon ni calor.

Moraima, en su seno amante
Colocando su cabeza,
Contemplaba con tristeza
Su rostro franco y leal,
Que empezaba en el reposo
De su fatigado sueño
A adquirir un torvo ceño
Que no le era natural.

« ¿Qué hará? ¿Dónde irá? (decia
« La pobre niña) ¿qué afanes
« Mas propios para gañanes
« Me le cansarán así?
« Si tanto cuesta á los príncipes
« Guardar su trono ¡ pluguiera
« A Aláh que pastor naciera
« Sin esperar mas que en mí! »

Y una mañana Moraima
Un sueño tenaz fingiendo,
Fué desde lejos siguiendo
A la reina y á Abdilá,
Y vió que, cruzando apriesa
De los muros el espacio,
Se salieron del palacio
Al bosque que al rio da.

Corrió al oratorio régio
Que domina su enramada,
Y violes á una esplanada
Tras una loma llegar.
Allí esperaban tres hombres
Hasta los dientes armados,
Con caballos ensillados
Y en guisa de pelear.

Ciñose una jacerina,
Embrazó una récia adarga,
Asió de una lanza larga
Y cabalgó Abú-Abdil.
Salió el caballo botando :
Moraima tembló de gozo
Y miedo al verle tan mozo,
Tan armado y tan gentil.

Cabalgaron uno á uno
Los otros tres : apartose
La sultana y preparose
La escaramuza. Abdilá
En medio de la esplanada
Y de los tres circundado,
A la suerte preparado
Inmóvil y atento está.

Dió la señal la sultana,
Y empezaron los guerreros
En torno de Abdil mañeros
En círculo á galopar,
A cada vuelta estrechándole
Mas, como un chacal atento
Espiando él un momento
Su línea para salvar.

Sereno sobre su silla,
Con mirada centelleante
Espía un propicio instante
En liza tan desigual,
En tanto que en torno suyo
Van los tres caracoleando,
A cada vuelta cerrando
La peligrosa espiral.

Giraba él en ellos puesta
La vista : por todas partes
Hallaba un arma funesta
Dirigida contra él.
Vió al fin que un potro rebelde
Se mostraba, y contra él hizo
Un amago : espantadizo
Encabritose el corcel.

Hirió y arrancó, del círculo
Dentro, á escape gineteando,
Y á alguno siempre amagando
Con incierta rapidez,
Desigualó las distancias
Ciando, hiriendo y salvándose,
Y fué el círculo ensanchándose
Mas y mas de cada vez.

Ya sobre un lado fingia
Caer y sobre otro daba:
Ya al escape se tendia,
Ya diestro en firme paraba,
Ya de todos tres huia,
Ya á todos tres amagaba
Y á salvo do quier heria
Con certera agilidad;

Hasta que romper logrando
La línea que manteniendo
Iban los tres, trabajando
Sobre el círculo y abriendo
Mas sus distancias, girando
De repente, salió huyendo,
Un breve espacio ganando
Con estraña habilidad.

Cubierto entonces, tendido
Sobre su silla de pechos,
Comenzó á alargar los trechos
De unos á otros, y fué
Cargándoles uno á uno:
Con lo cual, hecha la suerte
De aquel combate moruno,
Echaron á tierra pié.

Moraima, que de lo alto
Miraba la escaramuza,
A cada embestida y salto
Temblando por Abdilá,
Solamente sostenida
Por su ansiedad, en el mármol
Se sentó desvanecida
Al verla acabada ya.

Volviose luego á su cámara.
¡Ay! todo lo comprendia!
Abdilá pasaba el dia
Leccion de armas en tomar.
Al fin lograba la madre
Hacer de su hijo un guerrero,
Tornándole áspero y fiero
De su cariño á pesar.

Dos lunas despues, por fruto
De este acendrado cariño,
Dió Moraima á luz un niño
Que el porvenir la doró:
Y el rey un año mas tarde,
Al prender á la briosa
Aixa, de Abdilá á la esposa
En su torre encarceló.

Tal es su historia. Moraima
La mas triste de las moras,
Pasa allí sus largas horas
En silencio y soledad.
Moraima, que de su esposo
Encadenada á la huella,
Con él de su mala estrella
Parte la fatalidad.

La hermosa sultana pálida
De tez, mas de alma encendida,
Es la que está distraida
En su ajimez oriental.
Sabe que Abdilá está en salvo,
Mas pronto que vuelva espera
A buscar la compañera
De su destino fatal.

Y vendrá : tambien lo sabe
Cuando al ajimez se asoma;
Lo sabe, sí : una paloma
Mensagero fiel de amor,
Por mano desconocida
Enviada hasta su ventana,
Trajo un dia á la sultana
Un papel consolador.

Un Africano, ginete
Sobre un corcel del desierto,
Llegó al camino encubierto
Sobre el que la torre da
Con temeraria osadía,
Y atada á un cordon de seda
La alzó hasta la celosía
Diciendo : « Abrid á Abdilá. »

Al ruido que en ella hicieron
Las alas de la paloma
Abre Moraima y se asoma,
Y asiéndola con placer
Mira al audaz que esto osara :
Mas él huyendo, por única
Despedida en voz muy clara
Dijo : « Dios y Aly-Mazer. »

Su pronta vuelta anunciaba
Del príncipe la misiva :
Desde entonces la cautiva
Cada noche le aguardó :
Y aislada en aquella torre
Y sin amigos por fuera,
A Aly-Athár y á Abdil espera
Como el papel prometió.

El modo, el dia... lo ignora :
Espera que se los traiga
La fortuna protectora,
Y espéralos con afán.
Mas no está sola Moraima
En su torre : hay otros seres
Que distraccion y placeres
Y pruebas de amor la dán.

Consigo (sin los que aguarda)
Tiene entera su fortuna :
Su hijo que duerme en la cuna,
Su nodriza esclava fiel,
Y un negrito enano y mudo
Que inteligencia destella,
Distraccion única de ella
Y ocupacion solo de él.

Ligero como una corza,
Sagaz como una serpiente
Y audaz como diligente,
Todo lo escucha y lo ve.
Leal como un falderillo,
Pero con brios de alano,
Do quier se tiende el enano
De su hermosa dueña al pié.

Mudo, jamás incomoda
Con plática inoportuna,
Pero no hay idea alguna
Que no sepa él espresar.
Los guardas le dejan libre
Teniéndole por salvage,
Y no hay mas astuto page
En el reino de Alhamar.

Ni su forma es repugnante
Por sus defectos nativos,
Ni sus gestos espresivos
Mohines ingratos son:
La gracia de su sonrisa
De modo su rostro alegra
Que se lee tras su faz negra
El placer del corazon.

Nada hay en él que amedrente,
Nada en su esterior que estrañe;
Nada en su interior que dañe;
Ni espresa su negra fáz
La envidia, el pesar ó el ódio
Que otros seres imperfectos
Abrigan con sus defectos
En su alma uraña y faláz.

No al ver la agena hermosura
Su deformidad deplora,
Ve la hermosura y la adora
Con sincera admiracion;
Sér mezquino en proporciones
Le formó naturaleza,
Mas bajo negra corteza
Le dió blanco el corazon.

Criatura, con respeto
A su criador acata
Viendo que crió sugeto
Su espíritu á cuerpo tal.
Tiene su orgullo en el alma
Que el cuerpo mezquino encierra,
Y como vaso de tierra
Mira su cuerpo mortal.

Ve en Moraima el infortunio
Y leal la compadece;
Ve la hermosura y se ofrece
Del débil y hermoso sér
En servicio : y, admirando
La beldad sin pesadumbre,
Acepta su servidumbre,
Como justa y con placer.

Amigo, juglar y esclavo,
Empléase en todo oficio
Y abarca todo servicio
De interior utilidad.
Entretiene la tristeza
Con sus juegos de destreza,
Y penetra con su instinto
La esterior seguridad.

Tal es la real servidumbre
Que asiste á la hermosa Mora
En la prision en que llora,
Corta y débil, pero fiel.
Tal es el mejor amigo
De Moraima, el Núbio enano
Que de su amparo al abrigo
Vive, y se llama Kaël.

Ahora, y mientras Moraima
De tristes memorias presa
En recuerdos se embelesa
Asomada al mirador,
Duerme el negrillo á la sombra
Del lecho de la nodriza
Sobre el paño que tapiza
El alhamí en derredor.

Todo calla : permanece
Inmoble al balcon Moraima :
La noche se lobreguece
Ausente la luna ya.
Ni una estrella en el espacio :
Todo es silencio y tinieblas
Dentro y fuera del palacio,
Mudo el universo está.

He aquí que, como avisado
Por algun sér misterioso,
El negrillo desvelado
La cabeza enderezó,
Y con la boca entreabierta,
Sin alentar, y clavados
Los ojos sobre la puerta
Por un instante quedó.

Nada se oia : el instinto
De su raza le advertia
Un riesgo que todavía
Se escapaba del poder
De los sentidos : solo era
Voz de su presentimiento,
No voz, rumor ni lamento
Que oirse pudiera hacer.

El, empero, á deslizarse
Comenzó sobre la alfombra,
Llegando como una sombra
Hasta la puerta esterior :
Mas al pegar al encage
De sus hojas el oido,
Le hirió otro distinto ruido
Que entró por el mirador.

Volvió un punto á su absoluta
Inmobilidad, tendiendo
La cabeza y conteniendo
La respiracion Kaël.
Alumbró luego un relámpago
Su mirada inteligente,
Y al lejos confusamente
Se oyó trotar un corcel.

Sacó de su arrobamiento
Su rumor á la sultana
Que intentó con ansia vana
Las tinieblas penetrar.
Kaël, por las colgaduras
Trepando á la celosía,
Se puso el són que traia
El aire libre á escuchar.

Tal vez era algun viagero
Que á ver venia á Granada,
Tal vez algun mensagero,
Acaso algun mercader
Que, deseando temprano
Ganar la alcaiceria,
Llegaba á la Alhambra ufano
Aun antes de amanecer.

Todavía no pisaba
El camino que circunda
De la Alhambra la alcazaba
Sombria, cuando Kaël,
De la ventana saltando
Con agilidad salvage,
Corrió á la puerta aplicando
El oido á su cancel.

Moraima á sus pantomimas
Y señas acostumbrada,
Con impaciente mirada
Esplicacion le pidió.
Kaël, pasando una mano
Al rededor de su frente
É hirguiéndose altivamente,
A Aixa por allí anunció.

¿Y el caballo? preguntole
La bella Mora temblando,
Y al mirador señalando
Y con los brazos Kaël
De un ave imitando el vuelo
Y leer ansiosamente
Fingiendo, trajo á su mente
La paloma y el papel.

Moraima aun no asegurada
De comprenderle, le hizo
Su pregunta reiterada :
Y él sus señas repitió.
Lanzose ella á la ventana,
Mas detuvola él á punto
Que á la misma puerta junto
La voz de Aixa resonó.

« Abre. » En su imperioso tono
Dijo con alguno hablando :
Y ante ella el porton girando
Pareció bajo el dintel.
Ante su rostro severo
Calló Moraima inclinándose,
Y fué á hacerla prosternándose
Larga *Zalema* Kaël (4).

Con una antorcha un esclavo
Seguia de Aixa la huella,
Cerró la puerta y en ella
Quedose el esclavo en pié :
Sin fijar la vista apenas
En Moraima, la Africana
En silencio á la ventana
Con paso altanero fué.

Mas no bien á su antepecho
Tocó, cuando al pié del muro
Sobre el arrecife oscuro
Trotar al corcel se oyó.
Asomose Aixa : el caballo
Paró en firme : cesó el ruido,
Y un ruiseñor, sorprendido
Tal vez al huir, silvó.

Sacando entonces del seno
Aixa un torzal muy delgado
Que tiene un plomillo atado
A una punta, dijo —*va*,
Y por el balcon lanzole
Prestando el oido atento :
Despues de un breve momento
Digeron abajo — *ya*.

Recogió el torzal la Mora
Y de la bugía al brillo
Fué á ecsaminar un anillo
Que volvia atado á él.
El es, dijo, y una llave
En vez del anillo atando,
Tornó á arrojarle tornando
A oirse abajo el corcel.

Reinó un silencio completo
Por un instante. Moraima
Con el corazon inquieto
Miraba á Aixa, sin osar
Interrumpirle : la esclava
Con el infante dormia,
Y el enanillo escuchaba
Como Aixa sin respirar.

Quietos, atentos, callados,
Parecian esculturas
O seres que allí encantados
Un Genio paralizó.
Confuso luego y lejano
Comenzó un rumor á oirse,
Que cada vez mas cercano
Por grados se acrecentó.

Al principio fué un susurro
Suave, como el soñoliento
Rumor que produce el viento
Entre las hojas : despues
Pareció que muchas voces
Hablaban en el camino
Por lo bajo, y al fin vino
El són claro tal cual es.

Ruido de pasos unidos,
Iguales y acompasados,
Pasos de muchos soldados
Que avanzan con rapidez:
Y Moraima, no pudiendo
Contenerse, adelantose
A par de Aixa y asomose
En silencio al ajimez.

Quitó la antorcha al esclavo
Y, asiéndose al cortinage,
Al labrado barandage
Trepó con ella Kaël.
Sacola sobre el camino,
Y su roja llamarada
Reflejó en la gente armada
Que descendia por él.

Como una inmensa serpiente
Que se arrastra en la pradera,
Así su movible hilera
En torno ciñendo va
Del régio alcazar el muro,
Hasta sumirse en lo oscuro
De la bóveda escusada
Que sobre el camino da.

Subterráneos pasadizos
Que en los cimientos macizos
Labrar mandó de *la torre*
De los picos Alhamar,
Dan á una puerta de hierro
Cuya boca honda y callada
No se cansa aquella armada
Muchedumbre de tragar.

Tal vez la traicion ó el oro
Franquean aquella puerta,
Puesto que en silencio abierta
Da paso al largo cordon
De armados, que en ella se hunde
Cual procesion de fantasmas
Que unas en otras confunde
Febril imaginacion.

Con fiebre á su vez las via
Deslizarse una tras otra
Moraima, y no se atrevia
A la reina á interrogar,
Quien con altanera calma
Y semblante satisfecho
Desde el calado antepecho
Las contemplaba pasar.

Como vagas creaciones
De un sueño, en el subterráneo
Ginetes tras de peones
Se hundieron : volvió el cancel
De la poterna á cerrarse
Y tras él, desde la altura,
Del arrecife á la hondura
Lanzó su antorcha Kaël.

Entonces Aixa volviéndose
A Moraima, por la mano
Asiéndola y con ufano
Semblante detras de sí
Llevándola, el aposento
Cruzó con ella callada
Hasta ponerla á la entrada
De su oriental alhamí.

Allí del lecho que parte
Con su nodriza el dormido
Hijo de Abdilá, corrido
Teniendo ante ella el tapiz,
La dijo : « Ahora, hija pálida
« De un árabe, débil planta
« De sávia fria, levanta
« Con orgullo la cerviz.

« El sol que tras de la sierra
« Se elevará esta mañana,
« Te saludará sultana
« Pese al sangriento Muley.
« Encrespa, pues, tu flotante
« Melena rúbia, leona
« Real, porque tu tierno infante
« Es desde hoy hijo de un rey.

Dijo y comprendiolo todo
Moraima en aquel momento :
Mas aunque libre y contento
Dentro su pecho saltó
Su corazon, ante el vano
Orgullo de soberano
Ni aun el latido mas leve
En holocausto ofreció.

Abrazó, con sus caricias
Despertándole, á su hijo;
Pero solamente dijo,
Con inquietud juvenil
Volviéndose á la Africana,
« ¿Pero supongo, sultana,
« Que me ha traido esa gente
« A mi esposo Abú-Abdil? »

Mirola Aixa como un águila
Mira, dejándola ir viva,
A una alondra fugitiva
Que encuentra por su region,
Con esa mirada propia
De los seres colosales
Que á los débiles mortales
Solo otorgan compasion.

Criaturas fuertes, almas
Todas vigor, que calculan
Por el que ellas acumulan
El vigor de las demás:
Almas en quien arde virgen
La luz de su fé divina;
Mas para quien no ilumina
Su luz la tierra jamás.

Seres dueños de los ímpetus
De las terrenas pasiones,
Que juzgan los corazones
Del suyo por la virtud,
Y que siguen inflecsibles
El carril de sus deberes
Creyendo á todos los seres
Con su firme rectitud.

Seres que nacen en tiempos
Indignos de ellos : de gente
Que arrastra cobardemente
Su ecsistencia terrenal :
Seres que bajo su siglo
Se sepultan con fiereza,
Sin humillar la cabeza
Ante su siglo fatal.

Tal fué Aixa y tal la fria
Mirada que hechó á Moraima,
Que trémula la sentia
Sobre su frente pesar :
Tales estas dos mugeres
Iguales solo en fortuna :
Débil cual las flores una,
Otra fiera como el mar.

El silencio de un momento
Que produjo esta mirada
Kaël con un movimiento
De alegría interrumpió.
Corrió á la puerta, el oido
A sus hojas aplicando,
Y ufano á los piés saltando
De su señora volvió.

Pasos presurosos, rápidos
Por los jardines se oian,
Y luces se percibian
De los vidrios á través :
Aixa esclamó : « Ahí le tienes :
« Por suerte no es tan villano
« Que como un perro cristiano
« Venga á tenderse á tus piés. »

Dijo : mas ya no la oia
Moraima, que entrelazados
Sus bellos brazos tenia
Al cuello de Abú-Abdil :
Y el viejo Aly-Athár, que entraba
Detras del rey, de su hija
Embebido contemplaba
El arrebato infantil.

Ella, soltando al esposo,
Corrió á los brazos del padre
Que los abrió cariñoso,
Y olvidando la ocasion
En que se encontraba, en ellos
La levantó como á un niño
De su paternal cariño
En la espansiva efusion.

Hasta los negros esclavos
Que alumbraron tal escena
Su emocion con harta pena
Pudieron disimular.
Aixa tan solo inactiva
Y silenciosa á sus brazos
Con circunspeccion altiva
Dejó á Abú-Abdil llegar.

Y le abrazó : mas diciéndole :
« Abdil, ya estás en el trono :
« Tuyo es, y el cielo en tu abono
« Contra la injusticia está :
« Piensa, empero, que Aláh es justo
« Y que con airada mano
« Quita el trono al rey villano
« Lo mismo que se le dá.

« No olvides que á la fortuna,
« De los valientes amiga,
« Solo el valiente la obliga
« Y huye del cobarde vil.
« Como hombre, pues, sube al trono;
« Mas si Aláh al fin te abandona,
« No bajes de él sin corona
« Sinó sin cabeza Abdil. »

Diciendo así la Africana
Abandonó el aposento,
Y ocuparonse al momento
Los fuertes por Abdilá,
En el silencio nocturno
Sorprendiendo á los soldados
A quien los dejó fiados
Muley, que hácia Alhama va.

IV

El sol al asomar por el oriente
Del rey Abú-Abdil vió la bandera
Flotar sobre la Alhambra y por su gente
Guarnecida á Granada. Nueva éra
Comenzaba á correr, y alegremente
Corrió la muchedumbre novelera,
Al vencido Muley abandonando,
Del nuevo rey á acrecentar el bando.

¡ Clemente Aláh, cuya potente mano
Los imperios del polvo creadora
Engendra y los reduce á polvo vano,
Segun tu santa ley niveladora
De la humildad y del orgullo humano,
Tiéndela pio hácia la gente mora!
¿Qué va á ser de ella en guerra fratricida
Entre el padre y el hijo dividida?

LIBRO SÉTIMO.

I

¿Quién acota los fallos del destino
Ni el pié sujeta de la errante fama,
En medio del incógnito camino
Por dó ráuda sus nuevas desparrama?
Su voz por el cristiano y granadino
Reino la historia pregonó de Alhama,
Y á par en su defensa como buenos
Se arrojaron Cristianos y Agarenos.

Por recobrarla Hasan desde Granada
Corrió con su veloz caballería,
Y á defenderla en masa levantada
Acudió la cristiana Andalucia.
Salió al campo Fernando : su morada
Abandonó Isabel, y lució el dia
En que á mortal y decisiva guerra
Se aprestó de una vez la Hispana tierra.

Juntó Muley cincuenta mil guerreros,
De Alhama al avanzar por el camino,
A cinco mil valientes caballeros
Que trae del territorio granadino;
Y en el valle á la vez por cien senderos
Lanzando de su gente el torbellino,
En alas de la rábia que le inflama
Llegó el viejo feroz al pié de Alhama.

La voz de la morisca muchedumbre
La roca estremeció donde se asienta;
Mas Ponce de Leon desde la cumbre
La voz oyendo de la grey sedienta
De su sangre leal, la pesadumbre
Para aumentar del árabe y la afrenta,
Elevó las banderas Alhameñas
Al par de sus católicas enseñas.

Al verlas de los muros en la cima
Ondear Muley, con la encendida saña
De quien su honor manchado en nada estima
El asalto emprendió de la montaña;
Mas era el gefe que velaba encima
El mas ilustre capitan de España,
Y á la amenaza de Muley rabiosa
Contestó con sonrisa desdeñosa.

Vió el árabe monarca esta sonrisa,
Y al punto comprendió con pesadumbre
Que su impotencia el de Leon le avisa
Para asaltar la inaccesible cumbre.
De venganza la sed diole mas prisa
Que discurso, y fió en la muchedumbre,
Y vió que sin inmensa artillería
Jamás á los cristianos rendiria.

Tarde lo vió; mas viendo con despecho
Que arriesgaba el honor y el tiempo urgia,
Él mismo por el áspero repecho
Sus gentes al asalto conducia:
Y en impaciencia y en furor deshecho,
Contemplaba que solo conseguia
Abrir á sus valientes sepultura
De aquellos precipicios en la hondura.

La encanecida barba se mesaba
El iracundo rey, y de la empresa
No desistir en su furor juraba
Hasta cobrar la codiciada presa:
Correos tras correos despachaba
Máquinas de batir á toda priesa
Demandando, y tenaz en tal intento
Ante Alhama plantó su campamento.

Los peñascos minó, los manantiales
Cegó que daban agua á los sitiados,
Y de la villa en derredor sus reales
Circumbalando les dejó bloqueados.
Pronto de su constancia las fatales
Consecuencias sintieron los cercados,
Viendo que sin socorro pronto y fuerte,
Su esperanza mejor era la muerte.

El valeroso capitan cristiano
Que el apellido de Leon tenia,
Sin dar tregua al discurso ni á la mano
Su valor de Leon no desmentia:
Y viéndole al peligro el mas cercano
Siempre y do quier en vela noche y dia,
No hubo un solo cristiano que cejara
Ni que matar por él no se dejara.

Infatigable, impávido, tranquilo,
Con el valor del héroe sereno,
Salió seis veces por oculto silo
El campo á sorprender del Agareno;
De agua otras cien por conservar un hilo
Que de un peñasco les quedó en el seno,
Peleó con el fango á la rodilla
Mientras bebian de él los de la villa.

En vano gran refuerzo poderoso
De hondas, ribadoquines y lombardas
Llegó por fin al Arabe orgulloso;
El con sus arcabuces y espingardas
Continuo fuego sustentó animoso,
Y aunque ya asaz por el cansancio tardas
Las manos, de tronar sobre las rocas
Jamás cesaron sus ardientes bocas.

Asombrado Muley de tanto arrojo,
Pactos amigos al Marqués propuso;
Mas Ponce de Leon con grande enojo
A sus mensages sin dudar repuso :
« Cuando en Alhama mi estandarte rojo
« Roja de sangre infiel mi mano puso,
« No fué para quitarle á tu venida,
« Sinó bajo él para dejar la vida.

— Pues bien, dijo Muley, serás mi esclavo
« Ya que no te contenta ser mi amigo.
— Mejor me está la esclavitud al cabo. »
Replicó fieramente D. Rodrigo.
« Muere pues, » dijo al irse el viejo bravo.
« Dios de mi honrado fin será testigo. »
Dijo el marqués; y el Moro y el cristiano
Volvieron á sus armas á echar mano.

Ensordeció otra vez la artillería
Los precipicios cóncavos de Alhama,
Y el cristiano valor vió en su agonía
De su esperanza vacilar la llama.
Habian hecho ya cuanto podia
Hacerse por la patria y por la fama
Los Castellanos, mas al fin mortales
Se agotaban sus fuerzas corporales.

Rayaba ya la postrimera aurora
Que podia alumbrar su resistencia :
Postrer asalto de la hueste mora
Iba fin á poner á su ecsistencia,
Y, viendo sin pavor su última hora,
De su muerte aguardaban la sentencia ;
Mas Dios que no abandona al buen cristiano
Entre Alhama y Muley tendió su mano.

La luz de las hogueras con que invoca
Socorro el pueblo á la invasion espuesto,
De ciudad en ciudad, de roca en roca,
Se difundió por el pais bien presto;
Y al resplandor que á pelear convoca
El peligro de Alhama manifiesto,
De Cristo por los campos andaluces
Avanzaron las lanzas y las cruces.

Alonso de Aguilar, el compañero
De armas de Ponce de Leon, la gente
De sus estados allegó el primero;
Y cruzando los montes diligente,
Como una estatua de bruñido acero
Asomó sobre un cerro del oriente.
Y el sol como un fantasma de luz y oro
La presentó á la vista del rey moro.

Los hermanos Giron, de Calatrava
Con la legion ecuestre aparecieron
Por un valle de sáuces: con su brava
Infantería por el sur salieron
Los Córdobas de Cabra, y por la caba
De un monte que al cruzarle descubrieron,
Asomaron, los dos bajo una enseña,
El conde de Alcaudete y el de Ureña.

Mirábalos Muley considerando
Su fuerza escasa para sérios fines
Y se aprestaba á acometerlos, cuando
Del montuoso horizonte á los confines
Vió de peones numeroso bando,
Y en el agudo són de sus clarines
Conoció y en sus cárdenos pendones
De Enrique de Guzman los escuadrones.

Con ira entonces comprendió que junto
Un ejército entero en su mal era,
E impío blasfemó viendo en un punto
Venir sobre él la cristiandad entera;
Y mirando avanzar en buen conjunto
Los ginetes cristianos por do quiera,
Cual jabalí acosado por los perros
Alzó su campo y se acogió á los cerros.

Desde ellos vió con cólera impotente
Sus postigos abrir á los de Alhama;
Y echando al corazon la mano ardiente
A contener la hiel que se derrama
En sus hinchados vasos, y la frente
Al peso del baldon que se la infama
Doblando, con ahogado y ronco grito
Esclamó : « ¡ Alahuakbar ! estaba escrito. »

Entonces silencioso y cabizbajo
De sus gentes cubrió la retirada,
Rechazando por sí, no sin trabajo,
De las huestes de Ureña una avanzada.
Cuando en salvo la vió, por un atajo
Se encaminó otra vez hácia Granada,
Seguido de unos pocos caballeros
De su aciaga fortuna compañeros.

Mas ¡ay! su estrella en la gentil Granada
Para siempre su luz oscurecia,
Y era ya aquella la postrer jornada
Que hacer por ella como rey debia.
Ya en la Alhambra de rayos coronada
Estrella mas feliz resplandecia,
Y á otro pendon que al de Muley su gloria
Otorgaba versátil la victoria.

En la vega al entrar, de una colina
Al revolver el áspero sendero,
De la luna á la lumbre mortecina
Vió correr hácia él un caballero.
Era un doncel de raza granadina
Que, ante él parando el fatigado overo,
Dijo con voz por la carrera ahogada :
« Tente, señor : no vuelvas á Granada.

— ¿Porqué? dijo Muley. — Porque ya llegas
Tarde : de ella Abdilá se ha apoderado.
— ¿Y mi Wazir Abú-l'Kasin-Ben-Egas?
— Está en los Alixares encerrado.
— Y mi Zoraya? — De las turbas ciegas
Por milagro no mas se ha libertado :
Los pocos fieles que te quedan vivos
Te buscan por la sierra fugitivos.

— ¿Todo pues lo perdí? — La honra te queda.
— Te engañas, infeliz; sin ella vengo.
— La puedes recobrar mientras que leda
Se conserve tu fé. — Ya no la tengo
Tampoco: es fuerza que al destino ceda,
Su ley fatal á obedecer me avengo.
— Aun te resta, señor, una esperanza.
— ¿Cuál? — La mejor de todas: la venganza.

— Tienes razon. ¿Podemos todavía
En el alcázar penetrar? — Acaso:
Si te ayuda tu intrépida osadía
Yo puedo abrirte hasta la Alhambra paso
En las tinieblas de la noche. — Guia:
Y si á ella subo, como frágil vaso
Quebrantaré de Aixa y de su hijo
La ecsistencia fatal que Aláh maldijo. »

Y el rey á la venganza decidido
A los que son con él la faz volviendo
Les dijo: « A este mancebo habeis oido;
Uniros á mi suerte no pretendo,
Abandonad si os place al rey vencido. »
Mas la mano los Arabes poniendo
De los corvos alfanges en los pomos,
Respondieron resueltos: « Tuyos somos. »

Metió Muley á su corcel la espuela,
Y echando por delante al Granadino,
Pensando en sorprender su ciudadela
Hácia Granada continuó el camino.
Mas ¡ ay ! en vano el hombre se rebela
Contra la ley de su fatal destino,
En vano avasallar quiere á la suerte :
La voluntad de Dios siempre es mas fuerte.

Era la hora en que entregado al sueño
Abú-Abdil, en la Alhambra aposentado,
Soñaba con el bien de que era dueño,
Con el cetro que á Hasan habia robado.
Aixa tambien desarrugado el ceño
Su saña habiendo y su ambicion saciado,
Al fin vengada de su infiel esposo,
Entregábase en brazos del reposo.

Era todo silencio en el recinto
Del régio alcázar de la corte mora :
Reinaba en su dorado laberinto
Del descanso la paz reparadora,
Cuando el eco de un ¡ ay ! claro y distinto
De sala en sala retumbó á deshora,
Y el jóven rey de sus estancias dueño,
Al eco de aquel ¡ ay ! rompió su sueño.

Oyolo al par la varonil sultana
Su madre, y fuera del suntuoso lecho
Lanzándose veloz, á la ventana
Escuchó atentamente largo trecho.
Sus sentidos sutiles de Africana
Y el velador instinto de su pecho
La revelaron el terrible arcano
De aquel ¡ay! eco del dolor humano.

Escuchaba el rey moro todavía
El eco de aquel lúgubre gemido,
Cuando su madre con vigor le asia
Por el brazo en que estaba sostenido.
« Levántate, hijo mio, le decia,
Levántate, Abdilá : nos han vendido.
— ¿Que pasa, madre? preguntó el mancebo.
— Tu padre busca á la venganza cebo. »

Su alfange Abú-Abdil blandió desnudo
Y asiendo de un clarin con gran corage,
En los senos lanzó del aire mudo
Una sonata de Africa salvage.
De aquel bárbaro són al eco agudo
Se estremeció su guardia Abencerrage,
Y de su riesgo prócsimo avisada
Acudió junto al rey precipitada.

Y á tiempo fué. Su yatagan sangriento
Muley blandiendo apareció á sus ojos
Por la puerta del prócsimo aposento,
Rebosando sacrílegos enojos.
Feroz vampiro de su carne hambriento,
Sus brazos muestra con su sangre rojos,
Y con los ojos en su sangre fijos
La sangre anhela de sus propios hijos.

Helose de terror á su presencia
Toda la guarnicion de la alcazaba :
Aixa, empero, abrasada de impaciencia
Empuñó un arcabúz gritando brava :
« ¡ Muera el tirano ! » al punto con violencia
Lid fratricida sin cuartel se traba :
En el mismo aposento en que nacieron
Los hijos con los padres se batieron.

Peleaba Muley como un demente,
Y á Aixa los suyos de la lid sacaron :
Hallarse no lograron frente á frente
Los dos reyes por mas que se buscaron.
Llamaba á Abdil con cólera estridente
El viejo rey, cuando sobre él cargaron
Tantos al par, que sin lograr su objeto
Cejó y huyó por corredor secreto.

En el versátil vulgo confiando
Descendió á la ciudad por una cueva,
Juntar creyendo poderoso bando
Con que arruinar la monarquía nueva.
Metiose pues por la ciudad llevando
Audaz á cabo tan osada prueba,
Y en un momento la ciudad entera
Campo sangriento de batalla era.

Do quier se escuchan con pavor lamentos,
Ayes de muerte y gritos de pelea :
A salvarse no mas todos atentos,
Solo en salvarse cada cual se emplea :
No hay nadie que en tan críticos momentos
Presa de los cristianos no se crea :
Nadie á juzgar la realidad se para,
Nadie ve donde, ni de quien se ampara.

En tanta confusion, en duelo tanto,
Abandonando Hasan la lid confusa,
Va á los umbrales á llamar de cuanto
Moro por su parcial la fama acusa;
Mas, al reconocerle, con espanto
Seguirle todo musulman rehusa,
Porque se hundieron su prestigio y fama
Bajo su triste espedicion de Alhama.

Su nombre con horror de boca en boca
Rápidamente en las tinieblas pasa,
Y por do quiera contra él evoca
Ira sin compasion, rencor sin tasa :
Cobra valor la muchedumbre loca,
Y al correr la verdad de casa en casa,
Por rejas, agimeces y balcones,
Comienzan á asomar luces y hachones.

Comiénzase á ordenar la gente fiera
Del albaycin : tremólanse estandartes
Que atraen á sí la juventud guerrera,
Y conocense al fin por ambas partes.
¡ Aláh por Bú-Abdil ! gritan do quiera;
Y descubriendo las traidoras artes
A que echa Hasan para vengarse mano,
Gritan dando sobre él : ¡ muera el tirano !

Desengañado el viejo vengativo
Abandonó su despechada empresa,
Dándose por feliz en salir vivo
Favorecido por la sombra espesa :
Y con veinte ginetes fugitivo
Que aun le seguian, caminó con priesa
Muley hácia los altos alijares
Donde aun tiene Zoraya sus hogares.

Allí la favorita con Ben-Egas
Le aguardaba á caballo : á marchar prestos,
Sus guardias negros como estátuas ciegas
Por él se hallaban á morir dispuestos.
« Vamos, dijo Muley. — A tiempo llegas,
Repuso Abú-l'Kasin : Aixa mis puestos
Descubrió ya, y á su merced estamos.
— ¡ Maldita sea ! dijo el rey : huyamos. »

Y entrando por las lóbregas laderas
De la sierra fragosa y escarpada,
Aprovecharon cáutos las postreras
Sombras para alejarse de Granada :
Y del alba siguiente á las primeras
Luces, el que fué rey ya no era nada:
El reino se le huyó de entre los brazos
Y su cetro al caer se hizo pedazos.

¡Clemente Aláh, que como aristas secas
Las mas robustas fábricas quebrantas,
Los pueblos hundes, y las razas truecas
Bajo el polvo que en pós dejan tus plantas!
Del hombre vil las vanidades huecas
¿Cómo han de interrumpir tus leyes santas?
De Hasan tocó tu soplo en la corona,
Y fué. ¡Dios bueno, lo que fué perdona!

II

Llena al fin de su enojo la medida,
Abrió el señor la urna en que atesora
De las naciones la acotada vida :
De ella arrojó la de la estirpe mora,
Y al caer en la nada desprendida
De su mano, con voz imperadora
Dijo Dios á Isabel : « He aquí tu dia :
Parte, rayo de fé : tu empresa es mia. »

Y por el fuego de la fé abrasada,
Por la celeste mano compelida,
Los brazos Isabel tendió á Granada,
Que por sus brazos se sintió ceñida
Con angustia mortal; y al punto armada
Y con el sayo de la cruz vestida,
Aparicion marcial salió á campaña
La fé invocando y el honor de España.

A su inspirado y vigoroso acento,
La nobleza leal de Andalucia
Pareció ante Isabel en un momento,
Rebosando valor y bizarría.
Llenas de emulacion con su ardimiento
Cuantas provincias en su reino habia,
Su gente enviaron de pelea en planta
En derredor de su bandera santa.

Encendida en sus bélicos deseos,
Desde Córdoba envió con gran premura
Numerosos y rápidos correos
A Toledo, Leon y Estremadura.
Cuantos gozaban en su nombre empleos
O de su autoridad investidura,
Su intimacion de guerra recibieron
Y en campaña obedientes se pusieron.

Cartas atentas escribió á sus damas
Para que á sus amantes y maridos,
De los troncos mas nobles ramas,
La enviasen á la lid apercibidos;
Y por los pueblos esparció proclamas,
Llamando á los mancebos atrevidos
A romper una lanza en la campaña
Por el honor y libertad de España.

De su entusiasmo el religioso influjo
Derramó el entusiasmo por do quiera,
Y cuanto noble su nacion produjo
En redor acudió de su bandera.
Sus vasallos á Córdoba condujo
Todo baron que diez tuvo siquiera,
Y en cada hora nueva que sonaba
Un valiente á Isabel se presentaba.

Ella entre tanto en vastos almacenes
Depositó profusas provisiones
De granos, vinos y cecinas, bienes
De que abundan sus fértiles regiones :
Acopió ropas y armas : montó trenes
De batir, con lombardas y cañones :
Soldados instruyó que los sirvieran,
Y acémilas compró que los movieran.

No se escusó ni un noble Castellano
De acudir de Isabel á la cruzada,
Y no quedó un solar en monte ó llano
De que no hubiese en Córdoba una espada.
Todas las joyas del valor Hispano
Fueron parte á tomar en la jornada,
Sombreando sus bizarros escuadrones
De sus casas mas ricas los pendones.

Vino el primero el cardenal de España
Con escolta lucida y numerosa:
Desde el campo feráz que el Ebro baña,
El buen duque llegó de Villa-hermosa.
Trajo el conde de Cabra de montaña
Ballesteria diestra y vigorosa;
Y á los suyos el conde de Cifuentes
Trajo armados de hierro hasta los dientes.

Vinieron los del pródigo Infantado
Armados de broquel, puñal y clava,
Con rico arnés azul empavonado:
Vino la gente de Alburquerque brava
Con ancho escudo y espadon pesado,
Y la órden militar de Calatrava
Llegó, con su maestre à la cabeza,
En caballos de indómita fiereza.

Trajo Medinaceli Sevillanos
Sobre pintadas yeguas caballeros,
Y el de Ureña ginetes Jerezanos
En potros como el céfiro ligeros;
Vinuesa de leales Castellanos
Trajo gran peloton de espingarderos,
Y leoneses con enormes mazas
Que hendian los broqueles y corazas.

Trajo Fernando de Aragon sus huestes,
Y con ellas vinieron de Navarra
Los montañeses ásperos y agrestes,
Al tiro afectos del balon y barra;
Los de Aza y Urgel jamas contestes
Armados de morisca cimitarra,
Y los deudos de Pedro de Velasco
De abigarrado y penachudo casco.

Desde el muro hasta la árabe alcazaba,
De los Kalifas oriental palacio,
Córdoba un campamento semejaba:
De sus plazas y calles el espacio
El aparato militar llenaba;
Y de lejos brillar como un topacio
La vian los vecinos montañeses
Alfombrada de auríferos arneses.

Y he aquí que de un balcon que la domina,
Contemplaba Isabel la roja hoguera
Del sol arder tras la postrer colina,
Cuando dobló tendido á la carrera
La falda de la loma mas vecina
Un corredor cristiano de Antequera,
Que en nombre de los héroes de Alhama
Bastimentos y víveres reclama.

Su mensage al oir Fernando, al punto
Convocando en su estancia su consejo,
Pidió opinion sobre tan grave asunto.
Pedro de Vargas, capitan ya viejo,
Frontero en territorio á Alhama junto
Y del pais conocedor, espejo
De los cristianos gefes fronterizos,
Dijo mostrando al rey sus blancos rizos:

« Mi ecsistencia, señor, pasé en la guerra
Y aun no esquivo por débil la batalla,
Ni el viejo corazon que aquí se encierra
Late aún con temor bajo la malla;
Pero conozco bien aquella tierra:
Alhama es un peñasco que se halla
Cercado por do quier de plazas moras
Que le tendrán en riesgo á todas horas.

Mantenerla no pudo vuestro abuelo
San Fernando, señor, y es necesario
Que para conservar su inútil suelo
Empleeis la mitad de vuestro erario.
Con cinco mil ginetes aun recelo
Que será su destino bien precario,
Porque cada convoy que hasta allí llegue
Fuerza es con sangre que el camino riegue.

Solo quien tenga guarnicion en Loja
La podrá conservar, y aun así un dia
Puede que el Moro por traicion la coja:
Si yo fuera que vos la quemaria,
Y de su incendio con la lumbre roja
A Granada una noche alumbraria,
Dejando en su ceniza al rey pagano
Un testimonio del furor cristiano. »

Dijo el anciano Vargas. Los prudentes
Y graves consejeros que le oyeron,
Sus razones hallando suficientes,
A su opinion unánimes se unieron:
« De Alhama retirad á vuestras gentes
Y quemadla, señor, » al rey dijeron:
Mas Isabel que los escucha y mira
Llena esclamó de generosa ira.

« No permita el señor que se abandone
Prenda de tal valor de esa manera,
Ni que vileza tal nos ocasione
Escarnio ser de la morisma entera.
No quiera Dios que entre ellos se pregone
Que, del peligro en la ocasion primera,
Ni en Dios ni en nuestro brio fé tenemos,
Ni lo nuestro á guardar nos atrevemos.

« No se hable pues de abandonar à Alhama:
Cuando á lidiar mis gentes he traido,
No para empresas sin peligro y fama,
Para las dignas de héroes ha sido:
Ausilio Alhama de su rey reclama
Y yo se le daré, que á eso he venido;
No ha de cejar ni descansar mi gente
Sinó cuando en la Alhambra se aposente. »

Dijo Isabel : y á la ciudad bajando,
Cabalgando en su rápida hacanéa
« ¡ A Alhama !... dijo al castellano bando,
Conmigo á Alhama quien valiente sea ! »
¡ A Alhama ! las banderas desplegando
Clamó toda la gente de pelea;
Y tras la reina que su ardor inflama
Se encaminó el ejército hácia Alhama.

¡Mísero Abú-Abdil! con luz incierta
Ya tu estrella fatal sobre tí brilla:
Recuerda tus horóscopos : despierta.
¡Apresta tu corcel y tu cuchilla!
Ya de la Alhambra á la dorada puerta
Va á llamar con ejércitos Castilla,
Y á echar van sobre tí los Españoles
De siete siglos los sangrientos soles.

III

Dejó Isabel á Alhama guarnecida,
Sus muros y baluartes la repuso,
Y, en templo su mezquita convertida,
Segura guarnicion en ella puso.
A Luis Portocarrero á su salida
Por su alcaide nombró, quien, segun uso
De los fronteros gefes castellanos,
Conservarla ó morir juró en sus manos.

El Católico rey dejar queriendo
A los Moros señal de aquella entrada,
En sus fronteras con estrago horrendo
Se corrió por su tierra amedrentada,
Y su bizarro ejército metiendo
Por la fecunda vega de Granada,
Incendió mieses, arrasó olivares,
Robó ganados y asoló lugares.

Los Moros que estos daños achacaron
Del furioso Muley à la imprudencia,
Partido al punto por Abdil tomaron
Y rey le proclamaron en su ausencia.
Las tropas de Muley le abandonaron,
El vulgo le mofó con insolencia,
Y á Málaga, frustrada su esperanza,
Huyó por fin sin alcanzar venganza.

Aixa, empero, temiendo la inconstancia
Del pueblo, y conociendo que en el trono
No tendria Abdilá segura estancia,
Sinó haciendo venir de él en abono
Alguna empresa ó triunfo de importancia
Que al vulgo deslumbrara, y que su encono
Contra Hasan aumentara, con secreto
Se preparó para lograr su objeto.

Congregó los mas diestros capitanes
De todas las opuestas banderias,
Y desechando y rehaciendo planes,
Oyendo escuchas y escuchando espias,
Realizó sus solícitos afanes
Aprontando por fin en breves dias
Numerosa y segura cabalgada,
De espléndido botin esperanzada.

« Probemos á los reyes castellanos
Que aprovechar sabemos sus lecciones,
(Dijo á su hijo Abdilá.) Pues nuestros llanos
Talan, sal á talar sus posesiones.
En nuestras tierras por llenar sus manos
Sus castillos están sin guarniciones,
Lo que hallan, pues, en nuestra vega amena
Busca tú por sus campos de Lucena. »

Comprendió el jóven rey á la sultana,
Y ganoso de gloria, y con deseos
De probar en la tierra castellana
El valor que ha ostentado en los torneos,
Con gallardia juvenil y ufana
Resolucion, sus bélicos arreos
Vistiendo, mostró el jóven soberano
Su alma de rey y orígen africano.

IV

¡Qué hermosas son las noches de Granada!
¡Cuánto placer la atmósfera respira!
¡Con qué rumor tan grato perfumada
Susurra el áura que en sus huertos gira!
Su misteriosa soledad, poblada
De árabes genios, languidez inspira,
Y no encierran los senos de su sombra
El vago miedo que en la noche asombra.

El canto de los pájaros canoros
Que anidan en sus bosques embebece:
El ruido de sus árboles sonoros
Y de sus frescas aguas adormece;
De la brisa en los pliegues incoloros
Estasiado el espíritu se mece:
Todo reposa allí bajo el imperio
De un oriental incógnito misterio.

Encantada ciudad, cuyas historias
Piden del rey profeta el harpa de oro:
Sultana del Genil, cuyas memorias
Evoco á solas y en silencio adoro:
Alcázar oriental de cuyas glorias
Envidioso está el mundo, bien el Moro
Dijo al decir que la mansion divina
Está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal de tu estrellado cielo
Se ve la faz de Dios que centelléa:
No hay quien detrás de tu flotante velo
La omnipotencia de su sér no vea.
No hay quien escrita en tu fecundo suelo
La realidad de su poder no léa;
No hay quien contemple tu nocturna calma
Sin alzarle un altar dentro del alma.

¡Tierra de bendicion! ¿Quién no te adora?
Tierra de amor, en que el placer se anida,
En tus dulces recuerdos se atesora
Toda la gloria de mi inquieta vida!
¿Quién de tí, si te ve, no se enamora?
¿Quién tus noches espléndidas olvida?
Bien hizo el que á tus piés por no perderte
Peleando tenaz buscó la muerte.

Es una noche azul de primavera.
Millones de lucientes luminares
Dan tibia luz à la terrestre esfera ;
De flores aromáticas millares
Alfombran ya la tierra, y la ligera
Brisa en la régia estancia de Comares
Introduce sus vírgenes olores
A través de los áureos miradores.

Sobre cogin morisco reclinada,
Los piés doblados sobre escasa alfombra,
Yace la que de la árabe Granada
Al fin sultana sin rival se nombra.
Rico dosel de seda cairelada
Da á su lánguida faz templada sombra,
Y pantalla chinesca en su penumbra
Guarda el mechero que el salon alumbra.

Es la azucena pálida de Loja :
Es de Aly-Athár la tímida gacela :
Es la muger que, trémula cual hoja
De triste sáuce, duda, ama y recela :
Moraima es, cuyo ánimo acongoja
Pesar secreto que la tiene en vela.
Es la sultana de cabellos de oro
Que el alma hechiza del monarca moro.

Käel, su negro y perspicaz Nubiano,
Yace á sus piés con languidez tendido;
La frente apoya sobre la ancha mano
Fatigado tal vez, tal vez dormido;
Mas la mirada fija del enano
Y la abierta nariz y atento oido,
Al que su instinto y lealtad comprende,
Advierten que sagaz á todo atiende.

En el oscuro camarin, formado
Por la maciza fábrica del muro,
Y en donde se abre el agimez dorado
Que da aire y luz al aposento oscuro
Al estilo de oriente fabricado,
Contempla el cielo otra muger; su duro
Contorno sobre el cielo se destaca,
Pues fuera del balcon el cuerpo saca.

Es Aixa, la despótica sultana,
El genio protector del Islamismo,
Que desde aquella arábiga ventana
Mide del porvenir el hondo abismo.
Genio tenaz, encarnacion humana
De la fé, del valor y el heroismo,
Genio que, á aparecer en otra era,
Mentir á los horóscopos hiciera.

Con el rumor del bosque confundidos
Que sombrea la torre de Comares,
Trae el áura fugaz á sus oidos
Del bullicioso pueblo los cantares.
A sus vasallos quiere entretenidos
Tener el nuevo rey en sus hogares,
Y el mal que sus horóscopos predicen
Cantando olvidan y á su rey bendicen.

Pero Aixa, que jamás en ilusiones
Se adormeció y á quien la edad avisa
De que las populares ovaciones
Tan efímeras son como la brisa
Que su murmullo trae á sus balcones,
Con desdeñosa y lúgubre sonrisa
Su són escucha, que al rayar el dia
Ser puede amotinada voceria.

Todo en la régia cámara reposa:
Agenos al turbion de los placeres
De la morisca corte voluptuosa,
Aquellos tres tan diferentes seres
Tristes meditan. A la fin la esposa,
La mas inquieta de las dos mugeres,
Dando sin duda al pensamiento giro
Distinto, débil ecsaló un suspiro.

Llamó de Aixa la atencion el eco
De aquella ecsalacion enamorada,
Y del balcon dejando el fondo hueco
Fijó en Moraima su glacial mirada;
Y con el tono desabrido y seco
De su voz, á mandar acostumbrada,
La dijo : « Afrenta de las reinas moras,
Espíritu cobarde ¿porqué lloras? »

No lloraba Moraima todavía,
Mas tan duras palabras la preñaron
De lágrimas los ojos. Muda, fria,
Aixa las vió cuando á la faz brotaron
De la débil muger que las vertia.
Las vió, mas conmoverla no lograron,
Y con régio desden á paso lento
Comenzó á atravesar el aposento.

Mas al llegar del arco á los umbrales,
De la alberca en el patio embaldosado
Anunciaron los roncos atabales
Al rey por las sultanas esperado.
Seguido de sus deudos mas leales
Llegó Abdilá para el combate armado :
Sonrió al verle con su arnés mas bello
Aixa, y Moraima se abrazó á su cuello.

« ¡ Tan pronto ! dijo la afligida esposa.
— Ya tarda, dijo la valiente madre.
— Aláh te vuelva !.. murmuró la hermosa :
— Mas si no vences volverá tu padre :
Añadió la Africana vigorosa.
— Antes cristiana lanza me taladre ! »
Dijo el mancebo rebosando enojos,
Y un rayo de rencor brilló en sus ojos.

Entonces la sultana : « En paz os dejo :
(Añadió con voz grave) despedios
A solas, pero ved que no me alejo ;
No me le quites con tu amor los brios
Que necesita. » Y, torbo el entrecejo,
Se sumió en los tortuosos y sombrios
Corredores, dejándoles á solas
Del mar de su afliccion entre las olas.

En silencio abrazados los esposos
Largo espacio quedaron : el esceso
De su dolor en ayes angustiosos
Ecsalaba Moraima, mientras preso
Mantenia en sus brazos cariñosos
A Abú-Abdil : diola él un tierno beso
De su cariño en la efusion sincera,
Diciéndose los dos de esta manera :

BU-ABDIL.

No llores, alma mia: cobra aliento:
Llevo todo mi ejército conmigo.

MORAIMA.

Abdil, tengo el fatal presentimiento
De que no has de volver: yo te lo digo.
He soñado, mi bien, tu vencimiento
Y mi sueño es lëal. Mi dulce amigo,
Manda tus capitanes á la guerra:
Tu eres el rey; no salgas de tu tierra.

BU-ABDIL.

Moraima de mi vida, ¿No comprendes
Que tu congoja mi valor me quita?
Esta salida que evitar pretendes
Es nuestra salvacion. Se necesita
Que el pueblo crea en mi valor ¿entiendes?
El rey ha de ser rey. Ve á la mezquita
A orar; mas oye ¡ oh flor de mis amores!
Delante de mi madre nunca llores.

Mi madre es una reina verdadera,
Cuyo orgullo jamás ha concebido
Que un rey pueda llorar. Tu amor modera
Ante ella y muestra del dolor olvido:
Porque ella, aunque á sus piés morir nos viera,

No ecsalara, Moraima, ni un gemido;
Matar sobre nosotros se dejara,
Mas creyera infamarse si llorara.

MORAIMA.

¿Qué culpa tengo yo de que Aláh santo
Débil muger me hiciera y no sultana
Feroz como ella? Contener mi llanto
No sabré yo ni tarde ni mañana,
Y soñaré de noche con espanto
Que muerto yaces ó en prision cristiana,
Sin mí llorando ó demandando á voces
El fin de tus horóscopos atroces.

BU-ABDIL

¡Calla, Moraima, calla: me estremeces!
Creo que tu ecsaltada fantasía
En la locura te despeña á veces.
Déjale al vulgo que la suerte mia
Juzgue fatal al Arabe, y tus preces
Dirige á Aláh, para que llegue un dia
En que contra ellos la victoria arguya
Y el triunfo mis horóscopos destruya.

¡A Dios! yo parto à pelear ahora;

Mas cálmate, bien mio, porque creo
Que en esta correria asoladora
Voy solo á dar un militar paseo
Y á recoger botin. ¡ A Dios! que es hora
Ya de partir y á la sultana veo.

MORAIMA.

¡ Aláh te guie!

BU-ABDIL.

Hasta volver contigo.

MORAIMA.

¡ Ay ! que no volverás, yo te lo digo.

Esta fué la siniestra despedida
De Moraima y Abdil. Muda y serena
Aixa del corredor á la salida
Se presentó, y á impulso de su pena
Mortal se desplomó desvanecida
Moraima. Partió el rey para Lucena
Y fué su madre á despedirle al muro,
Fiando á Dios el porvenir oscuro.

LIBRO OCTAVO.

DELIRIOS.

الله اكبر ❀

I

¡ Alahuakbar ! ¡ Dios grande ! No sin causa
Llamaron á Bú-Abdil desventurado,
Ni sin razon Moraima el fatalismo
Lloró de sus horóscopos infáustos.
Desdichado en su hogar desavenido,
En sus empresas de armas desdichado
Y en su amor infeliz, siempre implacable
Faltole Dios en cuanto puso mano.
La casa en que nació, la madre que hubo,
El siglo en que à luz vino, todo aciago
Le fué, y á todo cuanto en torno suyo
Vivió sus desventuras alcanzaron.
Dios le puso al nacer dentro del pecho
Un corazon del infortunio blanco,
Y el ambiente fatal de la desgracia
Por do quiera que fué le fué cercando.

Odio de su nacion supersticiosa
Por el temor de sus siniestros hados,
Y por instinto de creencia y raza
Odio á la par del vencedor cristiano,
Vió el mundo sus virtudes sin aprecio
Y su valor inútil sin apláuso,
Y Arabes y Cristianos, por vencido,
A un tiempo sin piedad le calumniaron.
Los Moros olvidándole con ira,
Mirándole con mofa los Cristianos,
Unos y otros infiel en sus historias
Legaron á los siglos su retrato.
Los unos con lo negro de la saña,
Los otros con la tinta del escarnio,
En el cuadro inmortal de la conquista
Su figura rëal emborronaron.
La poesía, empero, cuyos ojos
Escudriñan sajaces lo pasado,
Y en donde quiera que lo encuentra admira
Lo bello y lo infeliz, con entusiasmo
Alumbra su semblante oscurecido,
Y, sus forzadas formas restaurando,
Su noble y melancólica figura
Dibuja con contornos mas esactos.
No es la de un grande rey que el fatalismo
De su sino provoca temerario,
Con el valor del héroe que queda
Por él vencido, pero no humillado :

Es la figura triste de un monarca
Que obedece al impulso de los astros,
Y, sin poderse defender, sucumbe
De su destino bajo el peso ahogado.
No es la robusta encina que se troncha
Del huracán gigante entre los brazos,
Sinó la flor que, abriéndose tardia,
Muere marchita por el cierzo helado.
¡Mísero Abú-Abdil! La historia austera
No halla luz en tu rostro soberano,
Pero la poesía te le alumbra
Con el fulgor del infortunio santo.
La historia te ve rey y sin corona,
Enamorado y sin favor, soldado
Y sin victoria, muerto y sin sepulcro...
¿Dónde hallará su luz para tí un rayo?
—Alahuakbar ¡Dios grande! No sin causa
Llamaron á Bú-Abdil desventurado,
Y con razon Moraima el fatalismo
Lloró de sus horóscopos infáustos.

II

Rico de juventud y de hermosura
Cual de esperanza y de valor sobrado,
Ginete sobre un tordo Berberisco
Salió el rey moro Abú-Abdil al campo.
Reverberan al sol de la mañana
Sus arneses con oro claveteados,
Y se ciernen sobre él como palomas
Las plumas de su espléndido penacho.
En lugar del lanzon que en Bib-Elvira
Se hizo al salir en el quicial pedazos,
Despreciando pronósticos siniestros,
Corvo alfange de Fez empuña osado.
Piafa el brioso bruto en que cabalga,
Fuerza, vapor y espuma respirando,
Mosqueando inquieto con la blanca cola
Sus ricos paramentos africanos;

Y Abú-Abdil sobre la silla diestro
Cabalgador caracolea ufano,
Tan lleno de bravura y gentileza
Como de gloria y de fortuna falto.
Detrás de su pendon tranquilos marchan
Seis mil peones y dos mil caballos,
La flor de la nobleza granadina,
Los campeones del Islam mas bravos.
Por honra del rey mozo, de Granada
Los quinientos mancebos mas gallardos
Para salir con él á esta campaña
Como para un torneo se equiparon.
Vénse tan solo rostros juveniles
En derredor de Abú-Abdil, y el fáusto
De los trages, las armas y jaeces
Turba los ojos y suspende el ánimo.
Quién con el velo de su dama lleva
Hecho el turbante al rededor del casco;
Quién de la suya en el creston prendido
El ceñidor de vírgen en un lazo.
Quién una trenza de cabellos negros
Ata en el hierro del lanzon dorado,
Habiendo prometido devolverla
Empapada en la sangre del cristiano.
¡Qué de garzotas desordena el viento!
¡Qué de colores y reflejos varios
Ostentan los brillantes escuadrones
En sus movibles grupos ordenados!

Desde las torres de Granada al verlos
Ya de la vega en el confin lejano,
Cintas de oro parecen sus hileras
Del sol heridas por los limpios rayos.
Aquella tarde Abdil de las murallas
De la empinada Loja al pié llegando,
Vió lanzarse cien árabes ginetes
Del su enhiesto peñon como milanos.
Sobre caballo indócil del desierto
Que avanza á modo de leon á saltos,
Bajaba á la cabeza de los ciento
El alcaide Aly-Athár, de fé relámpago.
Al ver los Granadinos campeadores
Llegar al fiero triunfador anciano,
Con un lelí de admiracion unánimes
Su anhelada presencia saludaron.
« De Aláh llevamos el favor, dijeron,
Si con nosotros á Aly-Athár llevamos. »
Y lo creen : hace ya setenta lunas
Que es su bandera de Castilla espanto.
El fuerte viejo, que indomable arrastra
El peso colosal de sus cien años,
De ellos el brio y la esperiencia abriga
Bajo el cendal de sus cabellos blancos.
Hijo feroz del Africa, en la guerra
Endurecido, su nervioso brazo
Con un bote de lanza todavía
Al caballero arranca del caballo.

Arabe verdadero en genio y raza
Y del Corán indómito sectario,
Quiere para subir al paraíso
Una escala de cuerpos de cristianos.
Su ecsistencia Aly-Athár pasó con ellos
En lid no interrumpida peleando,
Sin que de amigos ni enemigos reyes
Respetara jamás treguas ni pactos.
Tal es el viejo capitan de Loja:
Tal es el padre de Moraima; amparo
De los Muslimes, vencedor do quiera,
Jamás vencido y por do quier temblado.
Mas ¡ ay! ¿ quién fia en su feliz estrella,
Ciego imprudente junto á sí llevando
La fortuna de un rey de quien los cielos
Abrieron un abismo ante los pasos?
¿ Para quién resplandece estrella alguna
A través de los lóbregos nublados?
Alahuakbar ¡ Dios grande! Hácia Lucena
Marcha Aly-Athár de Abú-Abdil al lado.
Va la saña de Dios delante de ellos:
De Santaella y de Aguilar los pastos
Quedan sin hoja verde, y como lluvia
Corre á sus piés el oro y el ganado.
De Montilla y la Rambla las moradas
Son humo nada mas, y el viento vano
Se lleva sus cenizas, de sus dueños
Sin tumba los cadáveres dejando.

¡Allí van! ¡allí van! Como un torrente
Bajan de las montañas, y su rastro
Siguen manadas de voraces lobos,
Y los buitres sobre ellos van volando.
Allí van : ya las torres de Lucena
Blanquean á lo lejos : espantados
Huyeron los fronteros, ó dormidos
Yacen sin verlos descender al llano.
Todo reposa en la estension desierta :
Las sombras de la noche condensando
Se van, y de los Arabes protegen
La marcha lenta con que avanzan cáutos.
De un silencioso valle en la espesura
Donde abrieron las lluvias un barranco,
Siguiendo de Aly-Athár un buen consejo
El rey Abú-Abdil mandó hacer alto.
Alzaronse las tiendas : en el centro
Metieron el botin, reses y esclavos,
Y esperando la luz del nuevo dia
Se dieron unas horas al descanso.
« Nadie se mueve, dijo el rey : sin duda
Aláh por nuestro bien les ha cegado :
Mañana somos dueños de Lucena
Cuando no por sorpresa, por asalto.
— Así lo espero, Amir; pero reposa
Para lidiar mejor, dijo el anciano
Aly-Athár á Bú-Abdil : duerme tranquilo
Y deja lo demas á mi cuidado. »

Entró Abdilá en su tienda, y apagadas
Las luces que pudieran delatarlos,
Sumidos en silencio y en tinieblas
Los emboscados Arabes quedaron.
Del valle á la salida, en una altura,
Un hombre se apostó tras un peñasco,
Mudo y quieto como él permaneciendo :
Era Aly-Athár que vigilaba el campo.
  Mas ¿ cuyos son los ojos que penetran
De la mente de Dios el denso cäos?
¿Cuya la inteligencia que sorprende
De sus hondos designios el arcano?
Mientras el viejo vigilante guarda
El campamento moro, confiando
En la tranquilidad del enemigo
Su empresa audaz para llevar á cabo,
En el confin del horizonte oscuro,
En una torre que cual punto blanco
Vió Aly-Athár con el dia, una luz roja
Brilló toda la noche. El Africano
La vió, mas sola y sin aumento viéndola,
La contempló brillar sin sobresalto,
Pues vió que no era seña ni atalaya,
En avisos de guerra ejercitado.
A la lejana luz continuamente
Volvíanse sus ojos sin embargo,
No por fundado y racional recelo,
Mas por tenaz presentimiento vago.

« ¿Quién allí velará? » Se preguntaba
A sí mismo Aly-Athár. « Si no me engaño
Aquel es el castillo de Baena,
Pero ausente está de él su castellano.
Si aquella luz fuera señal, seguia
Consigo propio el Musulman hablando,
Ya hubieran las cristianas atalayas
Con otros á su fuego contestado.
¿Quién velará en Baena? » Así pensaba
El viejo Moro al resplandor lejano
Mirando; pero Dios solo pudiera
Ver en tiniebla tal, y á tal espacio.
Y á poder ver el Moro, hubiera visto
Aun castellano capitan que armado
Se asomaba al balcon del aposento
Donde brillaba aquella luz. Debajo
De aquel balcon y tras los gruesos muros
De aquel castillo y en su estenso pátio,
Hubiera visto á combatir dispuestos
Trescientos caballeros: y, apoyados
Los arcabuces en el muro, hubiera
Visto hasta mil peones castellanos,
Que aguardaban las órdenes del hombre
Que estaba en el balcon iluminado.
Hubiera visto luego que otro gefe
Con otros cien ginetes de su bando
Llegaba, y abrazando al que esperaba
Tocaron bota-silla sus soldados.

Todo esto, á poder ver, hubiera visto
Aly-Athár, ó lo hubiera imaginado,
Si su clara y sagaz inteligencia
No oscureciera Dios para estorbárselo:
Mas no vió mas que lo que ver podia ;
Y viendo el dia á clarëar cercano,
Dejó su puesto y de Abdilá en la tienda
Entró, diciendo respetuoso : « Vamos :
Levántate, señor : ya está la aurora
Prócsima, está el camino solitario,
Y es fuerza que á las puertas de Lucena
Aun tiempo con el sol amanezcamos. »
Cabalgó Abú-Abdil : en breve tiempo
Los escuadrones moros se aprestaron
A partir y partieron, á Lucena
En su poder el rey imaginando.

Alahuakbar ¡ Dios grande ! No sin causa
Llaman á Abú-Abdil desventurado,
Ni sin razon Moraima el fatalismo
Lloró de sus horóscopos infáustos.

III

Llora, esposa infeliz : tu amor es ido
Para mas no volver ; preso en Lucena
Se dejará su corazon tu esposo,
Y volverá sin alma cuando vuelva.
Sultana de las flores de Granada,
Llora ; porque en verdad ya no te queda
Mas consuelo que el llanto que derrames
En los amargos dias que te esperan.
Arranca pues, tristísima Moraima,
Tus rizos de oro y sin piedad cercena,
Para hacerte un dogal, de tus cabellos
La rica y aromática madeja.
¡ Llora, madre sin par desventurada !
Ese hijo hermoso á quien con ánsia besas
Nació cautivo para ser : su cuello
Tiene ya la señal de la cadena.

¿Porqué uniste tu amor y tu fortuna
De Abú-Abdil á la fortuna adversa?
¿Porqué tu padre te arrancó de Loja,
Blanca y olorosísima azucena?
¡Feliz de tí si nunca le dejaras!
¡Feliz si nunca, de amistad en prenda,
Tu padre del monarca granadino
Al oriental alcázar te trajera!
Tal vez entonces Aly-Athár, contrario
Al hijo de Muley, solo á la guerra
Le dejara partir, y no quedaras
Cuando su amparo necesitas húerfana.
¿Qué has hecho tú, paloma enamorada,
Víctima para ser de tales penas?
¿Qué has hecho á Dios para atraer los rayos
De su furor á tu gentil cabeza?
¡Ay! harto has hecho respirando el aire
Que de tu rey el álito envenena.
Nada esperes del cielo que maldijo
La raza de Bú-Abdil : nada te resta.

IV

¡Pálida sombra de Moraima! escucha:
Oye mi voz que te habla en las tinieblas,
Y verás con placer que todavía
Hay quien contigo de tu mal se duela.
Ven, triste sombra, ven: Dios, compasivo,
Alas me ha dado como á tí, y la lengua
Me ha permitido hablar que hablan las sombras
Para ir á su region y hablar con ellas.
Ven ¡oh Moraima! El universo duerme:
Desciende en una ráfaga á la tierra:
Yo sé que está tu espíritu en la Alhambra
Y vengo á consolártele: no temas.
¡Gracias, hermosa sombra! Ya te veo
Que sobre un rayo de la luna llegas
A estos escombros que la Alhambra fueron.
¡Ay! ¡sombras solo en su recinto quedan!

Ven; yo te haré de mi ignorada vida
La misteriosa relacion secreta,
Y tú se la dirás á tus hermanas
Cuando al imperio de las sombras vuelvas.
Yo mas tarde que tú nací tres siglos :
Mas no que vivo en mi centuria creas,
No : enamorado de las sombras, vivo
Como tú en el pais de las quimeras.
He venido esta noche á estas mansiones
De soledad y de silencio llenas
Y, aunque tú te creias invisible
Para mí, yo vagar te ví por ellas.
¿Sabes, dulce y quimérica Moraima,
Cuál es la ocupacion de mi ecsistencia?
Pues es no mas la de contar al mundo
De los pasados tiempos las leyendas.
Yo he venido á Granada á demandaros
No mas que á solas me conteis las vuestras,
Para que yo en mis versos armoniosos
A mi egoista edad contarlas pueda.
Y ahora escucha, Moraima, otro secreto,
Que mi callado corazon encierra
Desde el instante en que pisé la Alhambra;
Pero que tus hermanas no le sepan.
Oye : de todas las hermosas sombras
Que los recintos de Granada pueblan,
Tú eres la mas gentil, la mas simpática,
Y la de que mi edad menos se acuerda.

Pues bien, sultana de las sombras, oye :
Yo adoro tu fantástica belleza ;
Yo, que he puesto en las sombras mis amores,
Te amo, y mi tierno amor quiero que sepas.
Cuando, muger, en la region vivias
De los mortales, en mortal tristeza
De los pesares víctïma viviste,
Calumniada te viste con afrenta
De tu estirpe y virtud, vendida esposa,
Madre apartada de tus hijos, sierva
Mas que reina en tu casa, y del mas noble
Y mas valiente de los padres huérfana;
Pues bien, Moraima, ahora que, fantasma,
Vives con otro sér otra ecsistencia
En tu vida de sombra, yo, que te amo,
Una vida mejor quiero que tengas.
Tú serás la sultana de mis cuentos,
Yo en mi läud lamentaré tus penas,
Enjugaré tus lágrimas con flores
Y regaré tu lecho con esencias.
Te llevaré conmigo á los alcázares
En donde tiene su morada régia
La noble, omnipotente poesía,
Que sobre el mundo soberana impera.
Entonces tomarás, como las aúras
De la montaña, transparente, aérea,
Y luminosa forma, y será oscura
A par de tí la nieve de la sierra,

La claridad del alba menos límpia
Que de tu vaga faz la transparencia,
Y la del sol poniente menos rica
Que tu rúbia y flotante cabellera.
Y entonces con desden verás que el mundo
Te reconoce de las sombras reina,
Tu vaporosa aparicion adora,
Y de tu velo azul las orlas besa.

Mas ya comienza á amanecer : al cielo,
Sombra gentil de mis amores, vuela :
¡A Dios, sultana de las sombras! huye :
Yo me quedo cantándote en la tierra.

V

Ya por el horizonte blanquecino
Comienza á despuntar la luz primera
Del sesto dia, en que con hueste brava
El rey Abú-Abdil partió á Lucena;
Y ya, envuelta en un schal de cachemira,
Desde la parda torre de la vela
Tiende su madre los avaros ojos
Por la estension de la tranquila Vega.
Todo es silencio el campo todavía
Iluminado por el alba apenas;
Duermen aún las aves en las ramas
Y cerradas están todas las puertas.
Ningun viviente sèr en lontananza
Comienza el punto de su sombra negra
A acrecentar, sobre el sendero blanco
Por donde de Abdilá se aguardan nuevas.

Fria, impasible al parecer la Mora,
Pero de angustia inesplicable presa,
Silenciosa y sombria se mantiene,
Inmóbil, apoyada en una almena.
Dentro del triste corazon materno
Fiera aunque oculta tempestad fermenta,
Y á sus ojos las lágrimas no suben
Porque en el hondo corazon gotean.
Alguna vez su pié, que el suelo hiere
Con ímpetu, delata su impaciencia,
Y algun suspiro, que fugaz ecsala,
La realidad de su afliccion revela.
Nadie parece aún : el sol brillante
De un dia de temprana primavera
Estiende ya sus purpurinos rayos
Por el verde tapiz de las laderas.
Las cristalinas gotas del rocio,
Que se columpian en la móvil yerba
Mecidas por el áura matutina,
Del sol á los reflejos reverberan.
Ya abandonando su caliente nido
Bulliciosos los pájaros gorgean,
Y estremeciendo de placer sus plumas
A Dios bendicen y su luz celebran.
¡ Cuán hermosa en los campos de Granada
Se ostenta la feraz naturaleza,
Cuando del seno de las sombras sale
Virgen, florida, perfumada y fresca !

Aixa desde la torre su hermosura
Callada y melancólica contempla,
Sin ver en la estension de la campiña
Mas que de Loja la torcida senda.
« ¡ Alahuakbar ! clamó sola creyéndose,
¡ Ya la tardanza de Abdilá me aterra ! »
Y á sus palabras contestó un gemido
Hondo, angustioso : de Moraima era.
Tornó los ojos la sultana madre
Hácia la esposa pálida, y al verla
Con la vista y la faz desencajadas,
Siguió de su visual la línea recta.
¡ Presentimiento de su amor sin duda !
Un punto negro y móvil va con lenta
Vacilacion su forma acrecentando
Sobre el camino que hácia Loja lleva.
Käel, que á los pretiles no alcanzando,
Por la endidura ve de una aspillera,
Fué el primero que un árabe ginete
Reconoció en el punto que negréa,
Y á Moraima con muda pantomima
Esplicó la verdad, que aun no penetra
La vista de las Moras menos clara
Por la edad y las lágrimas en ellas.
« Tiene razon Käel, es un ginete, »
Dijo la madre al fin, sobre las cejas
Formando una pantalla con la mano
Para ver mas sin que la luz la ofenda.

« Es un guerrero, sí, » dijo Moraima
A su enano Käel que la hace señas :
« Es un guerrero de Granada, dijo
Aixa á Moraima, tus colores lleva. »
Es en efecto un caballero moro,
Que á escape las campiñas atraviesa
Sobre un caballo del desierto, y rápido
Como una nube á la ciudad se acerca.
Dos ó tres veces se perdió cubierto
Por los árboles altos de las huertas,
Y apareció otras tantas, mas distinto
Cada vez y mas prócsimo. Las cercas
Dobló de los jardines esteriores,
Cruzó las intrincadas callejuelas
Del arrabal y entró por Bib-Elvira,
Por el vigia al conocerle abierta.
« Vamos á recibirle, » — esclamó Aixa.
« Vamos, » dijo Moraima: y, la escalera
Tomando de la torre, las sultanas
Bajaron de la Alhambra hasta la puerta.
Un momento despues, bajo del arco
De la justicia, la rendida yegua
Del caballero moro desplomose
Ante los piés de su ginete muerta.
Era el bizarro Cid-Kaleb, amigo
De Abú-Abdil, quien respirando apenas
Dobló ante las sultanas la rodilla,
Mas sin poder hablar. En su impaciencia

Hirió Aixa el suelo con la planta y dijo :
« Habla ¿qué es de Bú-Abdil? « Hácia la tierra
Cristiana con la mano señalando,
Respondió Cid-Kaleb. — ¡Allá se queda!
— ¿Muerto? — Cautivo. — ¿Y Aly-Athár? — Sin vida,
Su cuerpo el agua del Genil se lleva.
¡Cayó sobre los Arabes el cielo
Y yacen sin sepulcro en tierra agena! »
Lanzó un grito Moraima, íntimo, agudo,
Honda espresion de su profunda pena,
Y cayó sin aliento entre los brazos
De Aixa, que la abrazó por vez primera.
Lívida, silenciosa, sosteniendo
A la infeliz Moraima con la fuerza
Nerviosa del dolor, quedó Aixa un punto
Los ojos con horror fijos en tierra.
« Alahuakbar ¡Dios grande! » esclamó al cabo;
Y de su rostro por la tez morena
Resbalaron dos lágrimas, dos solas :
¡Mas de lava y de hiel dos gotas eran!

VI

Tórtola blanca de azulados ojos,
Perla robada del peñon de Loja,
Flor de la Alhambra, de su bosque ameno
Cándida corza :

Bella sultana, creacion aérea
De mi alma triste que en los aires mora
¿Dónde me ocultas tus celestes ojos,
Garza paloma?

Pálida estrella cuya luz no veo,
Flor de quien busco el delicioso aroma
¿Dónde eres ida, mi gentil Moraima?
¿Quién te me roba?

¿Qué nube opaca tus estancias ciñe?
¿Qué genio infáusto en su mansion se posa?
¿Porqué es hoy luto y soledad lo que antes
Fué luz y gloria?

¿Qué maleficio de silencio y duelo
De tus estancias el recinto colma,
Que hasta la fuente que corria en ellas
Seca está ahora?

Tus frescos patios de arrayanes llenos,
Tus ricos techos de marfil y concha,
Tus camarines de labor morisca
Yacen en sombra.

¿Dónde tus ojos que alumbrar solian
Tus régias salas, imperial señora?
¿Dónde los sones de tus ya olvidadas
Cántigas moras?

¡Ay! muda oprimes en letargo yerto
Los almohadones de tu umbria alcoba:
Solo tu esclavo te sostiene, solo
Käel te llora.

Duerme : Moraima, en tu letargo, duerme ;
No vuelvas nunca á las amargas horas
Que las vigilias de tu vida aguardan
Tempestüosas.

Duerme y no vayas al salon sombrio,
Donde Aixa escucha de Kaleb á solas
Las de tu padre y de tu esposo aciagas
Negras historias.

Duerme y no vayas : á Kaleb no escuches,
Hija sin padre, sin esposo esposa ;
Su voz aterra, su relato heriza :
Duerme : no le oigas.

Sér vaporoso, creacion de un alma
Que en sombras leves su pasion coloca,
Hada que hechizas de mi amor poético
La fé recóndita :

Ven á mis brazos, de mis sueños hija ;
Ven : dame tu alma que el pesar desola,
Y yo del sueño la hundiré en la sima
Lóbrega y honda.

Yo, que comprendo de las sombras vagas
La lengua pura y la mortal congoja,
Traeré á tu alma aletargada menos
Fieras memorias.

Ven : yo no quiero que tu sér errante
Vague esta noche por las frias bóvedas
De este palacio, que sangrientos sueños
Solo atesora.

Sé que en la angústia de tu afán doliente
Hasta el consuelo de mi amor te enoja;
Mas ven al campo de las almas tristes
Y melancólicas.

Allí dormida soñarás quimeras
Tristes y vagas, pero no angustiosas,
Mientras relatan la fatal leyenda...
Ven : no la oigas.

Mas ¡ ay ! ¿quién puede interrumpir los daños
De los pesares que al mortal acosan ?
Sufre y delira, vagarosa hija
De mi alma loca.

Tórtola triste que en el sauce umbrio
Tu amor perdido solitaria lloras :
Ráfaga helada que el ciprés gimiendo
Lúgubre azotas :

Són temeroso con que el mar airado
Fiero amedrenta la desierta costa :
Eco del viento que las huecas ruinas
Cóncavo asordas,

Dadme de vuestros funerales ruidos
Las mas siniestras y dolientes notas,
Para que en torno de la Alhambra eleve
Fúnebre trova.

VII

ORIENTAL.

Sultana de la alegre Andalucia,
Alcázar de la luz y de las flores
¿Qué fué de la alegría
De tus señores?
Encanto de los ojos
¿Quién causa tus enojos?
Espejo de la luz del medio dia,
Kiosko oriental de excelsos alminares
¿Qué fué de la armonía
De tus cantares?

Bellísima Granada, del cielo favorita,
Tu luz está apagada, tu gloria está marchita :
Los ojos celestiales de tus doncellas moras
Están bajo sus schales llorando largas horas :
Su pecho dolorido suspira sin amores ;
Su voz es un gemido : su lecho hayer de flores
Es lecho de agonía...
Encanto de los ojos
¿Quién causa tus enojos?
Rosal del medio dia,
Nidal de ruiseñores
¿Qué fué de la alegría
De tus señores?

La Alhambra está desierta y oscuros sus salones :
Cerrada está su puerta, cerrados sus balcones ;
Su fábrica altanera la tempestad azota
Y en ella la bandera de Abú-Abdil no flota :
No anuncian la victoria sus áureos alminares :
Los cánticos de gloria, placer de sus hogares,
Son ayes de agonía...
Encanto de mis ojos
¿Quién causa tus enojos?
Rosal de Alejandría,
Remedio de pesares
¿Qué fué de la armonía
De tus cantares?

¡Oh mísera Granada! ¡oh triste reina mora!
¡Oh madre desolada! llora sin tregua, llora!
Tus hijos los mas bravos, amor de tus entrañas,
O muertos son ó esclavos detrás de tus montañas;
Abdil, flor de tus flores, no habita ya en Comares,
Y están tus defensores sin tumba ó sin hogares.

¡Lamenta tu agonía,
Sultana de la hermosa Andalucia!
Mirab sin alminares
¿Quién te dará armonía
Sin tus cantares?
Espejo de la luz del medio dia,
Alcázar de las flores
¿Quién te dará alegría
Sin tus señores?

VIII

Es alta noche ya : muda y desierta,
Yace en tinieblas la oriental Alhambra;
Ni una luz en sus altos agimeces,
Ni un paso, ni una voz en sus murallas.
Granada está á sus piés, como ella oscura,
Muda como ella, triste y solitaria :
Ni una voz en el fondo de sus calles,
Ni una luz en sus lóbregas ventanas.
El peso del dolor y de la afrenta
Y el ambiente letal de la desgracia
La tienen, más que en sueño sumergida,
En profundo sopor aletargada.
El duelo universal que la circunda
Los lamentos inútiles apaga,
Y se oyen los gemidos solamente
En la profunda soledad del alma.

Todo es silencio la morisca corte :
Mas ¿quién no vierte en el silencio lágrimas?
Allí llora la madre por el hijo,
Por el hermano allí gime la hermana :
La esposa llora su perdido esposo,
Su cautivo galan llora la dama,
El amigo la suerte del amigo...
¡Noche horrenda y fatal para Granada!
Todos conocen la sangrienta historia,
Y á su vez la magnánima sultana
Aixa, despues de lamentarla, quiso
Con pormenores ámplios escucharla.
La madre de Abú-Abdil es una altiva
Matrona, digna de la edad romana,
Que en el momento de sentir las penas
Reflecsiona que debe dominarlas.
Entregada á un dolor íntimo y mudo,
Todo el dia pasó sola en su estancia :
Pero se dijo al fin : « Si está cautivo
Pensar debemos en que libre salga. »
Y avisado Kaleb por un esclavo,
Subió de noche al silencioso alcázar,
Donde de oir la desastrosa historia
Le esperaba impaciente la Sultana.
« Habla, Kaleb, le dijo cuando á solas
Se hallaron : cuenta la fatal jornada :
Todo quiero saberlo en esta noche
Y Aláh, Kaleb, me alumbrará mañana. »

Y he aquí que en el silencio de la noche
Relatando Kaleb y oyendo Aixa,
En un salon del patio de Leones
En este punto de la historia estaban.

IX

KALEB

« No era de dia aún cuando empezamos
A salir del barranco, donde á oscuras
Habiamos pasado aquella noche
En profundo silencio. Las hileras
De guerreros, cautivos y ganados
Que cruzaban el valle, parecian
Sobre las sendas cóncavas movibles
Serpientes gigantescas, à la escasa
Claridad de los astros. Los enormes
Peñascos dibujaban sobre un cielo
Apenas azulado los contornos
Deformes de sus crestas, en las cuales
Toda la noche oimos el siniestro
Graznido de los buitres, y el ahullido
Temeroso del lobo, cuyos ojos
Veiamos brillar entre las matas.

Todos eramos hombres avezados
A las escenas de la guerra, pero
Un no sé qué de pavoroso y triste
Nos encogia el ánimo en aquella
Melancólica noche, y caminábamos
En lúgubre silencio: parecia
Que iban á desplomarse los peñascos
Sobre nuestras cabezas, y queriamos
Salir cuanto antes del medroso valle.
Dimos por fin en la llanura: el alba
Comenzaba á clarear y distinguimos
Los almenados muros de Lucena.
Con los cautivos y la presa entonces
Mil peones dejando y cien ginetes,
Avanzamos, creyendo sorprenderla,
Sobre la villa. Abú-Abdil, seguido
De un escuadron de jóvenes valientes
Y ansiosos de renombre, se metieron
A escape por las huertas y arrabales.
Ni un sér viviente se encontraba en ellos,
Ni se abrió una ventana ni una puerta.
Prevenidos sus cautos moradores
Se habian encerrado en el castillo.
¡Mas Aláh estaba allí!... Su faz airada
Brilló tras de los muros y, en el punto
En que tiñó la luz el horizonte,
Se cubrieron de cascos de cristianos,
Y una lluvia de dardos y de piedras

Cayó sobre nosotros : los clarines
Y tambores cristianos atronaron
El viento, y la bandera de Castilla
Se desplegó con insolente orgullo.
« ¡ Al asalto ! » gritó con voz de trueno
El rey Ábú-Abdil, con una trompa
Haciendo la señal. En el instante
Se cubrieron de escalas las murallas,
Y los turbantes moros blanquearon
Envueltos con los cascos de Castilla
Encima de los cóncavos adarves.
¡ Ay! Aláh estaba allí contra nosotros,
Sultana : era un leon cada cristiano,
Y los genios impuros del abismo
Peleaban por ellos aquel dia:
Sus hachas y sus mazas con horrible
Martilléo caian en las frentes
De los escaladores, y rodaban
Al foso con estruendo los cadáveres.
« Señor, dijo Aly-Athár á vuestro hijo
Que rugia de saña: es necesario
Retirar nuestra gente : prevenidos
Estaban, mas la tierra está tranquila
Y no han hecho señal las atalayas.
No tienen pues socorro, y con un sitio
De un solo dia se darán. » Oyose
Tocar á recojer y comenzamos
A cejar. Una niebla blanquecina

Traida por un viento de occidente
Enlutaba la atmósfera, impidiendo
Ver á largas distancias. Los peones
Que custodiaban el botin, mirándonos
Volver, picaron las revueltas reses
Y comenzaron á marchar, creyendo
Ya abandonada nuestra empresa. Ahora
Dispénsame, sultana, si el desorden
De mi dolor confunde mis palabras,
Porque de mis ideas el tumulto
No las deja mejor brotar del labio.
¡Ay! ¿cómo te diré lo que quisiera
Olvidar para siempre? » — Sofocada
Aquí la voz del Arabe, tomaron
Una espresion siniestra sus miradas;
Sus músculos temblaron sacudidos
Por interior agitacion, su cara
Palideció, y al fin con hondo acento
Y en el dialecto gutural del Africa,
El lento é inarmónico relato
Continuó así de la fatal jornada,
Ora bajando el tono, ora elevándole
Conforme la pasion que le agitaba.
¡Y era espantoso de escuchar su cuento,
Y espantosas de ver sus exaltadas
Actitudes y gestos, inspirados
Por el rencor, la afrenta y la venganza!
« En medio de la niebla, como turba

De maléficos genios, los cristianos
Salieron à nosotros : no les vimos
Hasta que atravesados por sus flechas
Cayeron los Muslimes. Su caballo
Revolvió el rey al punto, y todos dimos
La cara á aquellos perros, que salian
Por detrás á mordernos. Ya en desórden
Les teniamos puestos cuando, el aire
Rasgando una trompeta castellana,
Nos sentimos cargar por la derecha
Por una tropa de ginetes : íbamos
A volvernos allí cuando, en el monte
Que á nuestra izquierda se elevaba, oimos
Un clarin italiano, y cada encina
Brotó un cristiano caballero. Entonces
Con tan distintas señas confundido
Dijo Aly-Athár al rey : « Esa trompeta,
Señor, es Italiana : el estandarte
Que traen aquellos otros no le he visto
En batalla jamás : el mundo entero
Creo que viene aquí sobre nosotros. »
¡ Alahuakbar ! ¡ Sultana, estaba escrito !
Cejabamos lidiando, en la esperanza
De unirnos á los nuestros : mas al punto
De mirar hácia atrás vimos quetodos
Huian por los montes, torpemente
El inmenso botin abandonando.
« ¡ Volved, gritaba el rey corriendo á ellos,

Volved desventurados y á lo menos
Sabed de quien huís. » ¡ Voces inútiles !
Otro tambor, doblando en la angostura
Por donde huian, aumentó su miedo
Y dieron como ciervos espantados
A correr por el valle. ¡ Aláh potente !
Obligados á huir los que quedábamos
En rededor del rey, le circuimos
Y volvimos la espalda, descendiendo
Hasta un angosto paso de la sierra :
Un peloton de nobles Granadinos,
Caballeros leales que volvian
A buscar á su rey, en él hallamos
Protegiendo á los últimos peones
De nuestro bando. El rey volvió la cara
Al llegar á la cóncava angostura,
Y en un estrecho llano deteniéndose
Nos dijo : « Retirémonos como hombres
Que ceden á la suerte, mas no huyamos
Como cobardes que la muerte temen. »
Y metiendo al caballo las espuelas
Cargó sobre los perros Nazarenos
Que nos seguian : á ampararle todos
Nos lanzamos tras él, y los cristianos,
Desordenados al tremendo empuje
De los caballos árabes, nos dieron
Tiempo para ganar las angosturas
Donde en estrechas sendas imposible

Les era acometernos ; y emprendimos
La peligrosa retirada á Loja.
Los enemigos pronto rehaciéndose
Entraron tras nosotros en la hondura
Pisandonos las huellas ; cinco leguas
Combatiendo y marchando recorrimos
Hasta el valle fatal de Algarinejo.
Aquí el Genil, con las crecidas ancho,
Segunda vez detuvo nuestra marcha :
Nos arrojamos á vadearle y salvos
Nuestros caballos á sacarnos iban
Nadando vigorosos, cuando vimos
Con ira y con terror que, á la ribera
Bajando en rigurosa disciplina,
Salia á recibirnos en sus lanzas
Otro escuadron cristiano, como un muro
De hierro levantado en el camino.
Su gefe, el gigantesco D. Alonso
De Aguilar, á su frente sonreia
Mirándonos salir de entre las aguas
Con placer infernal ; yo le habia visto
En mi cautividad y le tenia
Bien presente. Dió el grito de ¡ Santiago !
Y aquel muro de hierro se nos vino
Como un témpano encima. La pelea
Fué horrenda. Con el agua á la cintura
Los mas, mucha la ira, el suelo escaso,
Vinimos á las manos arrojando

Las inútiles lanzas y acudimos
A los alfanges y puñales; rojas
Iban á poco del Genil las aguas.
Yo peleaba junto al rey : su brazo
Era un rayo : sus ojos chispeäban
Como carbones encendidos : sangre
Le brotaban los labios que rabioso
Se mordia, y hendiendo, atropellando,
No con la voz, con el esfuerzo heróico
Nos animaba á combatir sin tregua,
Para morir con honra ante su vista.
Mas he aquí que un cristiano que caido
Se halló bajo de mí, tal vez creyendo
Que era yo el rey por mi caballo blanco,
Le cortó los jarretes; dió un bramido
El generoso bruto, y desplomándose
Cayó sobre mi cuerpo, en torno mio
Una laguna con la sangre haciendo
Que sus arterias rotas derramaban.
Pasaron sobre mí cien y cien veces
Amigos y enemigos, sin que fuera
Posible levantarme. Entonces, Aixa,
¡ Aláh lo olvide ! blasfemé, escupiendo
Al cielo sin piedad para los Arabes:
Y allí tendido, ahogado bajo el peso
De los que sobre mí cayendo iban,
Y recibiendo en mi lugar la muerte
A quien en vano á voces invocaba,

Ví caer á Aly-Athár, bajo el mandoble
De Don Alonso. Con la frente hendida
A un tajo de su brazo formidable
Cayó, mas sin soltar la cimitarra
Aly-Athár en el rio, y su cadáver
Las turbias ondas del Genil sorbieron.
¡En el Edén los justos le reciban!
Los que lidiar y perecer le vieron
Su muerte llorarán mientras que vivan.
Con él se hundió el valor de los Muslimes;
Cuarenta caballeros que lidiaban
Con el rey, le digeron á mi lado
Defendiéndole: « Sálvate: nosotros
Moriremos por tí. » Yo ví el semblante
De tu hijo surcado por dos lágrimas,
Volverse á aquellos fieles caballeros
Y lanzarse otra vez en la pelea
Para morir con ellos. ¡Oh sultana!
Tu hijo es un rey valiente que combate
En la primera fila: es un rey noble
Que defiende á los suyos; pero temo
Que sus tristes horóscopos se cumplan:
Dios le abandona á su fatal estrella,
Y por mas que su aliento soberano
Prodigios hace de valor humano,
La fuerza de su sino le atropella.
  Persuadido por fin de que era inútil
Ya su ostinada resistencia, tu hijo

Arrojándose al agua, á su corriente
Se abandonó; mis ojos le siguieron
Con indecible afán: le ví alejarse:
Le ví tocar en la ribera opuesta,
Ví caer su caballo moribundo,
Y le ví vacilante de fatiga
Meterse en un jaral; le creí salvo.
Mas ¡ay! á poco junto á mì sin armas
Le ví pasar, á la merced de un gefe
De quien iba cautivo. En su cimera
No habia ya una pluma, ni una hebilla
Que encajara en su arnés roto en cien partes.
Lleno de sangre y de sudor el rostro,
Reconocile apenas: como un sueño
Le ví alejarse, y el pesar, la ira,
La vergüenza, el cansancio, me prensaron
De angustia el corazon... pasó una nube
De sangre ante mis ojos y, en la arena
Caer dejando la cabeza inerte
Que para verle alcé, me eché sin pena
En los brazos del ángel de la muerte.»

Calló Kaleb y, el rostro con las manos
Cubriéndose, lloró. Torva, sombria,
La sultana clavó sus negros ojos
En el suelo, las lágrimas apenas
Pudiendo contener que en las pupilas

Sentia aglomerársela, y gran trecho
Sin pestañear inmóbil se mantuvo
Porque no se la huyeran de los párpados.
Tragoselas al fin, y sobre el hombro
Poniendo de Kaleb su mano ardiente,
Dijo : « Bien ¿Y qué mas? » El moro alzando
La cabeza y mostrando su semblante,
Que surcaban las lágrimas, repuso :
« ¿Qué mas he de decirte? Anochecia
Ya cuando en mi torné. Tendí los ojos
En rededor : cubierta la rivera
Estaba de cadáveres : los buitres
Aguardaban la ausencia de la vida
De algunos que aun luchaban con la muerte
Para cebarse en ellos, y en las breñas
Ahullaban ya los lobos. Mi caballo
Con las postreras ansias revolcándose
Se separó de mí, y á sus esfuerzos
Desesperados, de los cuerpos libre
Que pesaban sobre él, me habia dejado
Libre tambien á mí. Tendí mis miembros
Entumecidos y probé mis fuerzas.
Al movimiento que hice, ví los ojos
De un Arabe tendido en mí fijarse.
Era el valiente Ben-Osmin ; el pecho
Tenia atravesado por un dardo
Que no pudo sacarse, y espiraba
Con el valor sereno de los héroes.

Me conoció y al verme en pié llamóme :
« Toma (me dijo el infeliz), si vives
« Y vuelves á Granada, da esa trenza
« De sus cabellos á Jarifa, y dila
« Que es mi sangre la sangre en que empapada
« Se la envio, y que ya no espere verme
« Sinó en el paraíso ; » y alargándome
La trenza con la mano ensangrentada,
« Toma, » me dijo y se tendió, cerrando
Los ojos para siempre. Apoderarme
Logré al fin de un caballo sin ginete,
Y echando por lo espeso de la sierra,
Corrí en un dia lo que anduve en siete,
Hasta salir de tan infáusta tierra. »

« ¡ Alahuakbar ! Dios es de los destinos
Señor, esclamó Aixa. Ven mañana
Al trasponer el sol á este aposento :
Temo á los inconstantes Granadinos
Y necesito meditar mi intento :
Mañana le sabrás. — A Dios, sultana. »
Dijo Kaleb, y hácia la puerta un paso
Dió : mas al levantar de su cortina
El cairelado azul pérsico raso,
Permaneció Kaleb sin movimiento,
Cual si viera en la cámara vecina
Alguna aparicion. Su macilento

Rostro volviendo á él, dijo la Mora :
« ¿ Qué es lo que tal admiracion te inspira ? »
Kaleb, ante su vista indagadora
Descorriendo el tapiz, la dijo : « Mira. »

X

Mas pálida que el mármol de la fuente
Donde apoya su brazo nacarino,
Mas triste que la voz con que doliente
Gime en la costa el pájaro marino
Cuando cercano el temporal presiente,
En la ancha pila del jardin vecino
Contemplaba Moraima silenciosa
La triste imágen de su faz llorosa.

Suelto el cabello, que á merced del viento
Por los desnudos hombros ondulaba,
En el agua, al reflejo amarillento
De una lámpara de oro, se miraba.
Su cuerpo sin accion, sin movimiento
Sus enclavados ojos, semejaba
Su blanca y melancólica figura
Añadida á la fuente una escultura.

A la luz que su lámpara destella
Su rostro con asombro contemplaron
Aixa y Kaleb, y con callada huella
A la infeliz Moraima se acercaron
Solícitos : mas ¡ ay ! inmóbil ella
Ni les vió ni sintió cuando llegaron :
« Duerme, dijo Aixa que tenáz la mira :
— No duerme, dijo el Arabe : delira. »

« Delirando, Moraima el ojo atento
« De la taza de mármol no quitaba,
« La imágen de su rostro macilento
« Contemplando que el agua reflejaba ;
« Y al fin con un suspiro y con acento
« Cuya tristeza el alma traspasaba,
« Con el mirar en ella siempre fijo
« Asi á su imágen transparente dijo :

« ¿ Quién eres tú que pálida me miras
« Debajo de la trémula corriente ?
« ¿ Quién eres tú que como yo suspiras
« Con triste faz y en ademan doliente ?
« ¿ Eres algun espíritu que giras
« Por los senos del agua transparente,
« En pós del bien á quien perdido lloras,
« Y en el lugar en que se oculta ignoras ?

« ¡ Ay ! no le busques sombra enamorada:
« No te fatigues mas, alma perdida.
« Vete, sombra : ya amor no hay en Granada :
« Alma, vete : en Granada ya no hay vida.
« Mira : yo estoy tambien abandonada
« Como tú, y en el alma estoy herida :
« ¡ Ay ! yo busco tambien á los que adoro
« Y el sitio en donde están como tú ignoro.

« Mas ¿ por ventura buscas á tu esposo ?
« ¿ A tu padre tal vez ? Los dos se han ido.
« El cielo estaba oscuro y tempestuoso,
« Rugia el huracán cuando han partido.
« Iban á pelear : era forzoso :
« La tempestad allá les ha cogido...
« ¿ Padres y esposos buscas ? ¡ insensata !
« Míralos... el Genil les arrebata.

« Vete pues : aun no han vuelto de Lucena.
« Mas ¿ porqué así me miras, sombra vana ?
« No me mires así : me causas pena.
« ¿ Quién eres ?... mas ¿ te ries ? ¡ Ah villana !
« ¡ Tú eres alguna esclava nazarena !
« Sí, sí : ¡ tú eres la pérfida cristiana,
« Que me le hechiza el corazon ahora
« Con su infernal amor !... toma, traidora. »

Dijo y tiró la lámpara á la fuente :
Con hueco són al sumergirse en ella,
El agua helada salpicó su frente.
Quedó en tinieblas el jardin : la bella
Y enamorada aparicion doliente
Se disipó, sintiéndose su huella
Primero del jardin entre las flores,
Y luego en los sombrios corredores.

LIBRO NOVENO.

PRIMERA PARTE.

كنت بالامس كبدر طالع
وانا اليوم كنجم قد هوى ※

Yo era ayer como luna llena y esplendorosa,
y hoy soy como estrella que desaparece.

Azz-Eddin Elmocaddessi.
(Trad. lit.)

INTRODUCCION.

¿Qué sabe el corazon lo que desea?
¿Qué sabe de su mal ni su ventura?
Nada le satisface que posea:
Cuanto no tiene poseër procura;
No hay fealdad que, como agena sea,
No tenga para sí por hermosura:
No tiene bien que mal no le parezca,
Imposible no ve que no apetezca.

Tál anhela respetos y se infama:
Tál blasona de honor y se envilece;
Aquel cree que aborrece lo que ama,
Cree que repugna aquel lo que apetece;
Este recoje lo que aquel derrama,
Consigue el otro lo que no merece;
¡Oh miserable corazon humano,
Como de polvo vil mísero y vano!

¡Mísero corazon que juzga eterno
Todo lo deleznable y quebradizo,
Y sumiso lo adora y lo ama tierno;
Que ciego, pertinaz, antojadizo,
Equivoca el Edén con el Averno
Y el milagro rëal con el hechizo!
¡Mísero corazon que diviniza
Todo lo que es como él polvo y ceniza!

¿Quién dijo: « no lo haré » que no lo hiciera,
Ni quién « no lo amaré » que no lo amara?
¿Quién hubo que por ver no se perdiera,
Ni quién que por burlar no se burlara?
¿Que aficion no empezó débil quimera
Y no acabó pasion que avasallara?
¡Mísero corazon que nada sabe,
Y de quien solo Dios tiene la llave!

Una carta, un recuerdo ó un suspiro
Hacen en sus instintos y aficiones
Tomar al corazon diverso giro,
Distinta fé, distintas opiniones.
Unas horas de ausencia ó de retiro
Cambian las simpatías en pasiones,
Y un dulce y solitario pensamiento
Da á una pasion volcánica alimento.

Una pasion que cambia nuestra esencia,
Una pasion que va con nuestra vida,
Que corröe voraz nuestra ecsistencia :
Por cuyo ardiente amor todo se olvida,
El deber, el honor y la conciencia,
El padre tierno y la muger querida :
Una pasion que forma nuestra suerte,
Nuestra fé, nuestra vida, nuestra muerte.

Y esa pasion preñada de misterios,
De crímenes tal vez é infamias llena,
Que pierde las familias, los imperios,
Que las almas sacrílega condena,
Es la historia de entrambos emisferios :
Oña, Clorinda, Deyanira, Elena,
Cleopatra, Raquel, Dido y Lucrecia,
Son las de España, Italia, Egipto y Grecia.

¿Qué cosa empero es el amor? Se ignora.
Es un grande placer ó un dolor grave,
Que dicha ó mal eternos atesora.
¿Cómo viene ó se va? Nadie lo sabe.
Aparece y se extingue en una hora :
En ningun sér está y en todos cabe;
Los poetas le cantan y le cuentan :
Los pueblos le maldicen y lamentan.

Dios, sin embargo, dárnosle no pudo
Como pasion desoladora y fiera;
Sinó de la tristeza para escudo,
De esperanza y de fé como bandera.
Dios no creó el amor torpe y sañudo
Que desola, emponzoña y desespera,
Sinó el amor feliz, íntimo y tierno,
Memoria y prenda de su amor eterno.

El hombre imbécil, cuya torpe mano
Mancha é impurifica cuanto toca,
Fué el que hizo de un instinto soberano
Una pasion desaforada y loca.
Del hombre ha sido el corazon villano,
Del hombre ha sido la profana boca,
Los que el dón mejor del alto cielo
Han hecho un gérmen de miseria y duelo.

De ella luego el infierno apoderado,
Contra el hombre volvió sus beneficios :
Hechizó al corazon enamorado
De su amor con los torpes maleficios :
Le arrastró con su amor desesperado
A los mas insensatos sacrificios,
Y le inmoló su honor, su fé, su calma,
Y, renunciando á Dios, vendió su alma.

Misteriosa pasion devastadora,
Inesplicable, incomprensible, insana,
Voy á lanzarme en tu region ahora.
Yo, en el templo de amor alma profana,
Yo, cuya inspiracion amó hasta ahora
Las bellas sombras de la edad lejana,
Voy á hundirme en la sima en que se encierra
El infierno á que amor llama la tierra.

Pasion irresistible, cuya esencia
Se compone de hiel y fuego y lava,
Cuyo instinto feróz con complacencia
Al alma ve del corazon esclava,
Cuyo aliento letal de la ecsistencia
Consume el gérmen y el vigor acaba,
Vil pasion de la fé competidora,
Tú sola puedes inspirarme ahora.

Ven, pues, á germinar en mi garganta
El secreto poder de los hechizos
Con que tu mágia al universo encanta :
En mis palabras pon los bebedizos
Con que al amor tu espíritu amamanta,
Con que hace á los creyentes tornadizos ;
Para cantarte, en fin, pon en mi seno
De tu esencia infernal todo el veneno.

Corazon de Boabdil, ante mis ojos
El libro pon de tu secreta historia:
Dame á leer los sueños, los antojos
Que te hicieron perder imperio y gloria,
Que de Dios te atrajeron los enojos,
Que mancharon tu vida y tu memoria,
Que te dieron al fin fatal y oscura
Muerte sin funeral, ni sepultura.

¡Venid á mis conjuros, yo os evoco,
Sombras enamoradas de Baena;
Almas á quienes dió por su amor loco
Lecho la eternidad, la vida pena;
Tú, hermosa, á cuyo amor faltó bien poco
Para abrazar traidor la fé agarena,
Y tú, africano rey, cuya alma insana
Vendió su corazon á una cristiana.

A la vida volved por un momento:
Recobrad vuestro sér á mi conjuro,
Vuestra faz, vuestra voz y movimiento:
Mas solo lo poético y lo puro
De vuestro sér tomad, y al pensamiento
Mostraos á través del tiempo oscuro
Como fantasmas blancos y alhagüeños,
Cual sombras puras de encantados sueños.

Descuella del castillo de Baena
La torre superior del homenage
Sobre las otras torres de su fábrica,
Cual pino herguido sobre humildes sáuces.
Compónese esta antigua fortaleza
De un vasto quadrilátero que, iguales,
Flanquean cuatro torres, que en sus ángulos
Colocadas se ven y equidistantes,
Y á las que unen de robustos muros
Cuatro sólidos lienzos, segun arte
Militar de aquel tiempo, coronados
De almenas, aspilleras y baluartes.
De cada lienzo en la estension, esbeltos,
Cuatro torreoncillos sobresalen,.
Que á la par que duplican la defensa,
Dan adorno á su fábrica elegante.

Estos lindos y aéreos torreones
Del muro en la mitad toman arranque,
Y en él apoyan sus ligeros cubos
Rematando en graciosas espirales,
Y, en el muro colgados, asemejan
Borlones de arabesco cortinaje,
Y sus cabezas almenadas nidos
De cigüeñas y de águilas rëales.
En medio de esta fábrica se eleva
La torre principal, de la que parten
Cuatro arcadas que, uniéndola á los muros,
Su comunicacion mantienen fácil.
Dividida en dos cuerpos esta torre,
Concluye el inferior en un adarbe
Sobre el que cuatro puentes levadizos
Dejan aislada la maciza base;
De modo que si en caso de un asalto
Los muros esteriores se ganasen,
Aun quedaran sus bravos defensores
Señores de su centro inexpugnable.
Del cuerpo superior se alza orgullosa
La cabeza magnífica y gigante,
Ceñida de almenados torreones
En que ondea de Cabra el estandarte:
Y le cerca, partido por los puentes,
Hermoseando los sólidos adarbes,
Un cinturon de huertos y jardines,
Cópia gentil de los pensiles árabes.

Recreo de sus nobles Castellanos,
Cuando tiempo les dejan sus afanes
Guerreros ó políticos, en ellos
Se entregan á domésticos solaces.
La condesa de Cabra al fin del dia
A sus floridos cenadores sale,
Y sus hijas en ellos de preciosas
Plantas cultivan tiestos à millares.
Y desde lejos á las dos hermanas
Viendo vagar entre sus flores y árboles,
Tal vez las cree el patan supersticioso
Del castillo los genios tutelares.

Tal es la fortaleza de Baena
Cuya historia es famosa en los romances,
Y á cuya antigua fábrica del mio
La descosida narracion nos trae.

II

Es una noche clara en que ilumina
El firmamento azul la luna llena,
Con esa luz templada y argentina
Que estiende por la atmósfera serena
Un velo de fantástica neblina.
Las torres del castillo de Baena
Vense á su tibia claridad distintas,
Tomando en ella nacaradas tintas.

En paz reposa el señorial castillo ;
Todo tranquilo en su recinto calla:
Del vigía que vela en el rastrillo
Y el centinela puesto en la muralla,
De las móviles armas rádia el brillo :
Todo cerrado y barreado se halla;
No hay mas que una ventana que no encaje
En la torre feudal del homenage.

De ella asomado á la robusta reja,
Contempla la campiña un prisionero,
Y á su ánima vagar por ella deja
Dando un solaz mezquino y pasagero
Al rudo afan que el corazon le aqueja,
Y al pié de su ventana un ballestero
Vigila en el adarbe, murmurando
La estrófa de un cantar de cuando en cuando.

Mas no es tan solo al campo á lo que mira,
Sin duda el melancólico cautivo;
Ni es para la afliccion con que suspira
La libertad el solo lenitivo.
Lo que espera no es, ni á lo que aspira,
Seña esterior, ni á verse fugitivo:
Su esperanza tal vez está pendiente
En un balcon del torreon de oriente.

De él su mirada pertinaz no quita,
De su reja teniéndole frontero:
Mas que sorprenda cuidadoso evita
Su mirada el sombrio ballestero,
Cuya curiosidad acaso escita
La vigilia tenaz del prisionero,
Es ya empero la noche bien entrada
Y nada justifica su mirada.

La media noche al fin cantó el vigia,
Cuando he aquí que del balcon del muro
Lentamente se abrió la celosia;
Hundióse de su cárcel en lo oscuro
Al ver el prisionero que se abria,
Y á poco en la region del aire puro,
De una guzla morisca acompañada,
Se derramó una voz à ella acordada.

Y bien fuera por seña convenida,
O por acaso inmeditado fuera,
La guzla tras la reja fué tañida,
Del balcon al abrirse la vidriera:
Mas entonada por azar ú oida
Desde el balcon por alguien que la espera,
El cautivo esta cántiga entonaba,
Y hasta el balcon el viento la llevaba.

SERENATA MORISCA.

ESTRIVILLO.

Azucena—de Baena,
Abre tus hojas al sol del dia:
Desdeñosa—Nazarena,
Abre á mi canto tu celosia:
Abre, sultana del alma mia.

1ª

Sultana hermosa de los jardines,
Ramo de mirra, tazon de flores,
Bajo la huella de tus chapines
Nacen rosales, mirto y jazmines:
En cuyas ramas llenas de olores
Hacen su nido los colorines,
Duermen los genios de los amores,
Y buscan sombra los serafines.
¿Dónde hay belleza de criatura,
Que se compare con tu hermosura?
Tienes el cuello airoso
De la paloma,
Y el aliento oloroso
Como el aroma;
Tus ojos puros
Son ojos de gazela,
Dulces y oscuros.
Cristiana bella,
Por ver un rayo de tu mirada,
Sentir tu aliento, seguir tu huella,
Yo te daria
El mejor cármen de mi Granada,
Mi mejor torre de Andalucia.

ESTRIVILLO.

Azucena—de Baena, etc.

2ª

Sultana, hermana de las huríes,
Que los jardines del cielo moran,
Tus dos mejillas son carmesíes
Como granadas que se coloran;
Tus labios rojos como rubíes,
Y me parecen cuando sonries
Los dientes puros que en sí atesoran,
Corderos blancos entre alhelíes.
¿Quién es el hombre que te merece?
¿Quién la que hermosa te se parece?
Tu cintura es esbelta
Como las palmas,
Tu cabellera suelta
Red de las almas;
Suave tu acento
Como el rumor del agua,
Y el són del viento.
Cristiana hermosa,
De tus cabellos por solo un rizo,
Por tu sonrisa mas desdeñosa,
Yo te daria
Mi castillejo mas fronterizo,
Mi mejor puerto de Andalucia.

ESTREVILLO.

Azucena—de Baena, etc.

3ª

Si tú admitieras, linda cristiana,
Las verdaderas creencias mias,
A mi suntuosa corte africana
Como mi esposa me seguirias.
Tendrias fiestas todos los dias,
Sortija y toros cada semana,
Y en mis palacios habitarias
De mis vasallos como sultana.
¿Quién no te hablara puesto de hinojos?
¿Quién en tí osara poner los ojos?
Garza sobre una peña
Mal anidada,
Ven conmigo á ser dueña
De mi Granada.
Vuela sin ruido,
Las torres de la Alhambra
Serán tu nido.
Bella cristiana,
Si te vinieras á ser mi esposa,
Para que fueras sola y sultana,
Yo te daria
Para tu esclava mi alma amorosa,
Para tu alcázar mi Andalucia.

ESTRIVILLO.

Azucena—de Baena

Abre tus hojas al sol del dia :
Desdeñosa—Nazarena,
Ven á ser reina de Andalucia.
Ven ¡ oh sultana del alma mia !

Asi dando la voz y el instrumento
El amante cantar por concluido,
Calló la guzla y espiró el acento :
De sus últimas notas el sonido
Fugaz el eco remedó en el viento
Con un suave y dulcísimo gemido,
Y al perderse en el aire la armonía,
Se cerró del balcon la celosía.

NOTAS.

NOTAS DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO CUARTO.

(1) Rawies de romances narradores
Al compás de la guzla.

Los Orientales estiman mucho estos bardos, que aun hoy entretienen con sus cantares las largas horas de la noche en los palacios de los príncipes y en las casas de los ricos. A veces estos rawies son esclavas ó favoritas de estos magnates, las cuales recitan al són de la guzla los versos de los poetas árabes y persas. La palabra arabe es راوى rawi, la cual casi nunca se usa en plural.

(2) Alahuakbar.

Alahuakbar الله اكبر — ¡Dios sumo! Espresion de dolor ó admiracion entre los Arabes. Los escritores europeos traducen *Dios es grande*; pero el comparativo اكبر no tiene realmente traduccion en castellano. En latin, *Deus maximus*.

(3) La mora multitud, aunque villana,
Civilizada.

En el libro 1.º de mi poema he dicho :

Pues por hijos de bárbaros osada

Vuestra historia nos dá, sea en buen hora :
No esa bárbara estirpe renegada
Será por mí.

Los estrangeros, en general, creen que los Arabes españoles eran una raza tan ignorante y salvage como los Arabes argelinos y marroquíes de hoy. El desden injusto con que miran nuestro pais, la poca conciencia con que estudian y tratan sus cosas, y la rapidez con que viajan por él, en este siglo de globos y de vapor, y tal vez sus miras políticas, impiden que se propaguen rápidamente sus conocimientos sobre nuestra patria; de modo que personas que en Francia, Inglaterra y Bélgica pasan por instruidas, y á quienes he leido parte de los manuscritos de mi poema, se han manifestado admiradas al comprender que mientras las razas europeas de la edad media, armadas de hierro, yacian en las tinieblas producidas por sus feroces y guerreras costumbres, entre las razas moras de Córdoba y de Granada florecian sábios, artistas y poetas, los cuales producian libros y monumentos que proclaman su civilizacion y eternizan su memoria. Para estos estrangeros, en general, añado estas notas históricas demasiado difusas, y casi enteramente inútiles para los Españoles. Y aquí, pues viene á propósito, aprovecharé la ocasion de advertir *á mis amigos* que se ocupan caritativamente de mis cosas, que habiendo yo prometido al público mi poema, dividido en tomos de trescientas páginas, tengo cuidado de que sus notas no entren en este número, empezando siempre despues de la trescientas una.

De la *Historia de Granada* del Sr. D. Miguel Lafuente Alcántara tomo las siguientes noticias sobre la civilizacion árabe del reino de Granada en el siglo XIV :

El reino de los moros estaba reducido con poca diferencia al espirar el siglo XIV al territorio que hoy com-

prenden las tres provincias de Almería, Granada y Málaga. Si bien los reyes Alhamares tenian motivos para deplorar los estrechos límites de su monarquía, comparada con el imperio de los Abderramanes y de Jusef el Almoravide, podian consolarse con la idea de que reinaban en uno de los países mas deliciosos de la tierra, y que regian el pueblo mas industrioso, mas bravo y mas civilizado de la Europa. En su corte brillaban el lujo y las artes, y tenian un asilo los placeres; la naturaleza habia derramado en sus estados los dones de la abundancia, y la particularidad de estar casi todo el país erizado de montañas, era ventajosa para contener al enemigo, y reponer las pérdidas que ocasionaban en las fronteras sus correrías incesantes. La civilizacion granadina aparece sin embargo fantástica ú oscura, y al buscar en la historia de España su verdadero orígen, su desarrollo y su apogeo, desmaya el ánimo al descubrir el velo del error extendido aun sobre acontecimiento tan memorable. En este capítulo suspendemos la aciaga narracion de batallas, crímenes é infortunios, y consagramos nuestra pluma á describir el estado de un imperio floreciente, y la gloria de unos reyes que, aunque moros, fueron españoles, y merecieron la palma de los genios felices que han contribuido á civilizar el mundo.

Los límites del reino, al morir Jusef III, comenzaban en las márgenes del Guadiaro junto á Gibraltar, y seguian por las vertientes occidentales de la sierra de Ronda. Los campos de Jimena, Hardales, Antequera, Archidona, Iznajar, Alcalá la Real, Torre Campo, La Guardia, Bedmar y Quesada formaban la línea fronteriza desde el Mediter-

ráneo hasta las faldas de la sierra y adelantamiento de Cazorla; proseguia por Huescar y el Chirivel hácia los confines de Lorca, y remataba en las playas de Mojácar, término hoy del reino de Murcia, como lo fué en tiempo de los romanos de las provincias Bética y Tarraconense.

Las revoluciones y vicisitudes de la guerra habian confundido ó modificado las demarcaciones geográficas de los *climas*, *coras* y *tahas*, en que los árabes tenian dividido el país granadino para su sencillo régimen administrativo. Xerif Aledris, el geógrafo del siglo XII, nos ha trasmitido las circunferencias de los climas que componian en extension arbitraria un distrito ó provincia. El de Riat ó de Rute, el mas occidental, se extendia casi por los mismos límites del antiguo convento jurídico cordobés; tenia por oriente las sierras de Alhama hasta Velez Málaga; por mediodía las playas del Mediterráneo hasta el Guadiaro; comprendia la hoya y axarquía de Málaga, y subia á buscar por Sierra Yeguas y Estepa las márgenes del Genil.

Confinaba con el anterior el de Elvira, así llamado por su capital; extendíase por el mediodía desde la playa de Velez Málaga hasta Adra; comprendia los valles de la costa, el de Lecrin, la vega de Granada, y terminaba por el norte en sus montes; á poniente tenia la línea del de Rute; á levante confinaba con el de Begaya y Albuxarrate; éstos abarcaban la provincia de Almería hasta el rio Almanzora, y mucha parte del reino de Jaen.

Subdividíanse los climas en *coras,* y algunas de estas en *tahas*. Los árabes, al repartirse en los primeros años de su dominacion la tierra conquistada, asignaron límites á sus respectivas colonias · cada una de estas obtuvo títulos

de señorío que sirvieron de base á sus denominaciones topográficas. Los Granadinos conservaban con orgullo las tradiciones de su estirpe, sin consentir que se borrasen las reminiscencias de los nobles ejércitos en que habian militado sus abuelos. Al Kattib nos dice, que entre las veintitres regiones en que estaba dividido el hermoso reino, aun se conservaban memorias de los damasquinos establecidos en Granada y su término, de los Egipcios y Yeménitas en Almería y la Alpujarra, de los Palestinos en Ronda y Málaga y de los calcienses en algunas poblaciones de Jaen. Los Moros del Africa, que abandonaron sus praderas y surcaron el Mediterráneo para gustar las delicias de nuestra tierra, mezclaron su linaje con el de las primitivas razas, y alteraron y confundieron sus antiguas divisiones topográficas. Solo hay memoria de que la Alpujarra fué compartida en tahas y poblada de castillos por los reyes granadinos, para dictar leyes á sus habitantes belicosos é indóciles. En cada taha habia un alcaïde autorizado para hacer sentir los rigores de la cimitarra á la gente indómita, y un alfaki encargado de atraerla con el yugo blando de la religion.

En el territorio comprendido entre la frontera ya señalada y el Mediterráneo, se triplicó la poblacion bajo la dinastía de los Alhamares. Los desgraciados Moros de Sevilla y Córdoba, de Murcia y Valencia, que cedieron sus hogares á los conquistadores cristianos, vinieron á labrar el suelo granadino, y á ponerse bajo el amparo de sus hermanos y de príncipes de su raza. La plata, las joyas, las bestias y utensilios librados de la rapacidad de los enemigos, sirvieron para enriquecer el suelo hospitalario.

Las familias empobrecidas tuvieron que dedicarse á cultivar tierras eriales, á poblar parajes abandonados y á crearse un fondo de subsistencia en su economía, en su arreglo doméstico y en su trabajo. Al recorrer el país con espíritu observador, pudieran encontrarse en los valles de Ronda y de la Alpujarra nombres, costumbres y tradiciones de estas colonias. Aunque carecemos de un dato irrevocable y de una estadística cierta para fijar la poblacion, deducimos de los anales de la guerra algunos muy importantes. Los reyes moros ponian sobre las armas cien mil caballos y doscientos mil infantes, y durante las campañas de la conquista, la destruccion de las casas, torres y alquerías de la vega de Granada, el paraje mas despoblado del reino por la facilidad con que el enemigo le invadia y devastaba, ocupó á muchos millares de peones. El censo de la expulsion de los moriscos y los cálculos que se tuvieron entonces présentes, revelan que el reino granadino contenia tres á cuatro millones de almas.

Es una máxima muy sabida por los antiguos y repetida hoy como nueva por economistas vulgares, que la poblacion crece en razon directa del fondo de subsistencia. Así los Moros, elevando la agricultura al mas alto grado de perfeccion y creándose una industria peculiar, pudieron mantenerse en situacion próspera y resistir luego á las calamidades de una anarquía sangrienta y á las devastaciones de los cristianos. Los Granadinos aclimataron en los valles templados de la costa, en la Serranía, en la Alpujarra y vegas de Granada, de Guadix y Baza los frutos que la naturaleza habia creado en los bellos climas del Oriente y en las abrasadas praderas del Africa. En los si-

glos felices de los Abderramanes, en los cuales la caballería cristiana no pudo hollar los campos andaluces, los Arabes, aleccionados en la agricultura caldea, multiplicaron las plantas y los árboles, los perfeccionaron con ingertos, y formaron una ciencia del ejercicio mas provechoso al hombre: los Zeiritas, los Almoravides y Almohades, á quienes hoy nos representamos como inciviles y bárbaros, alentaron el cultivo con premios y estímulos á los labradores y pastores. Los libros y cartillas de agricultura de los Arabes citan al Columela granadino, al moro Haf, que invirtió los años mas floridos de su vida en divulgar útiles conocimientos sobre la calidad de las tierras del reino de Granada, sobre las estaciones oportunas para trasplantar é ingertar, sobre economía rural, sobre pastos y ganaderías. La agricultura era considerada por los moros como un ejercicio agradable á Dios, y de aquí sentencias y proverbios agrícolas que inspiraban respeto á los conquistadores mas bárbaros y duros.

« Dios, dice el Corán al recomendar la contribucion del « diezmo, ha criado las legumbres y los árboles que her- « mosean vuestras huertas; hace brotar las olivas, las « naranjas, los dátiles, las diversas frutas de forma y sa- « bor infinitamente vario; usad de estos dones.»

« Todo aquel que plante ó siembre alguna cosa y con « el fruto de su simiente proporcione sustento al hombre, « al ave ó la fiera, ejecutará accion tan recomendable « como la limosna. »

« El que construya edificios ó plante árboles, sin opri- « mir á nadie ni faltar á la justicia, recibirá premio abun- « dante del Criador Misericordioso. »

« Procurad el cuidado de vuestra hacienda. Esto es lo « que verdaderamente da fama al noble y produce utili- « dades sólidas. »

« Cuida con esmero y vigilancia tu pequeña pose- « sion, para que se haga grande; y no la tengas ociosa « cuando grande, para que no se haga pequeña. »

« La heredad dice á su dueño : *Hazme ver tu sombra.* »

En tiempo del rey Al Hakem II las aguas del Genil corrian por ramales de acequia fecundando la vega de Granada. Jusef el Almoravide y su ministro Mumel cubrieron de alamedas y verjeles los contornos de la misma y los cerros de Aynadamar, haciendo correr las aguas de Alfacar al través de montañas. Alhamar y sus sucesores extendieron con nuevos canales los riegos de la vega, y bajo los auspicios de sus reglamentos benéficos multiplicáronse las producciones y creció la opulencia de millares de familias. Los habitantes de las demás ciudades rivalizaron por precision con los de la corte, y hasta los de la Alpujarra coronaron sus cumbres con huertos y pensiles. Las escrituras y tradiciones moriscas sirven aun de código en la vega de Granada y en otros parajes para los repartimientos de las aguas y propiedades de sus pagos.

La seda habia sido una mercancia reservada en tiempo de los Romanos á los pueblos del Oriente. Caravanas de comerciantes persas atravesaban en elefantes los desiertos de la Tartaria; se surtian en la China de aquella preciosa manufactura, y cuando las bandas salvajes del desierto no les arrebataban con la vida el fruto de su peregrinacion remota, centuplicaban sus capitales en las ferias de Damasco. Los Arabes especulaban revendiendo la

delicada produccion en los puertos de la Siria, hasta que el emperador Justiniano, indignado del tributo indirecto que pagaban los vasallos de su imperio à los aborrecibles sátrapas, dispuso trasportar las crisálidas á la zona templada de la Grecia, y en breve propagó la raza. Las colonias de Arabes españoles iniciados en secreto de esta granjería, encontraron en los valles andaluces un clima acomodado á ella, y poblaron el terreno con los árboles que alimentan á la mas útil de las orugas. Concentrados los Moros en el territorio granadino, y animados por un saneado lucro, multiplicaron las moreras, perfeccionaron las fábricas de seda y mantuvieron una vantajosa competencia con Pisa, Florencia y demás ciudades de la escala de levante. El Zacatin y la Alcaicería ostentaban toda suerte de ropas, tafetanes, sargas, ricos terciopelos y otras manufacturas del gusto persiano y chinesco. Una de las principales rentas del gobierno moro, era la impuesta sobre la seda, ya por el diezmo directo, ya por el medio diezmo de exportacion por los puertos de Málaga, Almuñécar y Almería. Años despues de la conquista se contaban en Granada cinco mil tornos, y en los gremios, ordenanzas y vocablos de los tejedores se conserva aun notable memoria de los creadores de esta industria. Los reyes moros toleraban á los cristianos y les permitian el ensanche de sus giros y negociaciones con la mayor latitud. Los Genoveses tenian establecimientos mercantiles en Granada, y la fonda donde se alojaban estuvo situada en el paraje mismo donde hoy está construido el convento del Angel: traficantes de Cataluña, de toda la Italia, de Tunez y de Alejandría vivian en Granada como en una pa-

tria comun y en el mas rico de los emporios; y fué tal la fama de probidad y honradez que se granjearon en los mercados y plazas extranjeras los comerciantes granadinos, que se decia : *La palabra del Granadino y la fe del Castellano forman un cristiano viejo.*

Aunque el Profeta vedó á sus sectarios el uso del vino, no amplió su restriccion al jugoso grano que le destila. Las vides crecian en todo el territorio morisco : anchos parrales sombreaban en cármenes y granjas; y era tal el número de viñas en las inmediaciones de la corte, que segun Al Kattib ascendia el impuesto sobre esta renta á catorce mil escudos. No era tampoco desconocida la elaboracion de los vinos, vinagre y aguardiente, cuyos líquidos aplicaban á medicinas, ó vendian á los cristianos. Sería inoportuno probar que el olivo, símbolo de la paz, era cultivado con grandes beneficios por un pueblo tan laborioso como el morisco.

La granada era un objeto de predileccion para los moros : el nombre les recordaba una corte opulenta, el fruto la memoria del rey Abderraman. Aunque conocian sus varias especies, ninguna fué multiplicada con tanto esmero como la zafari. Era tradicion que Abderraman el Justo recordó en Córdoba las frutas que habia saboreado en los jardines de la Siria, y que su hermana sabiendo sus aflicciones le envió desde Bagdad como rico presente varias granadas ; de aquí fué llamarlas zafaris ó viajeras. El rey mandó aclimatarlas para que sus súbditos gozasen de su delicioso jugo.

La caña de azúcar fué tambien conocida, y su plantacion esmerada entre los moros de la costa. Miles de inge-

nios destilaban el precioso líquido, y era tal la abundancia de miel y de azúcar, segun los historiadores árabes, que bastaba para el consumo y sobraba para hacer rico comercio. Incurriríamos en la nota de molestos, si fuéramos á referir todos los objetos que constituian la granjería de los moros granadinos ; baste decir, que cuantas frutas, legumbres é hilazas son conocidas hoy, eran por ellos cultivadas con singular conocimiento, y que les somos deudores de la introduccion de nuevos árboles, entre los cuales merecen citarse la higuera chumba, el níspero, el algodon, el membrillo, el naranjo, la palma, el madroño, y el azofaifo y muchas plantas aromáticas y medicinales.

El comercio y la industria crecieron en Granada al par de la agricultura. Un rey moro exigia del de Castilla en premio de su alianza y de su tributo la libertad del comercio en granos y manufacturas, como el mayor beneficio que sus vasallos podian reportar. Además de la seda, la fabricacion de paños finísimos y otras telas de lana, el curtido de pieles, industria que los africanos aprendieron de los moros expulsos, y conservan aun en Fez como la mas útil de sus granjerías, la de gazas, jaiques, tejidos de algodon y lino ocupaban y daban sustento á un número considerable de familias : hombres, mujeres y niños se aplicaban á las diversas elaboraciones, y los ricos paños de lana y seda, que los reyes moros regalaban á los de Castilla y Aragon, se presentaban con orgullo por los embajadores de Granada como productos de la industria de sus hermanos. Las fábricas de Almería servian de modelo á las castellanas y á las de Pisa y Florencia. Hoy que las artes han progresado mucho, pueden compararse sin

descrédito algunas elaboraciones moriscas con las traidas de Inglaterra y de Bélgica. El brillo de los colores, la consistencia de los tejidos, la prolijidad de los bordados, la viveza de las flores imitadas permanecen en las ropas y alhajas de aquel tiempo conservadas aun. Las techumbres doradas de la Alhambra, los artesonados, las menudas inscripciones en estuco y piedra, las cifras, cintas y calados, las jarras de porcelana halladas en su recinto, son una prueba de la perfeccion à que los granadinos elevaron el arte del colorido, los trabajos en madera, en piedra y en yeso, y tambien la fábrica de porcelana.

Los moros desplegaban toda su riqueza y elegancia en trajes, armas y arreos de caballos. Jactábanse los señores y donceles de su gusto exquisito en combinar los colores de sus turbantes, fajas y aljubas y en deslumbrar con sus bordados y lantejuelas de oro. La riqueza de los atavíos era un motivo de emulacion entre las tribus, y una necesidad recomendada por la galantería y agradable á los ojos de sus enamoradas. Como las armas eran gala inseparable del caballero, veíanse pendientes de sus cinturas alfanjes magníficos, labrados al uso damasquino con inscripciones del Corán, ó cifras marciales y amorosas ; los puños de filigrana, el forro labrado con finísimos bordados, las hojas de flexible temple. Sus puñales, sus lanzas con banderolas correspondian á esta riqueza, y como todo este lustre habria causado un desagradable contraste sin los correspondientes adornos del caballo , habia ginete que solo en jaeces tenia invertido un caudal considerable. Cada uno de los infantes de Almería recibió en las particiones del caudal paterno cincuenta lanzas, veinte caba-

llos, treinta cotas de malla, veinte coseletes, doce adargas, una marlota de terciopelo carmesí y verde, cinco jaeces de caballo labrados de seda, plata y oro en esmalte, apreciado todo en 3,568 pesantes. Los reyes de Granada procuraron mantener la esplendidez y el lujo de la juventud guerrera, y hasta consignaron en sus leyes un rasgo de galantería, ordenando que el oro y la plata empleada en guarniciones de espada, lanzas, estribos y jaeces de caballos, como asimismo en brazaletes y adornos de señoras, ó de sus esclavos no pagasen derechos à la hacienda.

La prosperidad del pueblo colmaba las arcas del erario. Aunque era diverso el estado de las rentas públicas segun los accidentes de la guerra ó de las estaciones, hay motivos para computarlas á 1,200,000 ducados : procedian del azake ó diezmo, recomendado como ley religiosa y deducido de todos los frutos de la tierra, de la cria de ganados y utilidades de la industria ; del almojarifazgo, que era un 12 ½ p. % ó la octava parte del precio de las mercancías en sus importaciones ó exportaciones; de la alcabala sobre las ventas, que ascendia al 10 p. %, y del *tahadil*, que consistia en un puesto sobre las tiendas, y en una capitalizacion sobre los cristianos y judíos : de las minas, tesoros escondidos y presas hechas en buena guerra se aplicaba un quinto para el erario. Con estas rentas se elevaron en Granada palacios, mezquitas y baños, se abrieron canales de riego, se dotaron academias, colegios, hospitales y casas de huérfanos ; en una palabra, se plantearon las instituciones que han hecho memorable la ilustracion del pueblo de Alhamar.

El esplendor, la hermosura de Granada, el lujo y la ga-

lantería de sus guerreros y damas, sus trajes, sus costumbres nos han sido trasmitidos en curiosos detalles por un escritor contemporáneo. Al Kattib nació en la misma corte el año 1313 (713 de la hegira), de una familia aristocrática, que vivió sucesivamente en Toledo, Córdoba y Loja y contaba entre sus ascendientes á algunos de los capitanes célebres avecindados en España en los primeros años de la conquista. El abuelo y padre de Al Kattib figuraron en la corte de los Nazaritas por sus riquezas y por su mérito personal. El jóven granadino recibió una educacion esmerada y logró la debida recompensa obteniendo los favores de Mohamad V. Perseguido en la revolucion que lanzó del trono á este gran rey, empobrecido con odiosas confiscaciones, acompañó fielmente à su soberano, y tuvo la satisfaccion de recuperar con el triunfo de éste sus honores y sus riquezas. Aunque la historia, las matemáticas, la poesía, la botánica, la medicina y la geografía le fueron familiares, ejercitó su pluma con particular esmero en celebrar las glorias de su querida patria.

« La ciudad de Granada, dice, de extraño y peregrino « nombre, la Damasco española, es una ciudad de Elvira, « cuya poblacion se alzaba floreciente en otro tiempo á « cuatro millas de distancia. Constituida en corte en el « siglo IV de la hegira, creció rápidamente en grandeza y « poderío.

« Granada es hoy la metrópoli de las ciudades maritimas « capital ilustre de todo el reino, emporio insigne de tra- « ficantes, madre benigna de marinos, albergue de viajeros « de todas las naciones, verjel perpetuo de flores, esplén- « dido jardin de frutas, encanto de las criaturas, erario

« público, ciudad celebérrima por sus campos y fortale-
« zas, mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres, y
« manantial inagotable de seda y azúcar. No lejos de ella
« sobresalen cumbres altísimas (sierra Nevada), admira-
« bles por la blancura de sus nieves y bondad de sus aguas.
« A esto se le agregan aires saludables, muchos y amení-
« simos huertos, varias yerbas y aromas exquisitos; siendo
« la mas singular de sus excelencias que en todos los dias
« del año hay sembrados y lucen verdes y risueñas pra-
« deras. Su comarca abunda en oro, plata, plomo, hierro,
« atucia, margaritas y zafiros. Sus montes y lagos crian
« peucedano ó verbatum genciana y espliego; por último,
« produce cochinilla, y hay tal abundancia de seda, que
« sirve para el consumo, y sobra para el comercio; con la
« singularidad de que estas ropas de seda (se puede ase-
« gurar sin reparo) en suavidad, delicadeza y duracion
« aventajan con mucho á las de Siria.

« El campo es amenísimo y rival del valle de Damasco;
« y tan llano y suave, que con la misma comodidad se viaja
« por él de dia ó de noche, á pié ó á caballo. La natura-
« leza ha dotado con toda su lozanía á esta vega, y la ha
« refrescado con raudales copiosos. En ella se elevan ri-
« sueñas aldeas, caseríos, jardines, y crecen espesas y
« deleitosas alamedas; une serie de colinas y montañas
« termina su horizonte, y abraza en ancho semicírculo un
« espacio de muchas millas. La gran ciudad de Granada se
« extiende con sus arrabales sobre colinas, y está como
« recostada parte en estas y parte en llano; y no es fácil
« describir cuántas comodidades y bellezas proporcionan
« la lenidad de sus brisas, la clemencia de sus aires, la

« solidez de sus puentes, la magnificencia de sus templos
« y la anchura de sus plazas. El célebre rio Darro nace en
« sus términos orientales, corre por la poblacion, divide
« sus barrios, tuerce luego su curso, y se abraza con el
« Genil, que despues de lamer sus muros lleva sus ondas
« por la espaciosa vega, y enriquecido con los tributos de
« otros arroyuelos y torrentes, crece á semejanza del Nilo,
« y se dirige soberbio hácia Sevilla.

« La regia estancia de la Alhambra sobresale con admi-
« rable perspectiva, cual otra segunda ciudad. Altísimas
« torres, espesas murallas, palacios suntuosos y otros
« muchos edificios elegantes hermosean aquel recinto y le
« embellecen con su magnificencia. Raudales cristalinos
« se despeñan, se comparten en mansos arroyos, y se des-
« lizan murmurando entre bosques sombríos. A seme-
« janza de Granada, huertos y graciosos verjeles dan tal
« amenidad à la Alhambra, que las almenas de los pala-
« cios asoman entre las bóvedas de verdura, como el cielo
« sembrado de estrellas en noche oscura. Por do quiera
« se enlazan las parras con árboles cargados de pomas y
« de otras frutas regaladas. Las huertas contiguas produ-
« cen tantos cereales y hortaliza, que solo un príncipe
« pudiera satisfacer sus precios con ricos tesoros. La renta
« anual de cada huerta asciende á cincuenta áureos, y cada
« una de ellas reditúa al soberano treinta libras. Este
« campo, cubierto incesantemente de frutos, da al cultivo
« un carácter de perpetuidad, y sus productos se calculan
« en nuestros dias en veinte y cinco mil áureos. El rey
« posee suntuosas casas de recreo y de incomparable deleite
« por sus bosques y variedad de plantas y jardines.

« A do quiera que se dirija la vista se admiran torres « de hermoso aspecto ; las aguas corren en opuestas di- « recciones, ya para uso de los baños, ya para impulso « de los molinos, cuyos réditos se aplican á restaurar los « muros de la ciudad. Estas posesiones se extienden por « espacio de algunas millas, y en su cultivo y limpieza se « ocupan muchos honrados colonos y muchos animales « útiles : en casi todas hay fabricados castillos y capillas « sacrosantas. La feracidad de la tierra facilita los traba- « jos y da impulso á las labores. Se elevan en estas fincas, « aldeas tan alegres en sus recintos como en sus campos ; « y es tal la anchura de la vega, que hay tierra de abun- « dante esquilmo, y sobra mucha para pastos, realengas, « abrevaderos, granjas y egidos. Los lugares del radio de « Granada ascienden á trescientos ; los colegios y templos « de su recinto son cincuenta, y los molinos de agua en « torno de ella ciento y treinta.

« Los granadinos son ortodoxos en religion, y sectarios « malequíticos, sin que la herejía haya inficionado sus es- « píritus ; amantes de sus reyes, sufridos y muy generosos, « esbeltos y proporcionados, por lo comun de cabello « negro, y medianos de estatura. Su diccion es la arábiga « mas elegante, exornada de sentencias, y á veces dema- « siado metafísica ; en disputas y réplicas suelen ser tena- « ces y vehementes. Visten al uso de los persas, finísimas « telas de lana, seda y algodon, rayadas de colores con « sutil artificio : en invierno usan para abrigo la capa afri- « cana, ó albornoz tunecino ; en la estacion calorosa lienzo « blanco. De aquí es que al ver á los fieles congregados « en el templo, y los diversos colores de sus trajes, nos

« parece admirar la diversidad de flores extendidas en los
« amenos prados de primavera.

« El ejército se compone de dos linajes, uno de guerre-
« ros granadinos y otro de reclutas africanos : los grana-
« dinos no consienten ser acaudillados sino por algun
« príncipe de la dinastía, ó por alto dignatario del estado.
« En otro tiempo usaban corazas, anchas lorigas, escudos,
« viseras, en calidad de armas defensivas ; como ofensi-
« vas, lanzas larguísimas de dos hierros, cimitarras y
« venablos ; y cabalgaban en sillas de poca firmeza.
« Cada escuadron ó compañìa llevaba un alférez, que
« tremolaba su estandarte. Con el tiempo se han mejo-
« rado la disciplina militar y la calidad de las armas,
« adoptando corazas ligeras, celadas ó morriones mas
« airosos, sillas à la gineta, adargas de cueros y lanzas
« mas agudas.

« Las cohortes africanas constan de varias gentes, como
« son los Marines, Zayanitas, Tagianitas, Agaisitas y ára-
« bes africanos : se dividen en varias cohortes, acaudilla-
« das por sus propios capitanes ; mas estos quedan some-
« tidos á la autoridad de un jefe superior, que por lo
« comun es alto caballero de la noble tribu de los Marines
« y cercano pariente de los reyes de Fez. Muy pocos de
« estos usan el turbante persa, imitando en esto al pueblo
« granadino, entre el cual los sacerdotes, magistrados y
« doctores son los únicos que le conservan. Su arma fa-
« vorita es un venablo armado de varias cuchillas, que
« disparan al enemigo con singular destreza : habitan en
« cuarteles de fábrica poco elevada, y en los dias festivos
« visten con lujo deslumbrador, y pueblan las hosterías

« dando ejemplo pernicioso á la juventud con sus zambras
« ruidosas y sus cantares impúdicos.

« El alimento cotidiano de los granadinos es el pan de
« trigo : las familias pobres y los jornaleros lo consumen
« de cebada en el rigor del invierno. En sus mercados
« abunda todo género de fruta, y principalmente las uvas
« vendimiadas en los fertiles pagos de Granada; y es tal
« la granjería de este fruto, que sus rentas están compu-
« tadas hoy en catorce mil áureos. Es tambien copioso el
« surtido de otras frutas, como higos, pasas, manzanas,
« granadas, castañas, bellotas, nueces, almendras y otras
« muchas, sin que escaseen en ninguna época. Además
« hay uvas conservadas al abrigo de la corrupcion de un
« año para otro.

« La moneda granadina, labrada de plata y oro purí-
« simo, se distingue por su cuño primoroso. Los ciuda-
« danos aplicados á sus labores se alejan del ruido corte-
« sano en la estacion de las cosechas, y pasan el estío en
« sus granjas deleitosas. Otros, inducidos de un ardor be-
« licoso, viven en las fronteras, para molestar al cristiano
« con excursiones audaces, y servir de presidio y antemu-
« ral á sus conciudadanos.

« Entre los adornos recomendados por el buen gusto
« de las princesas y damas granadinas, merecen especial
« mencion los cinturones, bandas, ligas y cofias, labradas
« de plata y oro abrillantado con primoroso artificio. El
« jacinto, el crisólito, la esmeralda y otras muchas piedras
« preciosas brillan en sus atavíos. Las granadinas son gra-
« ciosas, elegantes, y de estatura tan esbelta, que es muy
« raro encontrarlas desproporcionadas. Nimiamente pul-

« cras, cuidan con esmero sus largas cabelleras, y hacen « gala de su dentadura de marfil; el aliento de sus labios « es dulce como el perfume de las flores. Dan mayor « realce á sus encantos la gracia de los modales, la dis- « crecion exquisita y los donaires en su conversacion. Es « lamentable sin embargo que alcancemos un tiempo, « en que las granadinas hayan elevado sus vestidos y « adornos á una altura de lujo y magnificencia que raya « en delirio. »

En la antecedente pintura se advierte la cautela con que Al Kattib, escarmentado con discordias civiles, se abstiene de comentar hechos relativos á leyes ó costumbres políticas. El poder de los reyes Nazeritas no era un despotismo cruel, cual nos pintan el P. Haedo al de los gobernadores argelinos y el P. Sanjuan y Alí Bey al de los califas de Marruecos. El ejercicio de la autoridad real estaba atemperado en Granada á las decisiones de un *mexuar* ó consejo de Estado, compuesto de doctores y jurisconsultos esclarecidos y de individuos de la alta aristocracia. Si bien la corte de la Alhambra obtenia segun las leyes musulmanas un señorío absoluto de vidas y haciendas, no podia precipitarse en los excesos de una tiranía bárbara ni ejercer venganzas impunemente. Al primer amago los magnates y alcaides izaban bandera hostil, refrenaban al monarca y le hacian conocer su debilidad. El gobierno granadino era un realismo puro, creado y sostenido por una aristocracia rica, soberbia, y si se atiende á los resultados de su influencia en la prosperidad del país, podremos llamarla tambien ilustrada.

El modo de suceder en el trono, aunque carecia de una

regla fija que cerrase la puerta á las ambiciones y á las intrigas, estaba atemperado á una costumbre trasmitida por los antiguos reyes cordobeses y sancionada como ley por la aprobacion de la altiva aristocracia granadina. Desde Alhamar vemos con pocas excepciones á los primogénitos del rey ser declarados sucesores por sus padres, y recibir á su tiempo los homenajes é investidura de monarcas. Existia por lo tanto una combinacion de monarquía electiva y hereditaria aprobada por el uso y por la aquiescencia de las generaciones anteriores. Los reyes aplicaban á sus hijos al despacho de los negocios del Estado y les ejercitaban en todos los actos de la caballería y de la milicia, para educarles como candidatos dignos del cetro y la corona.

La proclamacion de los reyes granadinos se verificaba con aparato solemne. La alta nobleza acudia á la Alhambra y esperaba en el salon regio al príncipe sucesor; presentábase éste ricamente vestido y cubierto con un manto de púrpura, é inclinándose sucesivamente sobre cuatro banderas tendidas en el suelo hácia los cuatro puntos cardinales del globo, deteníase sobre la de Oriente y recitaba una plegaria del Corán; despues juraba en alta voz y ante toda la asamblea defender hasta morir, á su ley, á su reino y á sus vasallos. Acabado el juramento, uno de los magnates postrábase de rodillas y besaba en nombre de todos y en señal de obediencia la tierra donde la real persona asentaba la planta; en seguida elevaban los reyes de armas el grito de « Dios ensalce al rey nuestro señor, » y besábanle la mano los circunstantes. Por último, el aclamado cabalgaba en un magnífico caballo, y precedido de

los escuadrones de su guardia y rodeado de cortesanos y de servidumbre régia, paseaba las calles de la ciudad preparadas con vistosas colgaduras, y recibia los parabienes del pueblo.

El injusto desden de los escritores cristianos ha privado á los reyes moros del mas glorioso de sus títulos, del de legisladores. La laboriosidad de un escritor ilustre ha dado publicidad á las ordenanzas del rey Jusef, capaces por sí solas de vindicar á los príncipes granadinos de las injurias con que han agraviado su memoria la ignorancia y la antipatía religiosa. El código de Jusef tuvo por objeto uniformar el culto, conservar el decoro de los templos, difundir la instruccion, mantener vivas y enérgicas las creencias del pueblo, establecer una policía severa que refrenase al criminal y protegiera al moro pacífico, y por último, mitigar los males de la guerra, inspirando al soldado la idea de que la clemencia es la mejor prenda del valor. Sus artículos dicen así :

« Todos los pueblos del reino establecerán escuelas « gratuitas y uniformes en su enseñanza. »

« En las ciudades dotadas de *aljama* (mezquita) prin- « cipal habrá sermon y lectura los dias festivos; y en los « arrabales que consten de doce vecinos se establecerá « mezquita con alfakí y alim, que expliquen la ley á los « creyentes y les obliguen á concurrir tanto en invierno « como en verano á las cinco oraciones. »

« Los habitantes en despoblado acudirán á la oracion « de los dias festivos, saliendo de sus caseríos cuando « alumbre el sol, y regresando antes de la noche. »

« Se prohibe á todo creyente establecer su morada en

« sierras ásperas, ó en soledades tan apartadas que no le « permitan asistir con puntualidad á la mezquita : la po- « blacion mas cercana podrá distar dos leguas. »

« Para evitar los perjuicios que puedan resultar á la « gente agricultora con las anteriores prohibiciones, « se edificarán oratorios en las cortijadas que tengan doce « casas. »

« Para conservar la reverencia de los templos, se pro- « hibe la reunion de personas de diferentes sexos y eda- « des : los ancianos ocuparán la parte mas avanzada del « templo; los muchachos se colocarán detrás, y en último « término las mujeres : los primeros y los segundos per- « manecerán hasta que hayan salido todas estas : se re- « servará un lugar apartado para las niñas y doncellas, « las cuales concurrirán encubiertas con sus velos y con « la debida compostura. »

« Todo creyente usará en los dias festivos sus mejores « vestidos, para que su limpieza exterior corresponda á la « pureza de su corazon; y se ocupará en visitar y dar li- « mosna á los pobres, en tratar con hombres sabios y « prudentes, ó en conversar con amigos sobre leyendas « apacibles y virtuosas. »

« Las fiestas para celebrar las pascuas de Alfitra y de « las Víctimas han sido causa de alborotos y de escánda- « los, y en ellas las loables alegrías de nuestros mayores « han degenerado en locuras mundanas. Cuadrillas de « hombres y mujeres circulan por las calles arrojándose « aguas de olor, y persiguiéndose con tiros de naranjas, « de limones dulces y de manojos de flores, mientras « tropas de bailarines y juglares turban el reposo de la

« gente piadosa con zambras de guitarras y de dulzainas, « de canciones y gritos : se prohiben tales excesos, y se « previene el exacto cumplimiento de las costumbres pri- « mitivas. »

« Las limosnas y donativos que las gentes ricas de las « ciudades y aldeas hacen en estos dias en dinero, en pan, « en granos y en frutos, se repartirán á los pobres por « dos ó mas personas que merezcan absoluta confianza : « en caso de que la limosna fuese excesiva, se formará un « depósito para ocurrir á las necesidades de los ancianos, « inválidos, enfermos y huérfanos : el sobrante se aplicará « al rescate de cautivos y á la reparacion de mezquitas, « fuentes públicas, caminos, puentes, acueductos y sendas « peligrosas en las montañas. »

« Siendo las calles y plazas lugares impropios para ro- « gar á Dios, se prohibe hacer en ellas procesiones ni « rogativas en tiempo de seca : en tal conflicto deberán « los devotos salir al campo, y postrándose en tierra invo- « carán á Dios con la siguiente plegaria : « Señor piadoso; « tú que nos criaste de la nada, que conoces nuestros er- « rores, y que no necesitas nuestros servicios, prodiga los « tesoros de tu clemencia, ten piedad de las criaturas ino- « centes que te imploran, de los sencillos animales, de las « aves del cielo que mueren de consuncion, y de la tierra « cuyas yerbas están ya mustias por falta de agua. Señor, « abre tu cielo, vuelve las nubes, desata los aires, envia « tus piedades para que vivifiquen la tierra y sus yerbas « agostadas que dan mantenimiento á las criaturas : ten « piedad, Señor, para que los infieles no digan que desoyes « á los verdaderos creyentes. »

« En los regocijos de bodas, en los que se celebran « para poner á los recien nacidos bajo el auspicio de las « buenas hadas, y en reuniones familiares, sea lícito di- « vertirse con zambras y convites espléndidos; pero ob- « sérvese el mayor decoro, reine la discrecion, y no in- « curra convidado alguno en el abuso de la embriaguez. »

« Granada se dividirá en barrios sometidos á la vigilan- « cia de un cadí respectivo : uno de estos asistirá á los « mercados para mantener el órden. »

« Cada barrio tendrá una demarcacion exacta, y una « ronda nocturna que vigile y abra y cierre las puertas « de sus murallas, como asimismo las principales de la « ciudad. »

« El caballero ó soldado que huya del enemigo, á no « verse acometido por fuerzas duplicadas, ó sin recibir la « órden de los caudillos, únicos á quienes compete decidir « el ataque ó retirada y saber los secretos y estratagemas « de la guerra, será condenado á muerte. »

« Se prohibe á los campeadores ó almogawares y á los « demás individuos del ejército asesinar á los niños, á las « mujeres, á los ancianos, á los inválidos, á los enfermos, « á los ermitaños ó frailes cristianos, á no sorprenderlos « armados ó en ayuda directa del enemigo. »

« Los despojos y presas se repartirán en la forma « siguiente: despues de deducir el quinto para el rey, « cada individuo puede tomar cuanto necesite para sa- « tisfacer su hambre, aplicando lo restante al acervo « comun. El ginete recibirá dos partes; el infante una; « el que preste cualquier trabajo en la hueste ó arrostre « peligro no siendo soldado, será remunerado debida-

« mente, previos los informes de los cabos y generales. »

« El judío ó cristiano que se convierta al islamismo en « villa ó fortaleza conquistada, recobrará sus bienes, y si « estuviesen ya repartidos, recibirá una indemnizacion por « justiprecio. »

« Se prohibe que los hijos de familia salgan en cabal- « gadas ó correrías sin beneplácito de sus padres, á no ser « en caso de suma necesidad; como asimismo que partan « en peregrinacion á la Meca sin licencia expresa de su « padre, madre, abuelos ó tutores. »

« El adulterio, el homicidio y otros delitos que produ- « cen pena de muerte, necesitan prueba de cuatro testigos « presenciales y uniformes; el adúltero morirá apedreado; « el soltero que infrinja las leyes de la castidad, sufrirá « cien azotes y un año de destierro, si no consiente en « dar su mano á la estuprada. »

« El juez puede agravar ó disminuir la pena del ladron « segun las pruebas, pero mitigando la dureza de los casti- « gos usados hasta el dia. »

El Corán era el código universal del pueblo granadino, como lo es hoy en casi todos los climas donde aun rigen los descendientes y sectarios del Profeta. La idea de un Dios eterno, inmutable, benéfico, era la base de su creencia : el genio oriental y la imaginacion vehemente de los intérpretes habia revestido al Ser Supremo con todos los atributos de la grandeza y sabiduría, y logrado inspirar al pueblo un saludable temor y un piadoso reconocimiento. « Dios, segun la creencia de los doctores grana- « dinos, llena el mundo con su poder, con su sabiduría, « con su inmensidad ; cuanto existe es obra suya ; cuanto

« encubre la nochey el sol alumbra, su patrimonio; co-
« noce lo pasado y lo presente; tiene en sus mnos las
« llaves del porvenir, lee en la conciencia de los hombresa
« con su voluntad se elevan los montes, crecen los árboles,
« se enfurecen ó refrenan los mares, corren los rios y los
« arroyos que fertilizan los campos; la luna y el sol nos
« dispensan su luz, y las estrellas giran con rumbo inva-
« riable. Su mano desata los vientos, da impulso al rayo,
« y agita las nubes que fecundan las semillas y reaniman
« la verdura de los campos. Todo lo criado pregona su
« grandeza y aun cuando las olas del mar se convirtiesen
« en tinta para escribir sus alabanzas, quedarian agotadas,
« sin que se celebrasen dignamente. » Estas imágenes estaban fortalecidas por los temores de un juicio final, en el cual los réprobos serian condenados al infierno y los justos conducidos á las delicias del paraíso.

La idea sublime de Dios y de sus atributos ha sido objeto de lucubraciones profundas, discutidas con sutileza y por superiores talentos por espacio de algunos siglos. Las cátedras y los claustros de la Europa cristiana y de la España árabe han consumido hombres de admirable ingenio en descifrar el hondo misterio de la predestinacion y de la gracia, y en conciliar el libre albedrío de las criaturas con el poder y la sabiduría suprema. El insensato orgullo de una literatura aérea desprecia hoy tales cuestiones, desconoce sus nombres, y las llama dignas únicamente de siglos bárbaros; la historia imparcial las vindica, proclamando que estas controversias, aunque estériles en el dia, han sido la base de las ciencias, porque obligaron á discurrir, hicieron á los ingenios despertar

del letargo en que los tenia postrados la barbarie, y compartieron los laureles y los homenajes que arrancaban la fiereza de los campeones y la buena ventura de las lides. Mientras Abelardo arrebataba la admiracion de la Europa del norte, y siglos despues Raimundo Lulio lastimaba su juicio en el abismo de especulaciones abstractas, que las plumas de Sto. Tomás, de Alberto el Grande y de S. Buenaventura debian encarecer, los doctores musulmanes Ben-Althalmasah, Ben-Athia y Abu Mohamad Ben-Albaschi determinaban en las cátedras de Granada la influencia de los decretos divinos en los tiempos, lugares y acciones de las criaturas, en sus pensamientos, en su conducta moral, en su felicidad, en sus infortunios, en su salvacion ó en su condenacion eterna. El Corán les limitaba esta cuestion á términos precisos ; el hombre y el mundo están sometidos á un fatalismo inexorable; el dedo de Dios señaló á cada criatura su rumbo en esta vida y su destino en la otra ; el bien ó el mal le son inherentes, como un lote ganado en la eternidad ; la fuerza de su sino le encadena y le arrastra al través de la tierra hasta conducirle entre coros de ángeles á las puertas del paraíso, ó entre legiones infernales á la mansion de los suplicios. Esta idea desconsoladora y funesta, porque exime al hombre de responsabilidad, le inclina á la indolencia y al crímen, y le precipita en la pendiente del vicio, preocupó á los doctores, que merecieron en la academia granadina, en las escuelas de Almería y Málaga y en las cátedras modestas de sus mezquitas la palma del saber y de la santidad. Porque si el hombre es libre, si su voluntad nace de un principio espontáneo, de un alma que delibera y de-

termina y que en calidad de ser espiritual desdeña la influencia de las leyes físicas de que es esclava la materia, la sociedad tiene una base firmísima y el mundo moral una existencia. Entonces se vislumbra la eternidad y se comprenden los deberes humanos. Pero si las criaturas, si yo que ahora fijo con los caracteres de la pluma los signos de mi pensamiento, si tú, lector que te dignas pasar por ellos la vista, somos átomos de materia combinada, máquinas sin albedrío que pensando deliberar incurrimos en una ilusion y no hacemos mas que obedecer al impulso de un vapor, ó al mecanismo secreto que fija nuestra voluntad, entonces hay que confesar que la nada es el término de nuestra peregrinacion sobre este globo, lanzado en el espacio. La incredulidad, el desamor, la indiferencia abren ante nuestros pasos un abismo en cuyo fondo solo aparecen el gas y el polvo de una sepultura. La religion y la moral desaparecen : el desconsuelo seca todas las ilusiones del alma. El asesino, el ladron, el perjuro, no son responsables de sus crímenes. « Nosotros, dirán, somos « impelidos por el destino, por el soplo de Dios ; la justi- « cia es un abuso de la fuerza ; las leyes son una men- « tira. » Tales son los las horribles consecuencias que se derivan del dogma del fatalismo. Los árabes pensadores comprendieron los inconvenientes de semejante principio. Si bien no nos es dado juzgar del cúmulo de manuscritos que el celo excesivo de un prelado célebre condenó al fuego en Granada, ni de los muchos que yacen inéditos en archivos y bibliotecas, podemos por algunos fragmentos de estas obras y por la clasificacion de los escritores ilustres conocer sus ideas y juzgar de sus controversias.

Los doctores musulmanes apuraron todas las sutilezas del talento para conciliar el dogma del fatalismo con la responsabilidad moral é inspirar á los creyentes máximas y preceptos saludables. La templanza, el socorro y limosna del menesteroso, la clemencia, la represion de la embriaguez y de juegos de suerte, la abominacion de la prodigalidad, de la avaricia, de la soberbia, de la envidia, de la vanidad, del orgullo y de la venganza, la recomendacion de la piedad filial, la práctica de las virtudes domésticas y conyugales, eran elementos necesarios de vida espiritual y de práctica irremisible.

La filosofía de los árabes, en íntimo contacto con las anteriores controversias y atemperada á los dogmas del Corán, adoptó con preferencia dos sistemas; el de Aristóteles, cuyas obras presentaban un plan ingenioso, que podia considerarse una preparacion para el estudio de todas las ciencias, y el de Platon, cuyo idealismo halagaba las inclinaciones de los orientales contemplativas y místicas.

Algunas escuelas se apegaron con tal vehemencia á las doctrinas griegas, que en breve se suscitaron entre los musulmanes sectas implacables, algo parecidas en sus controversias á la de los gnósticos cristianos. Las ideas que habian servido de base á estas disputas fueron adulteradas ó interpretadas para conciliarlas con sus sistemas y con los dogmas del Corán. Juan de Damasco, Al Farabi y Avicena sembraron en las escuelas asiáticas las semillas del escolasticismo, y difundieron entre los árabes las nociones sobre lo imposible y lo posible; lo necesario y lo contingente; la sustancia y el accidente; el individuo y la

especie; la accion y la pasion; la unidad, la dualidad y la pluralidad; las cualidades de la materia; y otras que fueron el tema favorito de las cátedras de Europa en los siglos medios, y que parecen sometidas hoy al exámen y jurisdiccion de la sabiduría alemana.

Algacel protestó luego en la escuela de Bagdad contra las teorías de estos filósofos, los acusó de innovadores perniciosos, y quiso imponer una sumision rigorosa y una creencia absoluta en los preceptos del Corán; entonces los escritores andaluces, á cuyo frente figuraban Averroes y sus discípulos de Sevilla, Granada, Almería y Málaga, salieron á la defensa de aquellas doctrinas, proclamando en vivas y ardientes polémicas los fueros del pensamiento y la legitimidad de la discusion libre. Esta fué la época en que brilló en nuestra patria feliz la luz que en otro tiempo habia iluminado los no menos deliciosos campos de la Grecia. Los libros y las doctrinas de los filósofos griegos se hicieron familiares con las traducciones arábigas y hebreas, con los comentarios y explicaciones de las cátedras. Discípulos de nuestras ciudades y villas emprendieron peregrinaciones al Oriente, hicieron gala de su erudicion y elocuencia en las escuelas de Alejandría, de Bagdad y de Cufa, explanaron sus doctrinas y perfeccionaron sus estudios con las observaciones de los viajes. Esta efervescencia despertó rivalidades provechosas; y si bien empeñó á los ingenios en un laberinto de sutilezas y de disputas tenaces, dió ensanches al pensamiento, engendró una revolucion en los métodos de enseñanza é introdujo un fecundo rayo de luz en las escuelas rutinarias de la Europa cristiana.

Las controversias de los nominalistas y realistas, las dulces explicaciones de Abelardo, los profundos raciocinios de Sto. Tomás y de Alberto el Grande y las abstracciones de S. Buenaventura, consideradas con justicia como puntos de partida para la restauracion de las letras en Occidente, no fueron sino fruto de una semilla prestada por los árabes andaluces, de la mucha que sus escuelas habian acopiado con las inspiraciones de Aristóteles.

Los andaluces no solo facilitaron á los cristianos de la edad media el exámen de los estudios abstractos, sino que abrieron la senda de observacion y de la experiencia á las cuales son debidos tantos descubrimientos de utilidad inmediata. Los árabes elevaron las matemáticas, la medicina, la química y la astronomía á una altura que es el mayor timbre de su gloria. Perfeccionando los planisferios, las tablas astronómicas, los instrumentos de nivelacion y la maquinaria, pudieron observar los cielos, estudiar, medir á palmos y dar riegos y hermosura á las comarcas sometidas á sus leyes. Los caracteres aritméticos usados hoy en Europa, los nombres y combinaciones del álgebra, tan útiles para facilitar las operaciones de las ciencias exactas, son puramente árabes. El alambique, invencion griega perfeccionada por los mismos, purificó los líquidos, dedujo sus esencias y trasmitió el secreto de los álcalis y de nuevos perfumes. La observacion los hizo descubrir en algunos cuerpos cualidades desconocidas de los naturalistas antiguos; y el análisis de las sustancias animales, vegetales y minerales les proporcionó el exámen de sus combinaciones y afinidades, el conocimiento de sus influencias en la economía rural y sus aplicaciones

diversas á la medicina y á la industria. La botánica fué cultivada con el celo mas exquisito y con una perseverancia admirable. Sirva de ejemplo la vida laboriosa de Abu Beithar. Este gran naturalista, el Tournefort de los árabes, nació en Málaga á mediados del siglo XII. El estudio de las obras de Hipócrates, Galeno, Dioscórides y Plinio formó su gusto : los viajes completaron sus conocimientos. Estimulado por el deseo de saber, registró los campos y montes de Andalucía reuniendo una coleccion copiosísima de plantas y minerales ; en seguida pasó á las costas ardientes de Africa, y atravesó selvas y desiertos aumentando en esta tierra vírgen sus depósitos de raices y flores. Despues marchó al Cairo, peregrinó por la Siria, se internó en las provincias y montañas de la Persia, escudriñando los secretos de la creacion, y observando y comparando las producciones de diferentes climas. Estas fatigas no fueron estériles para la humanidad. El ilustre malagueño escribió varias obras, que fueron recibidas en el mundo literario de los árabes de Asia, Africa y España, como trabajos completos de medicina é historia natural. En ellas dice Abu Beithar que todo lo escrito está comprobado por un largo uso y una constante experiencia. Mas de dos mil medicamentos simples, desconocidos de los médicos de la antigüedad, se encuentran descritos, sin otros muchos clasificados por órden alfabético, con explicaciones y notas sobre los nombres griegos y latinos. Uno de sus discípulos, Aben Saiba, dice que su memoria era tan firme, que en cualquiera cuestion fundaba su dictámen primero con argumentos de razon y despues con casos prácticos y con autoridades de escritores cuyos libros y

folios citaba. Tan eminente sabio no pudo menos de obtener muchos honores y recompensas de los califas : establecido en Damasco murió el año 646 de la hegira (1248 de J. C.)

Los granadinos tenian tambien en el Corán sus leyes civiles aunque oscurecidas, cual escasa fruta en un árbol de excesivo ramaje. Como esta parte de la legislacion se versa sobre los intereses mas directos del hombre, tuvo la aplicacion y el estudio que rebuscar y coordinar todas las disposiciones relativas á la seguridad, á la hacienda, á las estipulaciones y contratos, y á las relaciones locales y de familia. Así, al consultar las memorias arábigas, vemos la jurisprudencia constituida en elemento principal y base de los estudios, y, lo que no es fácil comprender hoy, aliada con estudios mas amenos, como la retórica, la poesía y la historia. La profesion de jurisconsulto era respetada, proporcionaba una subsistencia honrosa y abria la puerta de los honores y de los empleos. Sus principios dimanaban de un código santo, y eran el complemento de los estudios teológicos; y por ello nos atrevemos á asegurar que el misticismo, las reglas escolásticas y una erudicion indigesta entrarian por mucho en este género de obras.

No era así de la gramática. Los árabes, envanecidos de su idioma como de una gloria inmarcesible, le cultivaron con singular aprovechamiento. Su alfabeto, la articulacion de sus letras, sus signos ortográficos, las diferentes partes de la oracion, la diversidad de sus verbos, la calidad de géneros, nombres, pronombres, artículos y palabras indeclinables, los principios de sintáxis, fueron atempera-

dos à reglas fijas, que conservaron la pureza de la lengua. Ben-Malek y el Jihouri compusieron su gramática y diccionario siglos antes que florecieran Palencia y Antonio de Nebrija; y miles comentadores, entre los cuales habrá que referir muchos granadinos, ampliaron, suplieron ó corrigieron las reglas de aquellos dos escritores eminentes, compendiaron sus obras, las analizaron y enriquecieron.

La poesía nació entre los árabes, como planta indígena: sus tribus, bárbaras aún, tenian poetas encargados de alabar las aventuras de los cazadores y pastores, las querellas de los amantes, las victorias de sus emires, los placeres de la vida libre, la hermosura de una noche apacible, la melancolía misma de los campos solitarios: una palma, un otero, una onda cristalina en medio del arenal abrasado eran objetos de dulces inspiraciones. Semejante poesía debió ser una mezcla de sublimidad y de barbarie; una flor inculta, que exhalaba perfumes en el desierto. El Corán prestó doble vigor á la imaginacion del árabe y creó mayor entusiasmo y un nuevo gérmen de poesía. Los triunfos de las armas musulmanas en los primeros siglos de la hegira sirvieron de resorte poderosísimo para inflamar los genios orientales, y el contacto con pueblos ilustrados suplió la rudeza de los sectarios bárbaros. La influencia de un clima dulce y de un país voluptuoso despertaba sensaciones poéticas y convidaba al placer y á la molicie. Abderraman el Grande trasplantó á Córdoba los gérmenes mas puros de la cultura oriental, y rival de los Abásides dió impulso á todos los elementos de aquella civilizacion, particularmente á la poesía que es uno de los mas preciosos. Este gusto, prolongado en Andalucía y

singularmente entre los granadinos, se atemperó á todos los objetos : elogios de príncipes y caballeros, tradiciones históricas, epigramas, sátiras, libros de mística, epitafios y cantares amorosos fueron dominio de la poesía de los árabes andaluces. En la historia literaria de estos debe buscarse el orígen de la rima castellana y el tipo de la gaya ciencia. Hoy nos es dado juzgar de la poesía granadina : las paredes, los frisos y techumbres de la Alhambra conservan modelos que prueban hasta qué grado de perfeccion y elegancia elevaron los ingenios de esta tierra la agudeza de los conceptos, la pureza de las imágenes, y hasta qué altura remontaron los vuelos de su fantasía.

Los cuentos formaban entre los árabes una poesía tradicional, de que aun se conservan reminiscencias en Granada. La persuasion del pueblo en la influencia de la magia y en la realidad de seres sobrenaturales abria un espacio sin limites donde la imaginacion podia forjar quimeras, y revestirlas de formas ó gigantescas ú horribles, ó heróicas ó esplendidas. A las ilusiones de los árabes que creian en castillos encantados, y en enanos misteriosos, y en negros alquimistas, y en brujas, y en maleficios, y en hadas, fué debida la inundacion de libros absurdos, que careciendo de la originalidad y de la grandeza con que supieron los orientales revestir tales creaciones, fenecieron anatematizados por la pluma de Cervantes. Estas leyendas fantásticas, que producen admirable efecto contadas por un anciano en el hogar del pobre ó en un círculo de gente campesina abrigada en cabaña solitaria, trasladadas al papel degeneran en ridículas; son un vapor leví-

simo, que al asirle, ó querer someterle á análisis se disipa ó convierte en cuerpo deleznable.

En cuanto á historia no participamos de la crítica severa que condena sus estudios, ni del entusiasmo que los admira ciegamente. Cierto es que los analistas árabes en nada se asemejan á los clásicos griegos ni latinos, y que la mayor parte de sus historias parecen hoy crónicas áridas, rellenas á veces de vulgaridades, ó series de biografías con elogios exagerados de sus capitanes y príncipes, y amargas censuras de sus enemigos. Mas hay que considerar los caracteres de las naciones, la diversidad de sus idiomas y las formas especiales de su narracion. Las máximas políticas, gala y ornato de Tucídides y Polibio, de Salustio y Tácito, debian considerarse superfluas y estériles por los historiadores árabes, á quienes los hábitos de gobierno y los dogmas religiosos del pueblo trazaban un círculo, fuera del cual no les era lícito discurrir ni censurar. La historia de Tito Livio es reconocida en la Europa como un tipo de belleza y de buen gusto, porque las lenguas de sus diversas naciones han nacido de la latina : á pesar de esto los árabes no podian ser sensibles á la dulzura y armonía de aquella obra inmortal, porque la especialidad de su idioma no se atemperaba al hipérbaton, á los giros y construcciones de los romanos. La historia árabe es una creacion especial como su arquitectura : en cambio de sentencias políticas, se leen proverbios admirables ; brilla en sus descripciones el lujo de las imágenes ; la cronología está marcada con suma prolijidad y los personajes se ven retratados con un vivo colorido. La historia clásica de la antigüedad es un edificio acabado bajo re-

glas convenientes de buen gusto; la de los árabes ofrece hoy materiales hacinados para que luzca en ellos la mano de un diestro artífice.

Estas observaciones parecerian demasiado vagas y generales á todos los países dominados por la raza muslímica, si no descendiésemos á probar con los nombres, patria y linaje de los ingenios granadinos, cómo en nuestra patria estuvieron durante siglos y se acrecentaron considerablemente los tesoros de la sabiduría árabe.

Desde la dominacion de los Omíades se propagó entre los andaluces el amor á las ciencias, y la traduccion de libros griegos y latinos, y el roce y controversias con los mozárabes crearon el gusto y perfeccionaron los estudios de la escuela cordobesa. Los premios, los honores, la familiaridad que los ilustres nietos de Abderraman dispensaron á los literatos, á los doctores y poetas, avivaron la aficion á las letras, y crearon la original literatura arábigo-andaluza, en cuyos anales vemos con satisfaccion celebrados ingenios granadinos. Razis nos ha conservado la memoria de Ased Ben-Zaid Almaschabi, poeta agudísimo de Elvira y capitan bizarro en el ejército real. Su buril corrió con tanta ligereza como imprudencia, y lanzó el ridículo sobre los ojos torcidos y miradas desapacibles de Hixem I. Indignado el califa mando hacer un escarmiento ejemplar con el poeta murmurador. Ben-Zaid perdió la lengua, cortada con sutil acero; despues la vista con un yerro candente; y sepultado por último en un calabozo, no sobrevivió á estas dos operaciones bárbaras (murió año 180 de la heg., 796 de J.-C.). Mohamad I premió á Mumel Ben-Ragis el Ocaili, natural de Elvira,

con los destinos de gobernador de esta ciudad y de Jaen, por sus exquisitos conocimientos en jurisprudencia (murió año 275 de la heg.. 888 de J.-C.).

El impulso continuó durante las guerras sangrientas que los muzárabes y muslitas granadinos, aliados con algunas tribus rebeldes, sostuvieron contra los califas cordobeses : los capitanes eran poetas, y las divisiones eran animadas á la pelea por las baladas de bardos, que celebraban sus proezas y participaban de los peligros y fatigas de la campaña. Uno de estos compuso aquellos versos amenazadores que, segun hemos dicho, fueron trasmitidos à los damasquinos de Granada estrechados rigorosamente y amagados de muerte en la torre Bermeja, por medio de una flecha lanzada sobre las almenas. Calmadas estas rivalidades funestas por la buena estrella de Abderraman III, renació con vigor, como planta ajada por la tempestad, el amor al estudio, y los hijos del país granadino contribuyeron con sus claros ingenios al esplendor con que brillaron los últimos califas de aquella célebre dinastía. El anticuario Muza Abo Amrru Abi Almosfareb de Elvira (murió año 289 de la heg., 901 de J.-C.) y Kalabab Ben-Muza, natural de Raya junto á Archidona (murió año 360 de la heg., 970 de J.-C.), florecieron bajo los auspicios del rey Alhakem II, y brillaron en las academias y divanes de Córdoba. El ilustre caballero de la tribu Gazanita, de Elvira, Motref Ben-Iza, viajó por la España, conversó con judíos, visitó escuelas, consultó con monjes, y no satisfecho con el caudal de conocimientos adquiridos en la península, pasó al Africa y recorrió regiones diversas : habiendo regresado á Granada, fué llamado por el

mismo califa Alhakem II, y escribió de órden suya una descripcion de su país natal (murió año 370 de la heg., 980 de J. C.). Ahmad Ben-Mohamad Ben-Farag Abi Amrru, de Jaen, difundió en este siglo entre los árabes españoles el gusto á la poesía épica, y rivalizó con los poetas orientales que brillaban en la corte de los Abásides. Sus cantos en elogio de los héroes Omíades componian cuatro volúmenes con el título de « Huerto sembrado de árboles » obra admirable por sus sentencias y correccion de su lenguage, segun un analista andaluz : favorecido y colmado de honores por el rey Alhakem II, fué víctima de sus excesos en la bebida del vino (murió año 376 de la heg., 936 de J. C.). Es tambien memorable el laborioso Abdel Malec Ben-Habib Alzalami; nació en Huetor de la Vega, y murió en Córdoba : escribió mil cien volúmenes; y entre ellos siete de ética, siete de reuniones sagradas, quince de historia y genealogía de los Coraisitas, ocho de derecho natural, noventa de arte militar y ecuestre, veintidós de la vida de Mahoma, veinticinco de genealogías, leyes y estudios de los árabes y treinta y cinco de astrología (murió año 377 de la heg., 987 de J. C.). Tambien Mohamad Yasadita, de Torrox, educado en Granada y Córdoba, floreció como jurisconsulto y filósofo, y escribió con la mayor correccion varias obras, que legó en su testamento á la biblioteca del rey (murió año 303 de la heg., 915 de J. C.). La luz y el esplendor de las ciencias viose casi extinguido durante el período miserable que trajo consigo la disolucion del imperio de los Abderramanes : sin embargo, los príncipes Zeiritas de Granada, algunos de los Hamudies malagueños, y sobre todo los Moez Dau-

las de Almería conservaron vivos los destellos de aquella civilizacion combatida por una anarquía sin término, precursora del desaliento y la barbarie. Jusef el Almoravide, el héroe del desierto, el pérfido amigo y destructor de estas dinastías, respetó á los moros ilustres que Abdalá Ben-Balkin de Granada y los príncipes de Almería protegieron en sus estados: los honró, los llamó á su lado, los trató como amigos y los consultó como oráculos. Así brillaron Malec Ben-Ahmad, de Almería; jurisconsulto elocuente y autor de un comentario al código de las Tradiciones (murió año 436 de la heg., 1044 de J. C.): Abdalá Ben-Mohamad, de Málaga, escritor ameno y amigo íntimo del rey Bedici Ben-Habuz de Granada (murió año 440 de la heg., 1048 de J. C.): el erudito jurisconsulto Ali Ben Taubet, de Granada y cadí de ella (murió año 447 de la heg., 1055 de J. C.): el historiador Said Ben-Ahmad Abul Cacim, de Almería, cadí de Toledo, autor de la historia de España y anales de los mahometanos (murió año 462 de la heg., 1070 de J. C.): el viajero Ahmad Ben-Omar de Almería, que habiendo escuchado las alabanzas de los literatos célebres de las escuelas orientales, partió al Asia, recorrió las academias de Damasco y de Basora, y regresó á su patria dando á luz muchos y muy eruditos volúmenes de antigüedades arábigas (murió año 478 de la heg., 1085 de J. C.): el mismo rey Abdalá Ben-Balkin, rival de los ingenios mas ilustres de su época (fué destronado por Jusef el Almoravide el año 483 de la heg., 1090 de J. C.): Malec Ben-Mohdhel, de Granada, jurisconsulto, orador y poeta (floreció año 484 de la heg., 1091 de J. C.): el matemático Abderraman Alhaqueri, de la Guardia junto á Jaen (murió

año 486 de la heg., 1093 de J. C.); y por último, Mumel, el gran ministro de Abdalá y de Jusef el Almoravide, bajo cuya direccion y por cuyos sabios consejos fué hermoseada Granada con jardines y obras de utilidad permanente (murió año 402 de la heg., 1088 de J. C.).

La dominacion de los Almoravides y Almohades se ha considerado hasta el dia como una época de barbarie, en la cual los campeones y soldados de Africa, sin dar treguas á la civilizacion, sumieron la Andalucía en un oscuro abismo. Sin embargo, al consultar las historias arábigas, y al hallar muchas y muy curiosas noticias de obras de ingenio, trabajadas durante este período, resulta inexacta semejante aseveracion, y vindicada cumplidamente la memoria de aquellas dos razas formidables. Los granadinos pueden jactarse de que en el siglo que los anales de Europa nos representan mas tenebroso, fueron sus ciudades el asilo de las ciencias y de las artes: los moros feroces se aficionaron á ellas tal vez inspirados por el bello clima que mitigaba su rudeza y les convidaba á gustar los placeres de la vida, entre los cuales entran por mucho la lectura y la dulce meditacion.

Florecieron al principio del siglo los malagueños Abderraman Ahchaili, poeta, teólogo y anticuario (nació año 507 de la heg. y 1113 de J. C.), y Abderraman Abu Said Alsahili, doctísimo, segun Al Kattib, y autor de diversas obras; entre otras una biografía con el título de Prado nuevo, un comentario del Corán y un libro casuístico: establecido en Marruecos, explicó jurisprudencia mucho tiempo, y falleció abrumado de años y colmado de riquezas (nació año 509 de la heg., 1115 de J. C.; murió

año 581 de la heg., 1185 de J. C.). Mereció altas dignidades, y la muy singular de secretario del califa Ali, hijo de Jusef el Almoravide, el poeta, jurisconsulto y orador granadino, oriundo de Alcaudete, Abderraman Almoaferi: fué insigne por su aplicacion á las ciencias y á las artes; construyó en Granada suntuosos baños y un templo, y obtuvo el gobierno de Tortosa, donde dejó memoria suya en grandes y suntuosas obras. Acometido de grave enfermedad en Sevilla, vino á Granada conducido en una litera, y espiró en los brazos de sus amigos y parientes (murió año 518 de la heg., 1124 de J. C.). Floreció tambien el granadino Abdel Menez Ben-Mahomad Ben-Alfaraz: dotado de superior talento, aventajó en breve á sus mismos maestros y á los mas acreditados doctores; nombrado gobernador de Guadix, de Jaen y de Granada, se aplicaba en ratos desocupados á sus favoritas tareas literarias: fueron el fruto de sus trabajos un libro de los jueces, compuesto á los veinticinco años de edad, un compendio de ordenanzas reales, un opúsculo del arte silogístico y unas cuestiones gramaticales en forma de diálogo entre académicos de Basora y Cufa; escribió además un libro apologético contra el cristiano D. García, y varios poemas: él mismo compuso el epitafio para su sepulcro, que decia: « Salud, oh pasajero, que miras compadecido mi sepul- « tura; considera que no soy solo el que en estos parajes « yace convertido en polvo; tú lo serás tambien; infeliz « aquel que sin consideracion de la hora final no atiende « á la eternidad, y sí á los caducos bienes mundanos: la « vida del verdadero creyente es semejante á la del sol- « dado, que milita, vence, y sale ileso. » (Nació año 524

de la heg., 1129 de J. C., murió año 597 de heg., 1200 de J. C.) Los doctores granadinos Ali Ben-Kalaph Albedici, Ali Ben-Doric, gramáticos (florecieron por los años 528 de la heg., 1133 de J. C.), y Abdalá Ben-Sahl, conjurador de maleficios; este residió largo tiempo en Baeza, desde donde sostuvo polémicas sobre religion con clérigos y doctores cristianos (murió año 540 de la heg., 1145 de J. C.): Mohamad Ben-Masud Albaschini, de Jaen, gramático insigne, residió en esta ciudad, en Quesada y Jódar, desempeñó cátedras de humanidades y escribió varias obras (murió año 545 de la heg., 1150 de J. C.). Mohamad Ben-Alamad Alhassa, granadino, humanista y teólogo, comentó el código de las Tradiciones (murió año 553 de la heg., 1158 de J. C.). Tambien el bello sexo cultivó las letras; como María, hija del caballero Abraham Ben-Albophayel, tan entendida en literatura como diestra en la música (murió año 555 de la heg., 1159 de J. C.); Mogia, poetisa, de ilustre cuna (se ignora el año de su muerte); Mosada, famosa por sus conocimientos históricos (murió en Granada año 593 de la heg., 1190 de J. C.), y Lelia, célebre por su hermosura y su talento (se ignora el año de su muerte); todas cuatro granadinas. Omar Ben-Abdelmagid, de Ronda, se hizo tambien memorable: escribió una obra de gramática divida en tres partes, en las cuales analizaba todo el mecanismo de la lengua árabe; escribió además una biblioteca arábigo-hispana, que dejó sin concluir arrebatado por temprana muerte (nació el año 547 de la heg., 1152 de J. C.; murió año 616 de la heg., 1219 de J. C.). Abdalá Ben-David Alansari, malagueño, literato insigne, obtuvo cargos importantes en Se-

villa y Granada (nació año 548 de la heg., 1159 de J. C., murió año 612 de la heg., 1215 de J. C.). El mas erudito, el mal sabio y honrado de los escritores de este siglo fué Mohamad Ben-Abdel Wahed Algapheki, de la Malá; libre en esta aldea del ruido y turbulencias cortesanas, pasó su vida dedicado á tareas literarias; escribió una historia de los hombres ilustres de la comarca de Elvira, otra genealógica, una biblioteca de académicos granadinos, un libro de cuarenta narraciones ó cuentos, y un tratado de las excelencias del Corán (nació año 549 de la heg., 1154 de J. C.; murió año 619 de la heg., 1222 de J. C.). Mohamad Ben-Abdelaxis Ben-Ayaceh, de Purchena, ocupó un lugar preferente en las escuelas de Granada, donde siguió sus estudios: se granjeó en breve gran nombradia por su erudicion, su laboriosidad y su agudeza y prontitud en las composiciones poéticas; los príncipes Almohades le colmaron de honores y le nombraron gran vicir: su destino sirvió para demostrar la benignidad de su carácter: dulce y afable desarmaba á sus enemigos con beneficios y les enseñaba con magnanimidad á perdonar los agravios: sus maestros Ali Adbalá, de humanidades, Albulcasim, de dialéctica, y Ben-Homaseh, de derecho civil, fueron remunerados por las influencias de tan esclarecido discípulo: los príncipes Almohades lleváronle consigo á Marruecos, donde celebró en un elegante poema la elevacion de esta dinastía y la decadencia de la Almoravide (nació año 550 de la heg., 1155 de J. C.; murió en Marruecos año 618 de la heg., 1221 de J. C.). Fueron tambien insignes Mohamad Ben-Ali Ben Jusef Alumui, malagueño, autor de los anales de Málaga (floreció por los años 552 de

la heg., 1157 de J. C.), y los granadinos Ali Ben-Ibrahin Ben-Alcaphas, que compendió los anales de Ben-Hayan' y Ali Ben-Albacri, doctor célebre y profesor de jurisprudencia civil y canónica, autor de muchas obras místicas : murió en el camino de Guadix (florecieron ambos por los años 557 de la heg., 1161 de J. C.). Mohamad Ben-Kalaph Ben-Muza, de Elvira, gran teólogo, jurisconsulto y médico, refutó las obras del filósofo Algacel; comentó el Corán; escribió un tratado de Dios y de Mahoma; explicó la doctrina de las cuatro sectas mahometanas; explanó además algunas opiniones de Averroes; y publicó, por último, un libro de medicina sobre enfermedades de la vista, y un comentario á las obras canónicas de Ben-Malec (murió año 557 de la heg., 1161 de J. C. Fué sobresaliente el ingenio de Mohamad Ben-Ahmad Abu Abdalá, de Guadix; retórico, poeta y sobresaliente músico en Almería: escribió aquí un arte poética y un libro sobre el mecanismo de la música : inspirado por una bella cristiana de nombre Leonor, celebró dignamente su hermosura, y se quejó de su ingratitud en tiernas endechas (murió en Granada año 561 de la heg., 1165 de J. C.). Mohamad Ben-Abderraman el Gazanita, granadino, escribió un curioso libro sobre el orígen del Nilo, una obra filosófica y algunas biografías de árabes ilustres (floreció por los años 568 de la heg., 1172 de J. C.). Tambien merecen singular mencion los granadinos Yahia Ben-Alsaiphari, que escribió una historia de los Almoravides continuada hasta el año 569 de la hegira (1173 de J. C.), otra que contenia las hazañas de varios reyes de España, y un poema en elogio del príncipe Taffin (murió año 570 de la heg., 1174 de J. C), y Abder-

raman Abu Giafar Ben-Alcasiri, escritor erudito y laborioso; fué discípulo de Averroes é individuo de la academia cordobesa; escribió la historia natural y literaria de Granada en varios tomos, un tratado de derecho español y otro gramatical sobre el uso de las palabras y especialmente de las anfibologias : este insigne granadino pereció en un combate naval con los cristianos á vista de Tunez (año 576 de la heg., 1180 de J. C.). Mohamad Ben-Alborac, natural de Guadix como el anterior y contemporáneo suyo, se hizo célebre por sus diversas obras; entre ellas fueron notables una de poética, titulada « Belleza de los pensamientos y espejo de cosas memorables; » un opúsculo sobre la sociedad y la amistad; otra obra sobre elegancia del lenguaje, titulada « Huerto plantado de árboles; » un poema sobre la excelencia del mes de ramadan; otro en elogio de Mahoma; una historia de los Omíades, y unos anales de España (murió año 596 de la heg., 1199 de J. C.). Por último, el malagueño Mohamad Ben-Ali Altagíbita Ben-Addrah se hizo recomendable entre todos los escritores de su siglo por la amenidad de su doctrina y buen gusto de sus estudios; aunque ocupado por los príncipes Almohades, que residian en Granada, en la cobranza de los tributos, no interrumpió por ello sus estudios amenos; escribió entre otras obras un compendio de los libros de canciones del celebérrimo músico Alasphan, y la refutacion de un libro publicado en árabe por un cristiano de apellido García, en que se vulneraban los dogmas de la religion mahometana (murió año 602 de la heg., 1205 de J. C.).

El siglo XIII comenzó bajo siniestros auspicios para la

raza muslímica de España. Los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, y la caballería de las Ordenes vengaron en las Navas de Tolosa las devastaciones y reveses con que los habian afligido por espacio de un siglo los Almoravides y Almohades. A esta sangrienta batalla sucedieron las calamidades de una guerra civil y religiosa, y la conquista de Jaen, Córdoba y Sevilla por S. Fernando. Las ciencias y las artes habrian desaparecido envueltas en la ruina comun, sin la instalacion de Alhamar en el trono de Granada. La resistencia que en este reino opusieron los árabes como su último asilo, hizo que se depositaran en él los tesoros de una sabiduría vilipendiada y tenida en poco por los vencedores, á pesar de la ilustracion del rey Sabio, empeñado en luchar con las antipatías de su siglo. El catálogo de moros ilustres es tan extenso é interesante como el de los anteriores. Saleh Ben-Yezid Ben-Schoraiph, de Ronda, fué uno de los ingenios mas celebrados por los árabes de su siglo; poeta, orador, jurisconsulto, teólogo, cultivó sus diversos estudios con éxito feliz. La indicacion de algunos de sus escritos bastará para revelar la generalidad de sus conocimientos. Compuso un libro de juicios canónicos y forenses, un tratado de metro y rima, unos ensayos poéticos en doce partes dedicados á los académicos malagueños, un opúsculo sobre las revelaciones del arcángel Gabriel, una descripcion de una doncella de sonrosada y honesta mejilla; tres poemas y varios epigramas agudísimos (nació año 601 de la heg., 1204 de J. C.; murió en Granada año 682 de la heg., 1285 de J. C.). Malek Ben-Alfarag Ben-Almorhal, malagueño, de ilustre familia; era hijo de Ali Abderraman, caballero

riquísimo del puerto de Santa Maria, que habiendo emigrado de esta poblacion conquistada por los cristianos, se estableció en Málaga y educó á su hijo en los colegios de esta ciudad; el jóven Malek brilló en breve como poeta y orador elocuente; publicó algunas obras, de las cuales merecieron singular aceptacion dos de retórica y poética. Este ilustre literato tomó parte en contiendas políticas, fué gobernador de la Alpujarra, y construyó un castillo en Escariantes no lejos de Berja (nació el año 604 de la heg., 1207 de J. C.; murió año 699 de la heg., 1209 de J. C.). Mohamad Ben-Abderraman Ben-Alkiteb, granadino, aunque originario de Guadix, escribió dos tomos de matemáticas y humanidades; gobernó durante algunos años la provincia de Granada con beneplácito general: siendo cadí de esta ciudad construyó una soberbia basílica para administrar justicia, y reforzó el puente de Genil, invirtiendo en esta obra cuatro mil áureos (murió año 607 de la heg., 1210 de J. C.). Florecieron además Mohamad Ben-Alimad, de Jaen, que establecido en los Velez junto á Lorca, fué preceptor de gramática y retórica y publicó además una obra de aritmética. Ali Ben-Alimad Abulkassim el Gazanita, de Guadix, jurisconsulto, orador y poeta que comentó las obras canónicas del doctor Ben-Malec en diez tomos, y escribió varias obras filosóficas, y un tratado de los nombres de Dios. Abdalá Ben-Hassan Alansari, de Málaga, poeta, intérprete del Corán y catedrático de retórica y poética en Granada; aprendió en Málaga la gramática con el filósofo Ali Zeydun, en Granada la retórica y poética con Jiafar Ben-Alhaken, y la filosofía con Yaluo el madrileño; publicó varios libros de

retórica y poética. Abdalá Ben-Soliman Ben-Atanthalla de Granada, muy honrado por los príncipes Almohades por su erudicion, su elocuencia y su sagaz y agudo ingenio para adquirir conocimientos, visitó las escuelas de Murcia, Valencia, Játiva, Almería, Córdoba, Sevilla y Málaga, y obtuvo cargos importantes, y falleció en su patria. (Estos cuatro murieron desde el año 607 de la heg. hasta 612, 1215 de J. C.). Murió hácia este tiempo en Granada Abdel Melik Abu Meruan, de Almería; viajó por Oriente, conferenció con los sabios mas ilustres de aquellos países, y habiéndose embarcado para España con una rica coleccion de manuscritos árabes, perdió su libertad y sus tesoros á la vista de Málaga, donde su nave fué apresada por otra cristiana; rescatado luego murió en Granada. Fueron tambien ilustres Mohamad Ben-Sandat, de Almería, poeta y académico; cautivado con su hijo por los cristianos, murió en la desgraciada condicion de esclavo : Nazar Abu Omar el Gafequi, jurisconsulto é historiador, explicó derecho en Quesada, donde fué cautivado por los cristianos en el año 1224 de J. C.; rescatado luego murió en Lorca : Zahui Alhamita, de Málaga, gran controvertista y defensor de la secta mahometana : Mohamad Ben-Alkamad, de Velez, doctor y poeta, autor de la obra titulada. « La suficiente; » y por último, Ali Ben-Omar Alcabzani, de Baza, eminente poeta y jurisconsulto, explicó jurisprudencia en Granada y fué asesor de su tribunal. Florecieron á fines del siglo XIII y algunos años del XIV Mohamad Ben-Jusef Abu Hayan, de Granada; fué el mas sobresaliente de los gramáticos de su tiempo y un jurisconsulto esclarecido; concluyó sus estudios en la

academia de su patria; abatido y pobre partió al Cairo, donde vivió con decoro explicando retórica; comentó las obras canónicas del doctor Ben-Malec y el Corán, y compuso una gramática (nació este escritor, uno de los mas ilustres de su siglo, el año 652 de la heg., 1254 de J. C.; murió en el Cairo año 745 de la heg., 1344 de J. C.) : Mohamad Ben-Rubil, se hizo célebre en su tiempo por sus conocimientos en medicina, poesía y jurisprudencia; el rey Mohamad II, hijo de Alhamar, cerciorado de su mérito y de sus curaciones maravillosas, le nombró médico de cámara. El murciano Abi Giafar al Racuthi, famoso en aquel siglo, fué su maestro de física experimental, y el sevillano Abul Hacem Ben-Alsayeb de humanidades : era tal la filantropía de Ben-Rupil, que visitaba á los pobres no solo administrándoles sin retribucion los socorros del arte, sino dándoles limosna para aliviarlos en su indigencia : algunas observaciones hechas con ligereza ante los cortesanos sobre la causa ocasional de la muerte del rey, fueron orígen de una persecucion acerba; preguntado por algunos criados sobre el alimento que debia suministrarse al moribundo, respondió : « Vosotros le habeis « acelerado su muerte con nocivos manjares, tal vez de « acuerdo con el sucesor. » Esta imprudencia le acarreó la prision, la pérdida de sus bienes, y el destierro de Granada por tres años : mitigado el enojo de sus perseguidores regresó á la corte y recobró sus bienes; publicó dos obras de medicina y botánica, una descripcion de Granada y una cronología de sus reyes (nació año 654 de la heg., 1256 de J. C.; murió año 730 de la heg., 1329 de J. C.). Mohamad Ben-Aliatim, de Almería, literato ilustre, ex-

plicó humanidades en Canjayar, y estimulado luego por el deseo de oir á los literatos árabes, viajó por la España, el Africa y el Asia; publicó un análisis de sus doctrinas y unas curiosas biografías. Omar Ben-Ali Alcanita, de Granada, literato y militar, concibió hastío del mundo, fundó un monasterio, y en él vivió dedicado á místicas contemplaciones; por resultado de ellas escribió un tratado de vida monástica, y algunas poesías religiosas. Abderraman Ben-Alakin, de Ronda : era éste un caballero ilustre y opulento; se hizo insigne por su piedad y por haber distribuido su hacienda á los pobres, y haberse apartado del comercio humano para entregarse al estudio y contemplacion. Mohamad Alsahali, malagueño, descendiente de familia ilustre; jóven, fué un modelo de piedad y virtudes; en edad provecta un monstruo de disolucion y de impiedad; sus pasatiempos insanos no pudieron apartarle del cultivo de las ciencias, ni de la publicacion de muchas obras elocuentes y profundas. Muhamad Ben-Alarbi, nació en Alhama la Seca, y se hizo notable por su aplicacion, su modestia y la pureza de sus costumbres en los colegios de Almería y Granada : explicó tres años retórica en Ceuta, y de regreso á su patria enseñó jurisprudencia, y compuso varios tratados de esta materia. Abi Ben-Muza, de Alcalá la Real, viajó por Africa y Asia; escribió una historia natural y literaria, una biblioteca granadina, y una historia de anécdotas españolas. Mohamad Ben-Mohamad Ali Abdalá, de Velez, poeta y singular humanista, se hizo notable por una perseverancia tal en el estudio, que pasaba embebido en la lectura y escritura dias enteros : gastó muchas sumas en formar una biblioteca, con

que despues se formó una pública. Ali Ben-Alfan, de Guadix, jurisconsulto é historiador, fué gobernador de Almuñecar, escribió unos anales granadinos y un comentario al poema de la medicina de Avicena. (Los ocho últimos florecieron á fines del siglo XIII y en los primeros años del XIV.)

El siglo XIV los ingenios del país granadino, protegidos por reyes ilustrados, difundieron los conocimientos y multiplicaron los libros de historia, de teologia, de jurisprudencia, de agricultura y artes : así lo prueban sus biografías y el catálogo de sus obras. Mohamad Ben-Cacin Kazragita, malagueño, humanista, médico y poeta elegante, se estableció en Fez, donde desempeñó destinos muy honrosos : era habilísimo en juegos de ajedrez y en caligrafía, pero de un carácter iracundo é insociable.

Mohamad Ben-Abdalá Ben-Levi, de Almería, descendiente de ilustre familia ; se educó en los colegios de Granada, y admiró por sus rápidos progresos ; pasó al Cairo y perfeccionó sus estudios bajo la direccion de Ben-Hayan, el célebre literato ya referido ; compuso varios poemas y entre otros uno muy elegante sobre las guerras de Granada : falleció en esta ciudad. Ali Alchesteri, nació en Schater junto á Guadix ; ilustre por su piedad y doctrina, publicó una obra sobre la conducta y creencia de todo Mahometano, otra de los indicios para la vocacion de la vida monástica, varias epístolas y poemas ; viajó por Oriente, y murió en Damieta. Abdalá Alhamari, de Guadix, fué segun el historiador Abul Barrah un caballero tan docto como rico ; desempeñó en Almería el cargo de recaudador de los tributos, se avecindó luego en Granada,

y compuso diversos poemas en elogio de Mahoma. Mohamad Ben-Fatis, malagueño, médico insigne y humanista; murió en Lorca. Mohamad Alansari, de Málaga, músico y poeta agudísimo, fué muy favorecido del rey de Granada por sus singulares prendas. Mohamad Ben-Kalaph el Caisita, de Almúñecar, médico afamado y poeta elegante; fué tal su acierto en el arte de curar, que el rey de Granada le nombró médico de cámara; compuso varios epigramas en elogio de algunos de sus compañeros, entre los cuales cita á Ben-Jarur, judío granadino, á Abi Zafar, sevillano, á Abul Hasbag, de Valencia, y á Abi Taleb Gabel, de Segura. Mohamad el Seguri nació en Segura, fué médico del rey de Granada, escribió varios tratados de medicina y física experimental y otro de los errores del médico. Iza Ben-Mohamad Abu Muza, nació en Loja, fué médico de los reyes Nazar y Abul Walid, y escribió una obra de medicina en varios tomos, titulada « Clave para conservar la salud. » Abdalá Ben-Said el Sanegui, escritor elegante, gobernador de Granada, Ronda y Málaga, escribió una obra jurídica con el título de « Via regia. » Mohamad Almarraschi, de Almería, jóven de gentil apostura y de genio extraordinario, además de la medicina que profesó con aprovechamiento singular, compuso un arte magna, en la cual aparecia en forma de árbol genealógico las diversas ramas de ciencias y artes, y las principales invenciones del espíritu humano. Mohamad Abi Bekre, de Almería, oriundo de Vera, desempeñó en Granada destinos importantes, y compuso dos poemas, uno en elogio del rey Abul Hagiz, y otro del regreso de un hermano suyo Abil Hacem de la peregrinacion á la Meca. Abdalá

Ben-Abil Maged, de Archidona, notable por su ilustracion, fué alcaide de esta villa, y falleció en Granada. Mohamad Abi Amer, de Guadix, jurisconsulto, grámatico y poeta, que compuso un gran poema en elogio del marino Abi Baher Alarphi por la victoria de Ceuta, en que derrotó á la escuadra cristiana. El granadino Abdalá Ben-Salomon, poeta, jurisconsulto y gramático, autor de varias obras, murió en el cerco de Tarifa. El insigne poeta y gramático Mohamad Ali Abdalá Albun, de Almería, favorecido de los reyes, que escribió las dos obras « Delicias de los huertos » y « Collar de margaritas. » Mohamad Alkanani, malagueño, jurisconsulto, filósofo y muy perito en antigüedades arábigas, fué muy amigo de los cristianos y hablaba la lengua de ellos ; dejó al colegio de Málaga su escogida biblioteca. Mohamad Alcatib, de Málaga, jurisconsulto y poeta, que murió de la peste que en aquel tiempo desoló á esta ciudad. Ali Ben-Hahi Alphasori, tambien de Málaga, poeta ; murió de la misma peste. Yahia Ben-Ahmad Ben-Hazil Abu Zacaris, noble granadino, descendiente de familia ilustre, poeta, orador, médico, filósofo, jurisconsulto y astrónomo, célebre por sus estudios ; fué la mas útil de sus obras la de « eleccion de medicamentos y crisis de las enfermedades, y algunas observaciones del médico perito ; » murió paralítico en Granada. Mohamad Ben-Salvador, de Almería, gran marino é ilustre poeta ; murió en Marruecos. Mohamad Ben-Abdalá Abu Amrru Ben-Alhagiagi, granadino, de ilustre familia, orador, poeta, médico y matemático ; desempeñó cargos importantes en Loja, Málaga, Almería, Hardales y Granada ; fué por último enviado á Egipto y Tunez, donde

fué recibido con honor. Mohamad Giafar Albelbas, de Almería, alcaide de Marchena, gramático, médico y poeta; escribió un poema de teología, otro de retórica y un tratado sobre la peste. Abdalá Redun Almahiri, de Málaga, secretario de los príncipes de esta ciudad y ministro sobresaliente, dió reglamentos para la buena policía y gobierno de esta ciudad, y fué muy notable en las ciencias. (Todos los ingenios granadinos del siglo VIII de la hegira florecieron desde los últimos años del reinado de Mohamad III y primeros del de Nazar hasta los de Mohamad V.)

Antes de dar complemento á este capítulo debemos fijar la atencion sobre los estudios y celebridad de algunos judíos de nuestro país en la edad media. *Rabinos españoles* empezaron en el siglo XI de J. C. á rivalizar con los árabes en trabajos de filosofía, de jurisprudencia, de medicina, y á sobresalir en sus estudios favoritos del talmud y en investigaciones aéreas sobre magia y astrología.

Aunque los israelitas se hallaban establecidos en el país granadino desde los primeros siglos de la era vulgar, no cultivaron al parecer las ciencias ni las artes, ó si á ellas se dedicaron, el destino enemigo de tan humilde raza, ha destruido casi todos los testimonios de su sabiduría. El foco de la ilustracion hebrea no se extinguió con los reveses de la fortuna. Los reinos orientales y principalmente la Persia, conservaron como en depósito los libros y tesoros de la doctrina de aquel pueblo desgraciado, y la academia general establecida en Pombedita, extendió sus comunicaciones á todos los países donde eran tolerados los israelitas. Los judíos andaluces siguieron como satélites el mismo rumbo que los árabes y entablaron en el

siglo X de J. C. activas relaciones con sus correligionarios del Oriente; es mas, habiendo llegado à Córdoba Rabi Moises, célebre rabino de Persia, el año 948 de J. C., instituyó una academia que fué la heredera de la de Pombedita, cuyos gobernadores proscribieron á los judíos y cerraron sus aulas.

Este fué el orígen del aprecio que merecieron en Castilla y Leon y en las cortes de los moros los médicos y doctores judíos.

Tal era la ilustracion del pueblo granadino, á quien hàn injuriado ciegos y apasionados cronistas, apellidándole bárbaro.

(5) Los cuentos
Y pronósticos tristes propagados
Al nacer Abdilá.

Al nacimiento de Boabdil, los astrólogos, segun costumbre, formaron su horóscopo: y el terror y el espanto se apoderaron de sus ánimos al notar los fatales portentos que su ciencia les revelaba. La vana ciencia de la astrología judiciaria era muy comun entre los Moros; y la supersticiosa costumbre de sacar horóscopos parece haberse observado en el caso que aquí se cita. «¡Alahuakbar! es-« clamaron, ¡Dios es grande! El es quien pone y quita los impe-« rios; en el cielo está escrito que este príncipe ocupará el trono « de Granada, pero que en su reinado se consumará la perdicion « del reino. » Desde este punto concibió contra él su padre una aversion decidida, y fué tan constante en perseguirle que por esto y por la prediccion ominosa que le amenazaba, vino Boabdil á llamarse el Zogoiby, ó el Desventurado.

(Washington Irving, *Crónica de la Conq. de Gran.*, t. I, c. 7.)

(6) De Aixa su legítima sultana.

En el tomo 1.º se escaparon muchos defectos de impresion que he procurado evitar en el segundo, mejora que notará el lector. El nombre de Aixa se imprimió con *j* en los primeros pliegos y así se continuó por no variar la ortografía. Este nombre en árabe es عيشة (Aixa) : á esta reina la dieron los Moros por su honestidad el sobrenombre de الحرّا (la casta), bajo cuyo título es conocida en la historia : عيشة الحرّا

(7) Pálida, lacrimosa, etc.

La leyenda de Alhamar es una tradicion granadina : los Moros, despues de la conquista, creian que la fantasma de este rey se apareció positivamente á Muley Hasan. En las notas del tomo 1.º de mi *Cuento de Cuentos*, cuya publicacion seguirá inmediatamente á la de este, como he ofrecido en mi prospecto, hallará el lector un largo párrafo sobre las apariciones, visiones, espectros, etc.

(8) Fué la reina mas grande de la tierra.

« Dejando por ahora el exámen del gobierno de la reina Isabel, para hacerlo despues juntamente con el de Fernando, me limitaré aquí á considerar aquellos rasgos mas notables de su carácter que nos suministra la historia de su vida.

Su persona era de estatura mediana y bien proporcionada, tenia el color blanco y sonrosado, ojos vivos y azules y cabello castaño, clase de belleza muy rara en España; sus facciones eran simétricas, y generalmente convienen todos en que era estraordinariamente hermosa (1). La ilusion con que se suele mirar á las personas

(1) El cura de los palacios dice hablando de la reina : « Fué mujer hermosa, de muy gentil cuerpo, é gesto, é composicion. »

de alta gerarquía, y especialmente cuando las realza la afabilidad de su carácter, puede hacernos sospechar que haya alguna exageracion en los elogios que tan liberalmente se le prodigan; pero parece que en gran parte están justificados por los retratos que se conservan, en los cuales se encuentra reunida una regularidad exacta en las facciones con una dulzura singular y espresion inteligente y viva.

Sus modales eran muy agraciados y apacibles, y llevaban el sello de una dignidad natural y de cierta compostura modesta, acompañada de una afabilidad que procedia de la bondad natural de su corazon. No habia persona á quien menos se pudiera acercar nadie con indebida familiaridad; mas el respeto que imponia escitaba al mismo tiempo un sentimiento profundo de adhesion y amor. Tenia tambien gran discernimiento para acomodarse á la situacion y carácter particular de los que la rodeaban; se presentaba cubierta de armadura al frente de sus tropas, y no rehuia ninguno de los trabajos de la guerra. Durante las reformas de las órdenes religiosas visitaba los monas-

(Reyes Católicos MS., cap. 201.) Pulgar, que fué otro contemporáneo, la alaba diciendo: « El mirar muy gracioso y honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa. » (Reyes Católicos, part. 1, cap. 4.) L. Marineo se espresa así: « Todo lo que habia en el rey de dignidad, se hallaba en la reina de graciosa hermosura, y en entrambos se mostraba una majestad venerable, aunque á juicio de muchos la reina era de mayor hermosura. » (Cosas memorables, fol. 182.) Y Oviedo, que tuvo igualmente muchas ocasiones de verla por sus propios ojos, no duda en declarar « que en hermosura, puestas delante de S. A. todas las mujeres que yo he visto, ninguna vi tan graciosa, ni tanto de ver como su persona. » (Quinc. MS.)

terios de monjas en persona, tomando la labor con ellas y pasando el dia en su compañía. Cuando viajaba por Galicia vestia el traje del país, tomando prestadas al efecto las joyas y otros adornos de las señoras de aquella tierra, y volviéndoselas con regalos considerables. Por esta conducta complaciente y atractiva, así como por sus altas prendas, adquirió sobre sus turbulentos súbditos un ascendiente á que jamás pudo llegar ningun rey de España.

Hablaba la lengua castellana con mucha elegancia y propiedad; tenia facilidad y afluencia en la conversacion, la cual, aunque generalmente fuera de carácter serio, á las veces sazonaba con dichos agudos y graciosos, de que pasaron muchos en proverbio: era parca y sóbria, y pocas veces ó nunca probaba el vino; y tan frugal en la mesa, que el gasto ordinario que se hacia para su persona y su familia no pasaba de la moderada suma de cuarenta ducados. No era menos sencilla y modesta en sus trajes. En las ceremonias públicas desplegaba á la verdad real magnificencia; pero no le agradaba la pompa en su vida particular, y con la mayor generosidad se deshacia de las galas y joyas, regalándolas á sus amigas. Naturalmente de carácter tranquilo, aunque afectuoso, gustaba poco de las diversiones frívolas á que tanta importancia se da en las cortes, y aunque promoviera la concurrencia de cantores, y músicos á su palacio, era solo con objeto de apartar á los jóvenes nobles de los placeres mas bajos y menos cultos á que estaban entregados.

Entre sus cualidades morales, una de las mas relevantes era su magnanimidad; ni en sus pensamientos ni en sus acciones habia nada pequeño ó interesado; sus planes

eran vastos y ejecutados con el mismo noble espíritu con que habian sido concebidos; jamás empleaba agentes sospechosos, ni medios torcidos, sino la política mas franca y abierta, y rehusaba aprovecharse de las ventajas que pudiera ofrecerle la perfidia de los demas. Cuando una vez había concedido su confianza, dispensaba su apoyo poderoso con la mayor voluntad, y era religiosa en cumplir cualquier promesa ú oferta que hubiera hecho à los que se comprometian en sus planes, por mas oposiciones que encontraran. Así es que sostuvo á Cisneros en todas sus reformas, imprudentes aunque laudables; favoreció á Colon en la prosecucion de su grande empresa, escudándole contra las calumnias de sus enemigos; prestó este mismo amparo á su favorecido Gonzalo de Córdoba. No sin razon el dia de su muerte fue sentido por entrambos, como el último de su feliz estrella. Su carácter era tan contrario al artificio y doblez, y tan agenas fueron estas cosas de su política interior, que cuando las observamos en las relaciones esteriores de España podemos estar seguros de que no procedian de la reina. Era incapaz de alimentar ninguna desconfianza ni oculta malicia; y aunque fuera severa en la ejecucion y administracion de la justicia pública, olvidaba con la mayor generosidad las ofensas, y aun alguna vez se adelantó á llamar á los que la habian injuriado personalmente.

Pero lo que daba un colorido especial á todos los rasgos de su espíritu era su piedad. Esta surgia de lo mas profundo de su alma, con un brillo celestial que iluminaba todo su carácter. Felizmente habia pasado sus primeros años en la dura escuela de la adversidad, á la vista de

su madre, la cual hizo arraigar y desarrollarse en su espíritu, austero por naturaleza, unos principios tan sólidos de religion, que nada pudo hacerlos vacilar en adelante. Desde sus primeros años, hallándose en la flor de su juventud y belleza, la llevaron al palacio de su hermano; mas la molicié y los placeres de aquella corte, tan deslumbradores para una imaginacion juvenil, no fueron poderosos á seducirla, porque la rodeaba, como si dijéramos, una atmósfera moral de pureza, « que alejaba de ella todo lo que pudiera ser contrario á la virtud. » Fué tal el decoro de su porte, que, aunque cercada de falsos amigos y de viles enemigos, no pudo recaer la mas ligera acusacion contra su puro nombre, en medio de aquella corte corrompida y calumniadora.

Isabel empleó siempre una gran parte del tiempo en la oracion privada, así como en ejercicios públicos religiosos; invirtió grandes cantidades en limosnas útiles, y especialmente en la fundacion de hospitales é iglesias, y en la dotacion, de utilidad mas dudosa, de monasterios. Su piedad llevaba en alto grado el sello de aquella natural humildad que, aunque es la esencia verdadera de nuestra religion, se encuentra tan pocas veces, y todavía menos en las personas que por su poder superior y alta categoría parece que se elevan sobre el nivel de los mortales. Hallamos un ejemplo señalado de aquella humildad en la correspondencia de la reina con Talavera, en la cual su carácter apacible y dócil hace gran contraste con la intolerancia puritana de su confesor. No se crea por esto que queremos decir que Talavera no fuese en el fondo sugeto muy bueno y benévolo; ya hemos dado noticia de

su carácter y virtudes. Por desgracia la conciencia de la reina estuvo á veces confiada á personas de muy distinta especie, y aquella humildad, que, como hemos tenido ocasion de hacer observar repetidas veces, la hacia tener una deferencia tan respetuosa á sus directores espirituales, contribuyó bajo el fanático Torquemada, confesor que había sido de Isabel en sus juveniles años, á las profundas mancillas que hay en su gobierno : el restablecimiento de la inquisicion y el destierro de los judíos.

Mas aunque estas sean grandes manchas en su administracion, ciertamente no deben tenerse por tales para su carácter moral. Efectivamente, seria difícil condenarla sin condenar á su siglo, porque aquellos actos, no solo se encuentran disculpados, sino elogiados por sus contemporáneos, tanto, que le hacian creer que eran el mejor timbre de su fama y el título mas señalado á la gratitud de su patria. Nacia todo esto del principio que abiertamente profesaba la corte de Roma de que el celo por la pureza de la fe podia hacer disimulables cualesquiera crímenes. Esta máxima inmoral, que descendiendo de la cabeza misma de la iglesia era repetida de mil maneras por el clero, su subordinado, fue recibida con ardor por el pueblo supersticioso. No debia por lo tanto esperarse que una mujer sola, llena de natural desconfianza de su capacidad en semejantes materias, hiciera rostro á los venerados consejeros á quienes desde la cuna se le habia enseñado á mirar como seguros guias y fieles guardadores de su conciencia.

Por mas funestas que hayan sido las consecuencias de la inquisicion en España, los principios en cuya virtud se

estableció no eran peores que los de otras muchas medidas que han pasado con bastante menos censura, aun en los siglos de mayores adelantos y civilizacion. En el siglo XVI y en la mayor parte del XVII, ¿estuvo por ventura abandonado el principio de la persecucion por los partidos dominantes, ya fueran protestantes ó católicos? ¿Habia alguno que defendiera el de la tolerancia, como no fuese el mas débil? Verdad es que, para servirme de las mismas palabras de Isabel en una carta suya á Talavera, « el imperio de una mala costumbre no puede hacer su apología; » pero debe hacernos mitigar mucho nuestro juicio contra aquella reina el considerar que, en medio de las imperfectas luces del tiempo en que vivia, no incurrió en error mayor que el que fué todavia comun à los mas grandes talentos en un siglo posterior y mucho mas ilustrado.

La conducta de Isabel se regia ordinariamente por principios : y cualesquiera que sean los errores de entendimiento que puedan atribuírsele, no se puede negar que siempre procuró con el mayor afan é interes el mejor cumplimiento de sus deberes. Imparcial en la administracion de justicia, no hubo ninguna intriga ni cohecho capaz de impedir ó dilatar la ejecucion de las leyes. Ningun motivo, ni aun el del amor conyugal, pudo inducirla á hacer un nombramiento menos conveniente para los cargos públicos; ningun respeto à los ministros de la religion pudo hacerle aprobar la mala conducta que estos observaran; y ni aun la deferencia que profesaba á la cabeza de la iglesia pudo inducirla á tolerar las usurpaciones que intentara contra los derechos de la corona. Pa-

recia tambien que se consideraba obligada de un modo especial á mantener integros los derechos y privilegios peculiares de Castilla, despues de la union de este reino con la corona de Aragon: y aunque « mientras su voluntad fue ley (dice Pedro Mártir) gobernó de tal manera que parecia que eran una sola la de Fernando y la suya, » sin embargo, tuvo cuidado de no abandonar nunca á manos de su marido las prerogativas que le pertenecian como reina propietaria de Castilla.

Las medidas de Isabel se señalaban por aquel buen juicio práctico, sin el cual los talentos mas brillantes pueden producir mas males que bienes al género humano. Aunque empeñada durante toda su vida en reformas, no cometió ninguno de los desaciertos que son tan comunes en los reformadores; sus planes, aunque vastos, nunca fueron visionarios: prueba de ello es que vió realizados la mayor parte durante su vida.

Era muy discreta en conocer los objetos que habian de producir utilidad positiva: desde el primer instante en que se anunció el descubrimiento de la imprenta conoció su importancia y le dispensó su liberal proteccion. No tuvo ninguna de las preocupaciones esclusivas y locales tan comunes en sus compatriotas; fué á buscar el mérito y el talento á los puntos mas distantes de sus dominios, concediéndole generosas recompensas; trajo de otras partes á su pais artesanos para sus fábricas; ingenieros y oficiales para la disciplina y adelanto de su ejército, y aun literatos estranjeros, para infundir en sus belicosos súbditos aficiones mas cultas. En todas sus medidas de un órden inferior atendia siempre á lo útil: así, por ejemplo,

en las leyes suntuarias combatió principalmente las modas y escesos en los trajes, y la ruinosa ostentacion á que tan propensos eran los castellanos en sus bodas y funerales. Finalmente, manifestó el mismo buen juicio en la eleccion de sus agentes, persuadida de que las mejores medidas se convierten en malas, confiadas á manos incapaces.

Mas aunque la acertada eleccion de sus agentes fué una de las causas principales del buen éxito de los planes de Isabel, era otra mas importante su propia vigilancia é incansable actividad. En los primeros años de su reinado, tan ocupados y turbulentos, esta solicitud llegó á un punto que parece increible : « casi de continuo á caballo, porque hacia de esta manera todos sus viajes, caminaba con tal rapidez, que siempre se la veia en el lugar donde era mas necesaria su presencia ; jamás la detuvo ni el temporal, ni el estado de su propia salud, y estos incesantes trabajos contribuyeron mucho indudablemente á destruir su buena constitucion. »

Era asimismo infatigable en las ocupaciones mentales : despues de haber prestado asidua atencion á los negocios durante todo el dia, se la veia muchas veces estar despachando toda la noche, y aun le quedaba tiempo para reparar los defectos de la educacion de sus primeros años aprendiendo el latin, hasta el punto de entenderle sin dificultad por escrito y de palabra, y aun de llegar á adquirir, segun el dictámen de un Juez competente, ciertos conocimientos críticos en esta materia. Como tenia poca aficion á las diversiones frívolas, procuraba descansar dedicándose á alguna de las ocupaciones útiles propias de

su sexo; y dió muchas pruebas de su habilidad en este ramo con las ricas prendas de bordados hechos por sus manos que regaló á las iglesias. Tuvo tambien cuidado de instruir á sus hijas en estas humildes labores, propias de su sexo, porque no creia deshonroso aprender cualquiera cosa que pudiera ser útil.

Mas con todas sus altas cualidades, Isabel no habria podido llegar al complemento de sus grandiosos designios si no hubiera poseido un grado de fortaleza raro en uno y otro sexo. No solo tenia aquel valor que consiste en el desprecio de los peligros personales, aunque de este estuvo dotada en mas alto grado que muchos hombres; no solo el que da fortaleza para sufrir el estremo de los dolores corporales, aunque de este dió tambien muchas pruebas soportando los mayores padecimientos propios de su sexo sin exhalar un quejido, sino aquel valor y fortaleza moral con que el ánimo se sostiene en los terribles momentos de desgracia y sacando fuerzas de sí propio desvanece la grandeza de los peligros y comunica su segura influencia á todo lo que le rodea. Esto se vió bien claramente en los turbulentos sucesos de que estuvo acompañada su exaltacion al trono, asi como durante toda la guerra de los moros; su voz fué la que decidió á no abandonar jamás á Alhama; sus consejos y representaciones obligaron al rey y á los nobles á volver á campaña despues de haberse retirado sin alcanzar fruto alguno. A medida que las dificultades y peligro se aumentaban, la reina multiplicaba sus recursos para hacerles frente. Cuando sus soldados desfallecian bajo las penalidades de algun sitio prolongado, Isabel se presentaba en medio del ejército

montada en su caballo de batalla y cubiertos sus delicados brazos con la cota de malla de los caballeros, y en esta forma recorria las filas, y con su valor infundia nuevo aliento en el corazon de los soldados. Cierto es que á sus esfuerzos personales, asi como á sus consejos, se debe atribuir principalmente el triunfo conseguido en aquella gloriosa guerra ; y el testimonio nada sospechoso del ministro veneciano Navagiero, que estuvo en aquel país algunos años despues, prueba que la nacion asi lo consideraba. « La reina Isabel, dice, con su genio estraordinario, con su varonil fortaleza y otras virtudes, muy raras en nuestro sexo y aun mas en el suyo, no solo fué gran parte, sino la causa principal de la conquista de Granada; era indudablemente señora muy estraordinaria y virtuosa, y los españoles hablan aun de su reina con mas respeto que del rey ; por mas prudente y estraordinario que fuera este para su tiempo. »

Felizmente estas cualidades varoniles no estinguian en Isabel las mas dulces que constituyen el encanto de su sexo : su corazon estaba lleno de afectuosos sentimientos para con su familia y sus amigos; cuidó de los últimos años de su anciana madre, y la asistió en sus tristes enfermedades con toda la delicadeza y ternura filial ; hemos visto abundantes pruebas del apasionado amor que profesó á su marido hasta el último instante de su vida, aunque este amor no fuera siempre fielmente correspondido; vivió mas para sus hijos que para sí misma; y por último, se puede decir que murió por ellos, porque la pérdida de sus hijos y sus aflicciones, y no la edad, le quitaron la vida. Su elevada posicion no la ha-

cia insensible á los afectos y sentimientos de la amistad : olvidando las distinciones de su clase, tomaba parte en las felicidades y contratiempos de sus amigos, visitándolos y consolándolos cuando habian sufrido alguna desgracia ó cuando se hallaban enfermos, y aceptando en mas de un caso el cargo de ejecutora testamentaria. Su corazon estaba ciertamente lleno de amor y benevolencia por los demas. En medio del ardor de la guerra, su espíritu se ocupaba en discurrir algun medio para mitigar sus horrores. Dícese que fué la primera que introdujo la benéfica institucion de los hospitales de campaña, y ya hemos visto mas de una vez su viva solicitud por economizar la efusion de sangre de sus mismos enemigos; pero no hay necesidad de multiplicar ejemplos de este brillante rasgo de su carácter, porque son muy comunes en toda su vida.

En estas cualidades apacibles de su sexo es en lo que mas resalta la superioridad de Isabel de Castilla sobre la ilustre reina de su mismo nombre, Isabel de Inglaterra, cuya historia presenta algunos puntos de semenjanza con la suya. Ambas pasaron los primeros años de su vida en la terrible escuela de la adversidad; las dos tuvieron que sufrir las mayores humillaciones de parte de sus mas próximos deudos, que debian haberlas amado y protegido; ambas consiguieron sentarse en el trono despues de las vicisitudes mas contrarias; y una y otra condujeron su reino, durante un reinado largo y glorioso, á un grado de prosperidad á que jamás habia llegado. Entrambas esperimentaron en vida la vanidad de todas las grandezas de la tierra, y fueron víctimas de una tristeza inconso-

lable, y las dos dejaron un nombre ilustre que no ha tenido igual en la historia posterior de sus respectivos paises.

Pero fuera de estas pocas circunstancias de su historia, no se encuentra ya semejanza entre una y otra; apenas hay en sus caractéres ningun punto de contacto. Isabel de Inglaterra, habiendo heredado gran parte del genio orgulloso y brusco del rey Enrique, era altiva, arrogante, adusta é irascible, y á estas fieras cualidades añadia profundo disimulo y estrema irresolucion. Isabel de Castilla, por el contrario, templaba la dignidad de su categoría de reina con los modales mas apacibles y corteses : una vez resuelta, era constante en sus propósitos, y su conducta pública y privada llevaba el sello del candor y de la honradez. Ambas puede decirse que manifestaron una magnanimidad acreditada por haber realizado grandes cosas venciendo los mayores obstáculos; pero Isabel de Inglaterra era en estremo egoista, incapaz de olvidar, no solo una injuria verdadera, sino aun la mas ligera ofensa á su vanidad, y en su corazon no tenia entrada la clemencia. Isabel de Castilla, al contrario, solo vivia para los demas, dispuesta siempre á sacrificarse por el bien público; y lejos de alimentar resentimientos personales, manifestaba la mayor bondad á aquellos mismos que la habian injuriado en lo mas vivo, al propio tiempo que su benévolo corazon, buscaba toda especie de medios para mitigar la severidad autorizada por las leyes aun con los culpables.

Ambas estaban dotadas de estraordinaria fortaleza. Isabel de Castilla se halló á la verdad en situaciones que exigian el ejercicio de esta virtud con mas frecuencia y

en mas alto grado que su rival; pero nadie dudará tampoco que poseia en grado heróico esta cualidad la hija de Enrique VII. Isabel de Inglaterra logró mejor educacion y una instruccion mas elevada que Isabel de Castilla; pero esta tenia el saber suficiente para desempeñar con dignidad su alto cargo, y protegió las letras con munificencia. El genio y pasiones varoniles de la de Inglaterra parece que la hacian estraña á las prendas peculiares de su sexo, ó al menos á las que constituyen su encanto, porque no estuvo libre de gran parte de sus flaquezas, como de una presuncion y deseo de ser admirada, que ni aun los años pudieron corregir; de una ligereza muy libre, si ya no culpable, y de tal pasion por las galas é inoportuna magnificencia en los adornos, que era ridícula y aun repugnante, segun los diferentes períodos de su vida en que se entregó á ella. La de Castilla, lejos de esto, se distinguió en toda su vida por el decoro de sus modales y por una pureza que ni aun la calumnia pudo empañar, contenta siempre con el legítimo afecto que pudiera inspirar dentro del círculo de su familia. Bien lejos de que usara de ninguna afectacion frivola en los trajes ni en los adornos, iba siempre con la mayor sencillez, y parecia que no daba valor alguno á sus joyas sino en cuanto podian servir para las necesidades del estado, pues cuando eran útiles para esto las daba con facilidad, segun hemos visto, á sus amigas.

Ambas fueron estraordinariamente prudentes en la eleccion de sus ministros, aunque la de Inglaterra incurrió en algunos errores en este particular por su ligereza, así como Isabel de Castilla por sus sentimientos

religiosos. Estos precisamente fueron los que, reunidos con su escesiva humildad, condujeron á la última á los únicos desaciertos graves que se encuentran en su gobierno. Su rival no incurrió en tales defectos, y estaba muy distante de poseer las apreciables cualidades que conducen á ellos; la conducta de esta no era regida ni dirigida por los principios religiosos, y aunque fué muralla de la religion protestante, seria difícil decir si en el corazon era mas ni menos protestante que católica: miraba la religion en sus relaciones con el estado, ó en otros términos consigo misma, y adoptó medidas para obligar á conformarse con sus planes, poco menos despóticas y casi tan crueles como las que dictó por motivos de conciencia su mas supersticiosa rival.

Este rasgo de supersticion, que ha cubierto como de cierta sombra el carácter de Isabel, por lo demas hermoso y sin mancilla, podria dar lugar á que se la considerase como inferior en talento á la reina de Inglaterra; pero para juzgar con exactitud acerca de este punto, debemos considerar los bienes producidos por sus respectivos reinados. Isabel de Inglaterra encontró à mano todos los medios de hacer la felicidad, y se aprovechó de ellos hábilmente para construir con solidez el edificio de la grandeza nacional. La de Castilla creó estos medios; halló las facultades de sus pueblos sumidas en mortal letargo, y les infundió el aliento de vida para hacerles acometer aquellas empresas grandes y heróicas que terminaron con las consecuencias mas gloriosas para la monarquía. Cuando los grandes hechos de su reinado se ven desde el punto de vista de la posicion que ocupaba Isabel en sus

principios, son tales, que aparecen poco menos que milagrosos. Tambien se debe tener presente que el genio varonil de la reina inglesa resalta mas de lo que naturalmente era, por lo mismo que estaba tan desprovista de las cualidades dulces de su sexo ; al paso que el de su rival, á manera de una fábrica grande, pero bien proporcionada, pierde en apariencia algo de su verdadera grandeza por la misma armonía de sus partes.

Las circunstancias de la muerte de una y otra, que fueron algun tanto iguales, presentaron la gran diferencia de sus caractéres. Las dos sucumbieron, en medio de su regio estado, bajo el peso de un abatimiento incurable, mas bien que á la fuerza de ninguna enfermedad física conocida. En Isabel de Inglaterra procedia este de su vanidad herida del convencimiento profundo de que la habia abandonado la admiracion con que por tanto tiempo se alimentara, y aun el afecto de la amistad y la adhesion de sus súbditos; y no buscó el consuelo donde únicamente podia encontrarlo en aquella triste hora. Isabel de Castilla, por el contrario, desfalleció bajo el dolor de su tierna sensibilidad por los padecimientos de los demas ; y en medio de la tristeza que la agobiaba, volvia los ojos con la confianza de la fe al brillante porvenir de otra vida mejor, y exhaló el último suspiro en medio de las lágrimas y lamentos universales de sus pueblos.

En esta adhesion, siempre viva y nunca disminuida de sus súbditos, es en lo que vemos la prueba mas inequívoca de las virtudes de Isabel. Si solo atendiéramos á los tiempos sucesivos, en que algunas de sus medidas mas desacertadas han hallado favor en España y se han perpe-

tuado, mientras que las mas ventajosas han sído olvidadas, podríamos juzgar equivocadamente acerca de su verdadero mérito. Para formarnos exacta idea debemos atender al testimonio de sus contemporáneos, testigos oculares de la situacion en que halló el estado y en que le dejó; y no encontraremos sino una sola opinion acerca de ella, así en los naturales como en los estranjeros. En efecto, los escritores franceses y los italianos concurren unánimes á celebrar las glorias de su reinado y su magnanimidad, su sabiduría y la pureza de su carácter: sus súbditos la ensalzan « como el ejemplo mas brillante de todas las virtudes, y lloran el dia de su muerte como el último de la prosperidad y felicidad de su patria; » los que estuvieron cerca de su persona no cesan de manifestar su admiracion por aquellas amables cualidades, cuyo poder no se revela completamente mas que á los que están en la franca intimidad de la vida privada. El juicio de la posteridad ha venido á ratificar el de los contemporáneos, porque los españoles mas ilustrados de nuestros tiempos, aunque no se les oculten los errores del gobierno de Isabel, y sean mas capaces de apreciar su mérito que los de otras épocas menos cultas, dan honroso testimonio de sus virtudes; y al paso que olvidan la elogiada grandeza de otros reyes posteriores, en que suele fijarse la atencion vulgar, hablan siempre con entusiasmo del carácter de Isabel, considerándole como mas grande que el de todos los otros reyes de su patria. »

(Prescott. *Hist. de los R. C.*)

(9) Es Ponce de Leon, el caballero
Mejor, en fé y en armas el primero.

El marques de Cadiz era de mas que mediana estatura, de constitucion robusta y bien proporcionada, blanca téz y cabello castaño rojo; manejaba perfectamente el caballo, y era muy diestro en la mayor parte de los ejercicios de caballeria : tuvo el raro mérito de reunir la sagacidad á la intrepidez en la accion; aunque algun tanto impaciente y tardio en perdonar, era franco y generoso, buen amigo y buen señor de sus vasallos.

Fué muy fiel observante de los deberes cristianos, escrupuloso en guardar las fiestas y en hacer que se guardasen en todos sus dominios, y en la guerra devoto campeon de la Virgen : era ambicioso de bienes, pero pródigo en derramarlos, y en especial gastaba en embellecer y fortificar sus pueblos y castillos, tanto, que en Alcalá de Guadaira, Jerez y Alanis invirtió la enorme suma de diez y siete millones de maravedis. Con las damas era cortés como convenia á un buen caballero. Por su muerte los reyes y toda la corte vistieron luto, «porque era caballero muy querido,» dice el cura de los palacios, y «como el Cid estimado por amigos y enemigos, y ningun Moro temió presentarse en la parte del campamento en que ondeaba su bandera.»

. . . .

Las que habia cogido á los Moros en sus batallas se llevaron en su funeral, y «todavía ondean sobre su sepulcro, dice Bernaldez, dando testimonio de sus hazañas, no menos inmortales que su alma.» Há mucho tiempo que las banderas quedaron reducidas á polvo y aun el sepulcro que contenia sus restos mortales fué sacrílegamente destruido; pero la fama del héroe durará en tanto que en España se encuentre valor, constancia, honor ó alguna otra de las virtudes de los caballeros.

(Prescott, *Hist. de los Reyes Cat.*)

(10) De *escucha* haciendo el peligroso oficio.

Escucha. — Centinela que se adelanta de noche á la inmediacion de los puestos enemigos para observar de cerca sus movimientos.

(*Dicc. de la Acad.*)

LIBRO QUINTO.

(1) لا تحزن فالذى قضى الله يكون

No te desconsueles : lo que está determinado por Dios tiene que suceder.

(2) Y el talisman representaba un áspid.

Un talisman ordinario es la figura ó imágen de un signo celeste hecha, impresa, grabada ó cincelada en una piedra fina, por un artífice cuya alma esté completamente embebida en su obra, sin ser distraida por pensamiento alguno, en el dia y hora en que el planeta en él representado domina en el firmamento, y en un lugar afortunado y durante un tiempo claro y sereno, á fin de atraer sobre el talisman la benéfica influencia del astro dominador. Hay talismanes de mil especies : en el tomo 1.º de mi *Cuento de Cuentos* hallará el curioso mas detalladas noticias de ellos.

(3) En tí de un filtro la influencia obra.

Filtro. — Droga ó brebage compuesto de varios ingredientes á los cuales los libros cabalísticos atribuyen ciertos poderes mágicos. Los hay para quitar el valor, para alucinar, para cambiar el carácter, y los mas usados para hacerse amar de la persona sobre la cual se ejerce su poder mágico.

(4) Los hijos y los nietos
De aquella ilustre raza degollada.

Los Abencerrajes, de cuya noble y numerosa familia fueron de-

gollados muchos individuos por el tirano Aben Osmin. Esta leyenda y la de D. Pedro Ben Egas el Tornadizo, se hallarán en mi *Cuento de Cuentos*.

LIBRO SESTO.

(1) Los puros versos
De Abú-Taleb-Abdel-Gebar, de Júcar.

Famoso poeta, nacido en este pueblo, de quien hay manuscritos en la biblioteca del Escorial.

(2) Mas escrito tu horóscopo en tu frente.

Horóscopo. — Conocimiento y prediccion del destino de una persona, calculado por la posicion de las constelaciones en el punto de su nacimiento. En las notas del tomo 1.º de mi *Cuento de Cuentos*, esplicaré el modo de hacer los horóscopos, el de tirar las cartas, decir la buenaventura, etc.

(3) La torre de las Infantas.

La descripcion de esta preciosa torre y su leyenda se hallarán en el tomo 1.º del *Cuento de Cuentos*.

(4) Larga Zalema Kael.

Zalema : سلامة Salutacion, reverencia de los Orientales.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

EL AUTOR.

Habiendo hecho ciertos contratos con algunas casas de librería de América, me veo en el caso de publicar la siguiente advertencia.

El Sr. D. Cipriano de las Cajigas ha comprado el derecho esclusivo de venta de la presente edicion de mi poema de *Granada* y *Cuento de Cuentos*, en la república de Méjico, considerándose en dicha república como propietario de esta edicion de mi poema, por haberle yo trasladado todos mis derechos segun contrato.

El Sr. D. Urbano J. de Sotomayor, ha adquirido estos mismos derechos en la isla de Cuba y en la de Puerto-Rico ; en consecuencia, pues, de los contratos celebrados por mí con estos señores, advierto á todos los libreros de Méjico, Cuba y Puerto-Rico y á sus comisionistas en Europa, que ni yo ni mis comisionados en este continente venderémos desde este segundo tomo ejemplares de mis obras para aquellos puntos : debiendo dirigir todos los pedidos á los Sres Cajigas y Sotomayor.

En el tomo 3.º aparecerán los nombres de otras personas con quienes estoy á punto de celebrar iguales contratos.

Los pedidos de Europa se dirigirán unicamente á la Librería universal española de Hidalgo y Compª en Paris, calle Pavée Saint-André, nº 3.

J. Zorrilla.

Paris, noviembre 10 de 1852.





